Christine Cross
Bajo los
cerezos
en flor
Selecta

Bajo los cerezos en flor

Christine Cross

Selecta

Prólogo

Shōrai no yume

Sueños para el futuro

Ciudad de Heian-kyō. Japón.
Mediados del siglo XII. Periodo Heian.

Alzó la cabeza una vez más. La luz se filtraba a través de las copas y titilaba al compás de la brisa suave que agitaba los cerezos, apareciendo y desapareciendo como si fueran pequeñas luciérnagas o las brillantes escamas de un dragón dorado, e igual de difíciles de pintar. ¿Acaso se podía capturar la magia en un papel?

Mojó el pincel en la tinta y, con la mano izquierda, sujetó la manga del *sokutai,* como le había enseñado su madre. Comenzó a dibujar delicados trazos sobre el papel de arroz mientras arrugaba el ceño en un gesto de concentración. Una repentina ráfaga de aire sopló con fuerza y le hizo cerrar los ojos. Sus oídos se llenaron con el tenue susurro de las copas de los árboles. Cuando volvió a mirar, una suave luz iluminó sus iris, tan negros como la tinta que embadurnaba la punta de su pincel: una lluvia incesante de pétalos rosados caía desde los cerezos. Contuvo el aliento, extasiado.

—¡Qué bonito!

La voz lo sobresaltó y el corazón se le aceleró, presa de un súbito terror. Si lo descubrían pintando, lo castigarían de nuevo y le quitarían el papel y los pinceles. Entonces ya no le quedaría nada, y el recuerdo de su madre —el único que aún conservaba de ella tras su muerte— desaparecería en el fondo de su mente, del mismo modo que sucedía con las piedras que solía arrojar en el estanque del jardín. Volvió la cabeza y el aire se le escapó del delgado pecho en un suspiro de alivio al ver que no se trataba de la primera dama de la corte, sino de una niña con una edad similar a la suya.

—No deberías estar aquí —le advirtió, con un tono más duro y autoritario del que solía usar, fruto del nerviosismo.

—¿Por qué no?

La réplica, acompañada de una mirada intensa y llena de curiosidad, lo hizo boquear igual que una carpa dorada.

—Porque este es el jardín privado del emperador —respondió, al fin—, y nadie puede pasar.

—Entonces, tú tampoco puedes estar aquí.

Haruki frunció el ceño, más sorprendido por su atrevimiento que disgustado por sus palabras.

—Sí que puedo.

—Claro que no —lo contradijo la niña, con tal tono de convencimiento que rayaba en la insolencia—. Tú no eres el emperador. No eres viejo ni feo.

Aquella sencilla percepción de la imagen del gobernante lo hizo sonreír y se cubrió la boca con la manga para ocultarla. La risa cristalina de la niña, que llenó el aire perfumado como si fueran los trinos de un pajarillo, lo desconcertó.

—¿De qué te ríes?

Ella se acercó hasta donde se hallaba sentado y extendió el brazo hacia su cabeza, que llevaba descubierta, pues había dejado el *kanmuri*[1] a un lado para que no le estorbara mientras dibujaba. El asombro por aquel atrevimiento, cuando sintió el roce de sus dedos sobre el cabello, no le permitió reaccionar. Sin embargo, cuando se sobrepuso a la perplejidad y estaba a punto de reprenderla por su osadía, se encontró con la pequeña palma abierta frente a su mirada. Sobre la blanca piel descansaban dos pétalos rosados que formaban un

corazón.

—Los tenías en el cabello. —Sopló y los pétalos giraron en un suave remolino hasta posarse sobre la hierba. Sus ojos se fijaron en el dibujo que él estaba pintando y se acuclilló a su lado para observarlo mejor—. ¡Son los cerezos!

El pánico tensó su cuerpo y la respiración se le aceleró. Apretó con fuerza el mango del pincel. «Le ordenaré que no se lo cuente a nadie y tendrá que obedecerme», pensó, con el miedo y la ansiedad transpirando por su piel como un sudor frío.

—Son bonitos, pero no se parecen a los de verdad. —Ladeó la cabeza, como si buscara qué era lo que fallaba—. No brillan.

Haruki soltó el aire que había retenido en los pulmones y el alivio lo hizo temblar. Se dio cuenta de que ella no sabía quién era, así que no podría delatarlo. Más relajado, observó también el dibujo, impresionado porque pensara igual que él. No podía plasmar con un pincel la magia que envolvía a los cerezos. Aun así…

—No creo que tú lo hagas mejor —repuso, un tanto molesto por su comentario.

Ella se encogió de hombros, al tiempo que se ponía de pie.

—No me gusta dibujar. —Llevaba un palo en la mano y azotó con él la hierba, que desprendió un aroma suave y fresco—. Y tampoco quiero aprender.

—Pero tienes que hacerlo. Eres una chica, y todas las chicas pintan, tocan el *koto*[2], escriben poesía y…, bueno, hacen cosas de chicas.

La niña lo apuntó con el palo, enarbolándolo igual que una espada.

—No. Yo voy a convertirme en un samurái, como mi padre. —Dio un paso atrás y el aire cimbró cuando lo cortó de un tajo con su improvisada katana.

Él la observó con atención. Vestía un sencillo *kosode* verde pálido con motivos florales del mismo tono rosado del *shibiradatsumono* que le rodeaba la cintura y que tenía estampadas flores blancas. El lacio cabello negro le caía por la espalda, excepto por dos pequeñas caracolas que recogían algunos mechones sobre sus sienes y que estaban adornadas con peinetas.

—No puedes —sentenció, con un tono cargado de razón.

Lo miró con un brillo desafiante en sus ojos oscuros y Haruki vio en ellos una determinación tan férrea que lo sorprendió.

—¿Porque soy una chica? —El asentimiento que él le dirigió le hizo soltar un bufido burlón—. Mi padre dice que debo seguir lo que quiere mi corazón y que para alcanzar un sueño solo hay que correr más que los obstáculos que se te interponen en el camino. ¿Y sabes qué? Yo corro muy rápido.

La radiante sonrisa que iluminó su rostro le provocó un cosquilleo en el estómago, pero fueron, sobre todo, sus palabras las que resonaron dentro de su pecho e hicieron vibrar su espíritu con la misma intensidad que el penetrante sonido del *bonshō*[3]. Una suave brisa agitó los cerezos y los pétalos de *sakura* descendieron como una nieve primaveral. La imagen de la niña, bañada por la lluvia rosada mientras elevaba la mirada hacia lo alto con una dulce sonrisa en los labios, se grabó en sus retinas y los dedos le hormiguearon por el deseo de inmortalizarla en una pintura, como si ella fuera Konohanasakuya-hime, la diosa de los cerezos en flor. Y, tal vez, así fuese…

—¿Cómo te llamas?

Ella apartó del rostro un largo mechón de su cabello con el que el aire parecía jugar mientras susurraba una melodía que se enroscaba en las copas de los árboles y en los vetustos troncos.

—¡Kumori-sama!

La suplicante llamada deshizo aquel instante mágico. Kumori se giró para marcharse, segura de que le aguardaba una buena regañina, pero detuvo sus pasos y volvió a mirar al niño.

—Prométeme que también perseguirás tu sueño —le dijo, señalando hacia el dibujo.

Haruki no alcanzó a responder y permaneció con el brazo extendido hacia ella, como si deseara retenerla junto a sí, mientras veía cómo se alejaba corriendo. «¿Acaso el emperador puede permitirse tener sueños?», se preguntó, dejando caer el brazo sobre su regazo. Alzó la mirada y, bajo los cerezos en flor, hizo un juramento sobre su corazón.

—Te lo prometo, Kumori.

Capítulo 1

Furīdamu

Libertad

Siete años después.

En el año 794, el emperador Kanmu había trasladado la capital desde Nara a Heian-kyō. La ciudad había sido construida siguiendo el estilo de Chang'an, la esplendorosa capital china, por lo que el palacio imperial estaba situado en su lado norte. Este se hallaba rodeado por una gran muralla rectangular que conformaba el *Daidairi*, o Gran Palacio, en cuyo interior se alzaban los edificios ceremoniales y administrativos, incluyendo los de los ocho ministerios gubernamentales. Dentro de este, otro muro separaba el pequeño complejo de edificaciones, unidas mediante galerías, que constituía la residencia del emperador y de sus consortes —el *Dairi*, o Palacio Interno—, así como algunas dependencias de uso administrativo. A pesar de su magnificencia y de las catorce puertas que se abrían a la ciudad, el palacio no era más que una inmensa jaula de oro.

Haruki se detuvo, y tras él el numeroso séquito de sirvientes que lo acompañaba. Contempló unos instantes los cerezos, que ya habían comenzado a florecer. Un suspiro le llenó el pecho, aunque no lo dejó

salir, sino que lo guardó en lo más hondo de su alma, como hacía con todos sus pensamientos y emociones, pues resultaba demasiado peligroso exponerlos.

—Majestad…

El sutil recordatorio de su sirviente, de que llegaba tarde a la reunión del Consejo de Ministros, le hizo reemprender la marcha con paso mesurado. Había escogido a propósito aquel camino, mucho más largo, para dirigirse al Shishinden, donde solía presidir los asuntos de Estado, porque deseaba ver los cerezos de nuevo. No había olvidado a la pequeña Kumori ni sus palabras, tampoco la promesa que le hizo aquel día, si bien todavía no había podido cumplirla, quizá porque sus sueños fueron cambiando conforme creció.

Cuando entró a la Sala del Trono, los quedos murmullos que se extendían por el amplio recinto como el zumbido de cientos de abejas cesaron. Caminó sin prisa y subió al estrado rectangular para acomodarse bajo el impresionante dosel que cubría el Trono del Crisantemo, una estructura laqueada en madera de ciprés con pequeñas figuras de fénix dorados en el techo. Todos los funcionarios se inclinaron en una profunda reverencia.

—Damos la bienvenida a Su Majestad de todo corazón —corearon al unísono. El eco de sus voces reverberó en las paredes del inmenso salón.

Él permaneció imperturbable, observando a aquellos hombres que tenían el destino de la nación en sus manos, y su propio futuro. El jefe de la oficina del chambelán, que ostentaba el cargo de secretario personal del emperador, dio la señal para comenzar. El primero en hablar fue el ministro de la Izquierda, exponiendo el desequilibrio en la balanza de poder que se estaba produciendo a causa no solo de la riqueza acumulada por los terratenientes, algunas sectas budistas y los clanes que gobernaban las provincias, sino también por la militarización. Al término de su intervención, pidió que se revisara la ley del sistema *shōen*.

—Imploramos que nuestro Gobierno no siga concediendo tierras exentas de impuestos o tendremos una nación dividida en pequeños feudos, cada uno de ellos con demasiado poder —concluyó, con un gesto serio en el semblante—. También los señores samuráis deberían ser vigilados.

Un coro de protestas se alzó de inmediato ante la sugerencia. Puesto que entre los samuráis había familias cuyos miembros habían pertenecido a la corte, muchos de los presentes estaban emparentados con ellos, y quienes no lo estaban preferían no enemistarse con los señores, en especial con los de los dos clanes más importantes: Taira y Minamoto.

Haruki observó de reojo a Fujiwara no Fuhito. El anciano, de pie junto al dosel en el lado izquierdo del estrado, gobernaba *de facto* el país, mientras que él no era más que una simple figura decorativa sin poder real alguno. Su rostro permanecía imperturbable, pero había llegado a conocerlo lo suficiente como para saber que la conversación lo irritaba.

—Si se me permite hablar… —rogó el ministro de la Derecha. Luego paseó la mirada sobre los presentes mientras se mesaba la barba —. Pienso que es necesario considerar más profundamente la situación antes de tomar una decisión precipitada. Hay que sembrar el campo antes de recoger la cosecha y dejar que la lluvia haga crecer la semilla.

Los miembros de la facción que lideraba murmuraron su aprobación, y las arrugas del entrecejo de Fujiwara no Fuhito desaparecieron. A pesar de que los dos hombres no solían estar de acuerdo en la mayoría de las ocasiones, en esta le convenía la posición más moderada que había adoptado el ministro, puesto que el clan Fujiwara había establecido una alianza con los Minamoto —a quienes se les conocía como «las garras y los dientes» de los Fujiwara— y no le convenía disgustar a este gran señor, que le había prestado el brazo fuerte de su ejército para solventar algunos problemas surgidos en la capital.

—Se estudiarán las dos propuestas —declaró Haruki con un tono firme que resonó en el salón.

Ambos ministros se adelantaron y se inclinaron con los brazos extendidos, sosteniendo frente a ellos dos rollos de papel. Un sirviente de la oficina del chambelán —en la que trabajaban los secretarios personales del emperador— se adelantó para tomarlos. Volvieron a sus respectivos lugares y los diferentes representantes de los ministerios continuaron exponiendo las preocupaciones y peticiones que traían consigo.

Después de un rato, Haruki dejó de escuchar la larga letanía de

quejas que solo le provocaba dolor de cabeza. Sabía que no se encontraba allí para eso. Había accedido al trono a la temprana edad de cuatro años, y Fujiwara no Fuhito había ostentado el título de *Sesshō*, gobernando y dirigiendo el país como regente del emperador. Cuando él cumplió la mayoría de edad, el anciano pasó a ocupar el cargo de *Kanpaku*, consejero jefe del emperador, y el de Gran Canciller, por lo que seguía siendo, en realidad, quien tomaba las decisiones. Por eso, si le había pedido que acudiera a esa reunión era porque había algún asunto que le atañía directamente, y creía saber cuál era, algo que confirmó cuando el ministro jefe del Ministerio de la Casa Imperial pidió permiso para hablar.

—Hay una cuestión relevante para el futuro de nuestro país que me gustaría tratar en esta reunión del Consejo, ya que Su Majestad nos honra hoy con su presencia. —Se inclinó en una reverencia ceremonial antes de proseguir—: ¿Para qué sirve cultivar las flores del jardín si no se aspira su perfume ni se goza la vista con su hermosura? En el Palacio Interno habitan varias princesas imperiales, suplicamos a Su Majestad que escoja entre ellas una emperatriz y que dé continuidad al linaje de los hijos del cielo, para que tengamos príncipes.

—Se lo rogamos, Majestad —corearon todos los funcionarios a una sola voz.

Apretó los labios en una fina línea, aunque no exteriorizó su desagrado. Todo lo que hacía, cada paso que daba en la corte, estaba movido por el deber, un deber que se había convertido en una pesada cadena que cada vez lo asfixiaba más. Sin embargo, no deseaba que la elección de una emperatriz fuese una cuestión política más, quería que su corazón fuera libre para elegir a quién amar. Si la vida era tan efímera como las flores de *sakura* que vestían los árboles en primavera, que no tardaban en caer y ser barridas por el viento, ¿no merecía la pena amar de tal manera y con tal intensidad que el corazón no tuviera arrepentimientos?

Además, el destino ya había puesto en su camino a su compañera de vida. Lo supo en el momento en que la vio, aunque no fue capaz de comprenderlo en ese instante. Sin embargo, necesitaría asegurarse de que no estaba equivocado, pues las personas cambiaban con el tiempo y la dama Kumori podía haber perdido la sonrisa y la espontaneidad que lo cautivó en su primer y único encuentro. Deseó que no fuera así.

Capítulo 2

Noridasu

Ponerse en camino

El silencio se volvió tan denso que podía haberse cortado con una katana mientras todos los funcionarios permanecían todavía inclinados, aguardando su respuesta. Apretó con fuerza el reposabrazos del trono, arrancando un leve susurro a la seda del *sokutai* de color amarillo que vestía, decorado con un patrón de bambú.

—Majestad.

El tono del anciano Fuhito contenía una leve amonestación, del mismo modo que un maestro reprendía a su discípulo cuando este no prestaba atención a sus enseñanzas.

—Presenten una lista de candidatas —declaró en voz alta, ganándose un fruncimiento de ceño de su tío, aunque no le importó. Había batallas de las que no estaba dispuesto a ceder la victoria.

—Gracias, Su Majestad.

El coro de voces, respondiendo al unísono, daba una falsa sensación de armonía e, incluso, de lealtad. Sin embargo, sabía bien que su mandato agitaría el nido de avispas que era la corte imperial.

Los ministros y funcionarios que tuvieran hijas en edad casadera querrían incluir sus nombres en la lista con tal de conseguir que el nombre de su familia quedase ligado al de la familia imperial y que sus miembros pudieran ocupar puestos de relevancia dentro del gobierno. Además, muchos deseaban minar el poder que el clan Fujiwara ejercía en la corte desde mediados del siglo IX, manipulando a los emperadores a su gusto mientras casaban a estos con sus hijas. De hecho, Fuhito era tío suyo, uno de los hermanos de su madre, la emperatriz.

Uno de los funcionarios se adelantó con un rollo de papel en las manos y el ministro jefe de la Casa Imperial volvió a hablar:

—Su Majestad muestra gran generosidad al escuchar nuestras peticiones —expresó el hombre con pomposa ceremonia—. Nuestro deseo de corresponderle nos ha llevado a anticiparnos a sus deseos.

Un sirviente se aproximó a las escaleras de acceso al estrado. Otro le salió al encuentro y tomó el rollo, que entregó, a su vez, al Gran Canciller. Haruki le dirigió una mirada al anciano, pidiéndole que se lo mostrara. Se dio cuenta de que la petición lo contrariaba, pues los documentos solía revisarlos personalmente en su oficina, atendiendo los asuntos que consideraba pertinentes, tomando decisiones —de las que a veces ni siquiera le informaba— y dejando solo para su revisión los papeles que requerían que estampase el sello imperial.

Sin embargo, en esta ocasión no iba a comportarse como el títere que todos creían que era. Las palabras que un día, ya lejano, le dirigiera Kumori las había convertido en parte de su actuar, anticipándose a los posibles obstáculos que se interponían en su camino cuando en verdad deseaba conseguir algo. Por eso, ya había imaginado que tendrían preparada la lista de candidatas.

Tomó el rollo y lo abrió para leerlo. Como había supuesto, los nombres de las princesas imperiales casaderas, así como los de las hijas de las familias nobles más prominentes, aparecían en primer lugar.

—Es mi deseo que sean incluidas en este documento no solo las hijas de la nobleza de la corte, sino también las hijas de la nobleza de la espada.

Un murmullo de protestas llenó la sala del trono.

—Con todo respeto, Majestad —alzó la voz el ministro de la

Guerra, haciendo que los cuchicheos cesaran—, eso supondría otorgar más poder a los señores samuráis y haría peligrar el frágil equilibrio de la paz entre nuestro pueblo.

A pesar de que muchos se mostraron de acuerdo con sus palabras, una ligera tensión crepitó en el ambiente, como el fuego devorando la madera vieja, entre aquellos que deseaban mermar la influencia que el clan Fujiwara ejercía sobre la corte imperial. No se podía olvidar fácilmente la larga regencia de Fujiwara no Michinaga, que duró casi treinta y dos años —hasta el año 1027—, durante la cual reinaron tres emperadores distintos. Él mismo fue padre de cuatro emperatrices consortes, tío de dos emperadores y abuelo de otros tres. Algunos ministros y funcionarios no estaban dispuestos a que el alcance del poder de Fuhito se impusiera de igual modo.

—No tiene por qué ser así —repuso otro de los funcionarios del ministerio de la Derecha con un tono calmado y apaciguador—. Además, algunos de los señores de la guerra poseen sangre noble, por lo que debería ofrecérseles a sus hijas la misma oportunidad. Propongo que se incluyan en esa lista a las damas casaderas de los clanes Minamoto, Taira y Tachibana.

De inmediato se alzaron voces objetando ante la propuesta y el lugar se convirtió en un hervidero de murmullos, como el incesante rumor de miles de gotas de lluvia golpeando sobre los tejados. No se apresuró a detenerlos, necesitaba que la lucha por el poder, que se deslizaba por los pasillos del palacio como una serpiente, exacerbase los ánimos de los presentes para que aceptaran su propuesta.

Finalmente, después de unos instantes, hizo una señal a uno de los sirvientes, que se adelantó de inmediato.

—Su Majestad va a hablar —anunció en voz alta. Los murmullos cesaron y los funcionarios volvieron a ocupar sus lugares.

—Estoy dispuesto a escuchar vuestras preocupaciones. Por favor, exponedlas.

—Majestad —intervino Fuhito, acercándose a él con ceño adusto —. ¿No sería mejor tratar esta cuestión en otro momento o que los secretarios pasaran por escrito las sugerencias, siguiendo los cauces habituales...?

Alzó la mano para interrumpir sus palabras.

—No es necesario. Puesto que me encuentro presente hoy en la

reunión, me gustaría atender este asunto.

Lo vio apretar los labios en una fina línea de irritación por entre el grisáceo bigote y la fina barba puntiaguda, aunque no le quedó más remedio que ceder, puesto que él mismo debía haber incluido aquel tema con la intención de presionarlo para tomar una decisión. Por lo general, no se requería su presencia en los asuntos de gobierno de la nación —ni siquiera en cuestiones como esa, que le concernían directamente—, así que tenía que aprovechar la oportunidad.

—Como desee Su Majestad.

Ignoró la dureza del tono y sonrió para sí por aquella pequeña victoria. Dirigió su mirada a los funcionarios. Algunos rostros expresaban aprobación; otros, fastidio, por considerar el tema una pérdida de tiempo; y una gran mayoría de ellos mostraban disgusto. Sin embargo, no pensaba ceder. Escuchó con paciencia las alegaciones de todos, hasta que, finalmente, se adelantó el ministro de Ceremonias y se inclinó en una reverencia.

—¿Me concedéis permiso para hablaros con franqueza, Majestad?

Haruki asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Adelante.

—Tras escuchar a los presentes, me permito recoger los puntos principales que aquí han sido expuestos. —Carraspeó y se mesó la barba rala—. Su Majestad es un ejemplo de magnificencia para nosotros. Apreciamos su consideración al permitir que las hijas de los grandes señores de la guerra puedan acceder al privilegio de convertirse en consortes del emperador, pero es mi deber recordar a Su Majestad que la dama elegida necesita poseer unos ciertos requisitos: además de una belleza delicada, deberá tener refinamiento, una actitud serena y calmada, inteligencia y conocimientos tanto literarios como culturales. No deseamos que las damas provenientes de las provincias puedan sentirse en inferioridad de condiciones respecto a las damas de palacio.

Al escuchar sus palabras, Haruki apretó con fuerza su *shaku*, el pequeño cetro de marfil que portaba en la mano derecha como parte de la vestimenta ceremonial. Sabía que los nobles de Heian-Kyō consideraban que más allá de los muros de la ciudad solo reinaban la ignorancia y la barbarie. Los habitantes de las provincias eran considerados *inakabitaru* —rústicos—, sin capacidad para apreciar la

belleza o para ejercer la bondad o cualquier virtud. Sin embargo, esos clanes ya habían demostrado que contaban con el poder suficiente para desestabilizar el orden imperial, como había confirmado la revuelta del señor de la península de Chiba, en 1028, que habían logrado sofocar gracias a la ayuda del clan Minamoto. Si continuaban manteniéndolos al margen, dada su capacidad militar y su riqueza, se convertirían en una amenaza real y buscarían un ascenso al poder.

—Lo comprendo —dijo, tras unos instantes de silencio. El corazón le latió con fuerza, había llegado la oportunidad que esperaba—. Entonces, organizaremos unas pruebas, para que las damas puedan demostrar que son dignas de convertirse en consortes del emperador, tal como probó el dios Ōkuninushi que era digno de obtener la mano de la princesa Yakami para casarse con ella, derrotando a sus hermanos.

Su sugerencia causó un revuelo en el salón y algunos de los funcionarios la achacaron al capricho de un emperador demasiado joven para tomarse en serio el asunto de su matrimonio. Sin embargo, la mayoría de los príncipes imperiales y de los nobles se mostraron de acuerdo con la idea —tal y como había imaginado—, pues cualquier entretenimiento que rompiese la monotonía de su vida en la corte era bienvenido. Finalmente, tras un intenso debate, se aprobó su propuesta.

Haruki sintió el ánimo más ligero. Ahora solo faltaba que Kumori venciese en las pruebas, mientras él conquistaba su corazón.

Capítulo 3

Unmei

Destino

Con un grito profundo, la *naginata*[4] cortó el aire y golpeó el torso del enemigo. Con rapidez, dio unos pasos atrás y se preparó para asestar otro golpe.

—Levanta más el codo y no cargues todo el peso sobre las rodillas.

Kumori no se sobresaltó al saber que ya no se encontraba sola, sino que siguió aquellas instrucciones y ejecutó de nuevo los movimientos de ataque. En el silencio que reinaba en el *dojo*[5], vibró el sonido del acero al chocar contra la madera, justo en el cuello del muñeco de entrenamiento. De haber sido de carne y hueso, le habría cercenado la yugular.

Se retiró hacia atrás y, apoyando la punta del asta de la *naginata* en el suelo, se inclinó en una reverencia ante el oponente vencido, honorándolo a pesar de su ficticia derrota. Solo entonces se giró a mirar al recién llegado. Esbozó una sonrisa tan radiante que el corazón del hombre que la contemplaba desde la puerta se estremeció de alegría, como si hubiera descendido sobre él una ligera lluvia de primavera. Kumori era la flor más colorida de su jardín, y su sola

visión alegraba los años de su vejez.

Tōru Genji contuvo un suspiro de pesar. «Las frágiles alas de una mariposa no están hechas para volar cuando sopla en su contra el feroz viento del norte», pensó, contemplando a su hija mientras colocaba la *naginata* en el armero. Kumori era fuerte y decidida, y tenía un sueño que iba a desaparecer consumido en el fuego del deber, del mismo modo en que ardían las varitas de incienso en los altares de los dioses. La carta que acababa de traer un mensajero del palacio le quemaba en el pecho, pero ni siquiera él, con todo su poder como parte del clan Minamoto, podía oponerse a la voluntad del emperador.

—Padre, deberías haberme dicho que vendrías —dijo Kumori tras inclinarse en una respetuosa reverencia de saludo—, te habría esperado para entrenar juntos.

—Este viejo no quiere ser derrotado por su propia hija —confesó con gesto consternado.

—No eres ningún anciano, padre, y sabes que todavía me falta mucho por aprender. —Salieron del *dojo* y alzó la mirada hacia el cielo para recibir la caricia del sol sobre su rostro—. Eres el mejor maestro que he tenido y echo de menos los días en que me enseñabas.

—Un buen aprendiz reconoce que no lo sabe todo y, por eso, está dispuesto a aprender de los demás, incluso de aquellos con menos experiencia. El camino del guerrero, en cambio, se recorre en soledad para poder encontrarse consigo mismo. —La miró, y en sus ojos oscuros se reflejó el orgullo que sentía, aunque Kumori detectó también una leve tristeza que le preocupó—. Tú eres ya una guerrera, no necesitas que te dé la mano para caminar.

Salieron del *dojo* y Kumori, situándose junto al lado izquierdo de su padre, se acomodó a su paso, pensativa. Él siempre había sido un hombre tranquilo, que solía mediar en los conflictos antes que provocarlos. A pesar de ser un samurái, le gustaba su vida pacífica: disfrutar de los momentos que pasaba junto a su esposa y sus hijos y del tiempo que dedicaba a cuidar del jardín. Por eso, lo que había visto en su mirada y las pequeñas arrugas que surcaban su ceño le provocaron una ligera zozobra en el ánimo.

—¿Qué es lo que te preocupa, padre?

Tōru apretó la funda de la katana —que llevaba colocada sobre la cadera izquierda junto con el *wakizashi*[6], el sable corto— y echó a

andar por el pasillo. Los diversos pabellones que componían su hogar, esparcidos por el amplio terreno que pertenecía a su familia, se hallaban comunicados por corredores cubiertos que daban acceso a las estancias principales de los diferentes edificios y entre los que había pequeños patios ajardinados que ofrecían un cierto grado de privacidad.

Kumori respetó el silencio en el que se sumergió su padre y lo siguió, deslizando sus *waraji* —las sandalias hechas de paja de arroz tejida— con pasos mesurados sobre el pulido suelo de madera. Una ligera brisa agitó las copas de los árboles y meció con suavidad las flores de las azaleas, que salpicaban de tonos rosados, rojos y blancos el paisaje.

—La belleza exterior es efímera, pero la fuerza interior no se marchita —lo escuchó decir de pronto, con tono reflexivo—. No importa con cuánta fuerza sople el viento; si las raíces son profundas, sobrevivirá…

Su voz intensa se apagó en un murmullo ininteligible y ella lo miró con preocupación. ¿Acaso se encontraba enfermo?

—Padre…

Tōru se detuvo y se volvió para contemplar a su hija. Siempre la había animado a perseguir sus sueños y, ahora, él mismo iba a cercenarlos de raíz. Sintió como si la fría hoja del acero le atravesara el corazón. Sin embargo, ¿qué le quedaría si perdía su honor y mancillaba su lealtad al emperador? Sabía que no era justo para Kumori, pero su hija había nacido bajo el auspicio de la serpiente, símbolo del renacimiento y de los nuevos comienzos. Dejó escapar un pesado suspiro.

—Esta mañana he recibido un despacho del palacio imperial. Nuestro honorable emperador desea escoger esposa y consortes —le explicó de forma sucinta.

—¿Te han llamado, entonces, para que acudas al palacio?

Suspiró, aliviada, al saber que no se trataba de nada grave. Sin embargo, su padre prefería la vida tranquila en la villa, junto a su esposa, a sus hijos y nietos, y, aunque no vivían lejos de la capital, tendría que trasladarse a esta mientras requirieran sus servicios, lo que le supondría una molestia.

Al ver que sacudía la cabeza, una extraña sensación de

desasosiego se le aposentó en el estómago.

—No es mi presencia la que reclaman, Kumori-chan, sino la tuya.

Se sobresaltó al escuchar sus palabras y el aliento pareció abandonar su garganta, dejándola como la tierra reseca. Cientos de preguntas asaltaron su mente en busca de respuestas que no encontraba. Apretó con fuerza las manos contra el regazo, estrujando entre sus dedos la tela del *hakama*[7].

—¿Me convertiré en dama de compañía de alguna de las consortes? —inquirió con voz suave que, sin embargo, sonó forzada.

—Tu nombre ha sido inscrito en la lista de candidatas entre las que el emperador elegirá esposa.

La sorpresa la hizo boquear como un pez fuera del agua.

—Pero eso… ¿Por qué? Soy hija de un señor de la guerra, no de un noble de la Alta Corte. Debe tratarse de un error —señaló, en un intento por convencerse más a sí misma que a su padre.

—Por tus venas corre sangre noble —la corrigió Tōru—. Doscientos años atrás, la familia real era tan extensa que había demasiados herederos en la línea de sucesión dinástica, por lo que se estableció un proceso de limpieza. A los descendientes directos de los emperadores que eran eliminados de la línea sucesoria se les otorgaba un nuevo apellido: Minamoto, también conocido como Genji, o Taira, que son los Heike. Nosotros pertenecemos a la rama Seiwa Genji, ya que somos descendientes del emperador Seiwa.

Kumori se volvió hacia el jardín y no respondió. Tampoco había nada que decir, pues la voluntad del emperador era un deber sagrado que tenía que cumplir. «¿Y qué pasa con mis sueños, con lo que yo deseo? ¿Son acaso briznas de paja que dispersa el viento?».

—Padre, ¿se puede luchar contra el destino? —preguntó, rompiendo el silencio.

Él permaneció pensativo unos instantes.

—El agua del río fluye siempre en la misma dirección, hacia el mar. Puedes seguir la corriente o nadar contra ella, aunque esto resulte más difícil.

—O puedo desviar el cauce del río para llevar el agua a donde yo quiera —añadió con tono decidido. Tomaría el destino en sus propias manos, no se convertiría en el títere de los caprichos del joven emperador.

Su padre la miró, sorprendido. Luego sonrió.

—Estoy seguro de que encontrarás tu propio camino para cumplir tus sueños.

Capítulo 4

Zento

Futuro

El traqueteo de las ruedas del carruaje sobre el camino acompañó los estremecidos sollozos que sacudieron sus hombros tras abandonar el que había sido, durante dieciséis años, su hogar. La despedida de su madre, de sus hermanos y del resto de su familia le había sabido amarga.

Secó las lágrimas tibias que le descendían por las mejillas y enderezó la espalda. Llorar no iba a cambiar su destino, solo llenaría su espíritu de angustia y le impediría pensar con claridad, algo que no podía permitirse una vez que llegase al palacio imperial.

—Kumori-chan —le había dicho su madre esa mañana mientras peinaba su larga melena del color del azabache—, condúcete en todo momento con la dignidad de tu rango y del nombre de nuestra familia, no lo deshonres. Sé consciente del linaje que corre por tus venas, pero no olvides que la corte imperial es un nido de víboras, por eso debes mostrarte cauta y astuta, o te convertirás en una pieza más en el tablero de *go*[8] de las intrigas palaciegas. ¿Comprendes?

—Sí, madre.

Levantó un poco la cortinilla que cubría la ventana del carruaje y echó un breve vistazo al paisaje. Contempló las extensas planicies y las colinas que se recortaban al fondo, en medio de una ligera bruma. Las ruedas levantaban el polvo a su paso, pero eso no parecía molestar a la escolta de guerreros que la acompañaban, entre los que se incluía su padre, que encabezaba la comitiva.

Dejó caer la tela con suavidad y emitió un delicado suspiro. Por supuesto que comprendía las palabras de su madre y sabía lo ciertas que eran. A pesar de todo, tenía la esperanza de no permanecer demasiado en el palacio. Lo que más valoraban los hombres en una dama de la corte real, ya fuese consorte o concubina, era la belleza, además del refinamiento, no les importaban ni su inteligencia ni su personalidad. Ella no era hermosa —a lo sumo podía decirse que poseía un rostro armonioso—, por lo que esperaba, desde lo más profundo de su corazón, que el emperador no se fijara en ella y pudiera regresar a su hogar.

Ignoró la punzada de inquietud que le arañó el pecho y dirigió la irritación que experimentaba hacia el hombre que había arrancado sus sueños de raíz a causa de un capricho. Sin embargo, el futuro no estaba escrito sobre el papel, así que ella registraría el suyo con la tinta indeleble de su sangre, si era necesario, aunque tuviera que desafiar la voluntad de los cielos. Apretó los puños con fuerza sobre su regazo, haciendo crujir la seda de su kimono.

Al llegar a la capital, tras un viaje largo y tedioso que duró varios días, Kumori se encontraba exhausta y nerviosa. Entraron por la puerta del sur, de casi ocho metros de altura, y enfilaron la ancha avenida Suzaku, que conducía directamente al palacio.

Cuando el interior del carruaje se llenó con los diferentes aromas y los sonidos que impregnaban las calles de la animada ciudad, se contentó con poner en juego sus sentidos del olfato y el oído, puesto que no debía alzar la cortinilla para echar un vistazo fuera. Escuchó las voces de los vendedores, las risas de los niños que se entretenían con sus juegos en las calles e, incluso, los murmullos que despertaba entre las gentes el paso de la comitiva.

Había visitado la capital y el palacio cuando era niña, pero apenas

recordaba casi nada de aquel viaje. En esa ocasión, le habría gustado poder disfrutar un poco más de su visita, «pero solo seré un ave enjaulada», pensó cuando los guardias imperiales los detuvieron frente a la enorme puerta Suzakumon, que se abría en el muro sur del Gran Palacio.

Oyó las voces en el exterior y la puerta del carruaje se abrió de pronto. Su padre se acomodó frente a ella.

—Los hombres han de quedarse aquí y yo solo puedo acompañarte hasta el Kenreimon, la entrada al *Dairi* —le explicó mientras el carromato se ponía en marcha de nuevo—. Una vez dentro, estarás sola.

—No debes preocuparte por mí, padre. —Había percibido el brillo de inquietud en sus ojos y deseaba tranquilizarlo. Extendió el brazo y colocó la mano sobre la de él, que se mantenía firme a pesar de los años—. Me has enseñado bien y haré que te sientas orgulloso de mí.

—Siempre lo he estado, mi pequeño gorrión —le aseguró con sinceridad. El dulce afecto que reflejaba la mirada de su hija le calentó el viejo corazón—. Sé que no permitirás que se mancille el honor de nuestra familia. No es eso lo que me preocupa, sino el hecho de que siempre entre las espigas de trigo crece la cizaña y los tigres merodean, buscando la oportunidad para hundir sus garras en la carne tierna. No hay herida más profunda y ponzoñosa que los celos —le advirtió—, sobre todo cuando estos provienen de la necesidad de saciar la sed de poder. No pongas tu confianza en nadie.

Kumori asintió, aunque expresó la duda que la había asaltado tras escuchar las palabras de su padre.

—¿Tampoco debo fiarme de tu amigo, Fuhito, el consejero jefe del emperador?

Tōru se llevó la mano a la barbilla y adoptó una postura de reflexión. Su actitud la sorprendió, pues conocía la alianza que existía entre el clan Minamoto y el Fujiwara.

—¿Acaso puede la raposa fiarse de la serpiente cuando ambas están hambrientas?

Aunque comprendió lo que su padre le decía, la imagen no se ajustaba a sus propias expectativas, pues en su corazón no había ningún deseo de conseguir un puesto al lado del emperador. Sin embargo, no podía decírselo a él. Samurái significaba «el que sirve», y

para Tōru Genji no había honor más grande que el de servir a su señor.

No tuvo oportunidad de responder, ya que el carruaje se detuvo frente a la puerta de acceso al Palacio Interno. Ambos se miraron, y Kumori sintió que las lágrimas le quemaban en el pecho mientras las contenía para no dejar que aquellas perlas de tristeza brotaran y adornaran sus mejillas.

Su padre se inclinó sobre ella y depositó un beso afectuoso sobre su frente.

—Sé fiel a tus principios y honra a tus antepasados, así alegrarás los años de vejez de este anciano. —La contempló durante unos instantes, como si deseara grabar su imagen en la memoria. Luego añadió—: Aguarda aquí hasta que te avise.

Cuando volvió a quedarse sola, el dolor le arrebató la suave sonrisa que sus labios habían dibujado hasta ese momento y ocultó el rostro entre las manos. Permaneció así solo durante unos pocos segundos y enseguida se enderezó. No podía permitir que las emociones la arrastraran al fondo de un pozo de amargura y le arrebataran su voluntad de luchar. Porque ella era una guerrera, y no permitiría que nada ni nadie cambiara eso.

Escuchó los golpes en la puerta del carruaje y supo que debía descender. Comprobó que las diversas capas que componían el vestido formal de la corte estaban bien ordenadas y que no se había desprendido la cinta con la que ataba el largo cabello en una coleta baja que le caía sobre la espalda. Tomó el abanico y lo desplegó, cubriéndose la mitad inferior del rostro. Solo entonces abrió la puerta.

Su padre la aguardaba al pie de la pequeña escalera que habían colocado para bajar. Cuando extendió la mano, ella apoyó la suya con delicadeza sobre su palma y descendió con cuidado, haciendo resonar las *getas*[9] en los escalones de madera. Luego la acompañó hasta el palanquín que unos sirvientes habían depositado en el suelo, junto a la entrada del Palacio Interno.

No pronunció ninguna palabra después de ayudarla a acomodarse en el interior del vehículo, pero el dolor por la ausencia de su voz fue mitigado por el afectuoso apretón sobre sus dedos. La cortina cayó, impidiéndole ver con claridad su amado rostro, y sintió el suave balanceo cuando los sirvientes alzaron el palanquín y se pusieron en

marcha. No sabía que el corazón pudiera doler tanto, y ni siquiera la quietud que reinaba fuera logró apaciguar la tristeza que se apoderó de su espíritu.

Atravesaron una puerta más —el Shōmeimon, que daba acceso a la zona residencial del emperador—, y lo que habían sido antes oficinas, templos y lugares de almacenamiento se convirtieron entonces en edificios con superficies pintadas, techos inclinados de madera de ciprés y tejados con guijarros, situados sobre plataformas de madera elevadas y conectados mediante pasillos —algunos cubiertos y otros no—, a cuyos lados podían verse pequeños jardines o patios con gravilla. La belleza y magnificencia del conjunto quitaba el aliento.

—Es una jaula de oro —musitó.

Las varillas de su abanico crujieron cuando las apretó con fuerza.

Capítulo 5

Shinzen

Amistad

Permaneció arrodillado mientras observaba cómo Yuto ayudaba al emperador a vestirse. A pesar de su corpulenta figura, lo hacía con movimientos pausados y gentiles, cuidando cada detalle de la vestimenta con la misma delicadeza con la que hacía todas las cosas desde que era tan solo un niño y entró a servir al palacio... «Y también con la misma lentitud», pensó con fastidio.

—Puedo escuchar cómo resoplas en tu mente, Takeshi —dijo Haruki.

El comandante de su guardia particular resopló, esta vez de verdad.

—Es demasiado lento —refunfuñó—. Lo hace a propósito.

Yuto alzó la mirada hacia el emperador y le dedicó una sonrisa cómplice.

—¿No es tu deber proteger a Su Majestad? Entonces, ahora mismo no tienes nada mejor que hacer que permanecer aquí —le replicó al comandante—. Además, vestir al emperador requiere de una cierta solemnidad, algo que los hombres de espada pasáis por alto.

—Para ser alguien que debe pasar la mayor parte de su tiempo en silencio, hablas demasiado —contratacó él, ya sin contener su malhumor.

Haruki sacudió la cabeza y suspiró con resignación.

—Me temo que, a veces, la lengua puede ser un arma más afilada que la espada. Takeshi, sabes que no podrás vencerlo con las palabras —le advirtió, divertido—. Siempre nos superó a los dos.

El comandante bufó. Los tres se habían criado juntos. Yuto había entrado a su servicio con once años, cuando él ascendió al trono; era el mayor, con veinticuatro años. Takeshi tenía veintiuno y, aunque lo unía a él un grado de parentesco, se había convertido en comandante de su guardia particular a los diecinueve años gracias a su magnífico desempeño en las técnicas de combate con armas y sin ellas. Su amistad había crecido al mismo tiempo que lo hacían ellos, y ambos se habían convertido en sus confidentes.

—Majestad…

«Aunque Takeshi sigue empeñado en usar los títulos para dirigirse a mí», pensó con pesar.

—Somos primos, ¿cuándo vas a llamarme por mi nombre?

—Majestad —insistió él, poco dispuesto a ceder y a dar explicaciones—, no creo que sea momento para hablar de eso ahora. Me gustaría saber el motivo por el que me has convocado aquí, tengo que ir a impartir órdenes a mis subordinados para el día.

Yuto terminó de colocar el cinturón de cuero lacado sobre la capa exterior del kimono y dio un paso atrás para observar su obra. Asintió conforme.

—Ya está.

Se retiró de su lado, descendiendo con cuidado de la tarima, y se arrodilló sobre el suelo de tatami.

Haruki los miró a los dos. Sabía que podía confiar en ellos plenamente y nada necesitaba más en esos momentos que alguien en quien poder depositar su confianza. Lo que iba a hacer rompía con todos los protocolos de la corte y podía convertirse en un motivo para obligarlo a abdicar, algo que, sin duda, el ministro de la Izquierda estaba deseando que sucediera. Este, como miembro del clan Tachibana, se oponía a los Fujiwara, quienes habían acaparado el poder y la influencia dentro de la corte, de los que ellos mismos

habían disfrutado una vez, antes de que los eclipsaran y los dispersaran por el país. A pesar de que todavía ocupaban cargos importantes en el gobierno fuera de la capital, el ministro de la Izquierda deseaba recuperar su posición imponiendo un nuevo emperador que no estuviese bajo el dominio de los Fujiwara.

Fuhito, por el contrario, había escogido ya a la candidata que sería la emperatriz consorte, una de sus sobrinas, Keiko. Su prima, que contaba apenas trece años, era una joven dulce y tímida a la que apreciaba, pero no deseaba convertirla en su esposa.

Todos los nobles buscaban sus propios intereses sin tener en cuenta los de él. ¿Acaso no sentía ni tenía anhelos como cualquier otro ser humano?

—«Es imposible conocer el corazón de las personas. ¿No es cierto?» —dijo en voz alta, recitando la primera parte de un poema del poeta Ki no Tsurayuki. Un sentido suspiro brotó de sus labios, antes de añadir—: Necesito vuestra ayuda.

—Cuente con nosotros, Su Majestad —respondió Takeshi, inclinándose hasta casi tocar el suelo con la frente.

—Seguramente, habréis escuchado que elegiré una esposa entre las ocho damas que han llegado al palacio estos días y la manera en que pretendo hacerlo. —Una sonrisa suave curvó sus labios. Esparcir rumores y cotilleos era uno de los mayores entretenimientos que tenían los ociosos nobles de la corte, quienes solían enviar a sus sirvientes a recolectar información en los diversos pabellones—. Aunque lo cierto es que ya he escogido. Desde hace tiempo, mi corazón pertenece a la dama Minamoto no Kumori.

El comandante lo miró, sorprendido, no así Yuto, que había presenciado desde lejos aquel primer encuentro y a quien le asignó la tarea de averiguar quién era la niña. Sabía que aún conservaba, celosamente, el retrato que había dibujado de la pequeña Kumori bajo los cerezos en flor.

—Con todos los respetos, Su Majestad —intervino este—, erais apenas unos niños cuando os conocisteis, ¿cómo puede mantenerse intacto el afecto tras tantos años de separación? Además, la dama Kumori habrá cambiado…

Haruki se sentó sobre la tarima elevada y extendió su mano izquierda.

—*Unmei no akai ito* —dijo mientras la contemplaba—. La leyenda dice que un hilo rojo conecta a las personas destinadas a encontrarse, sin importar el tiempo, el lugar o las circunstancias. El hilo puede estirarse, reducirse e, incluso, enredarse, pero jamás puede romperse. Si ella siente lo mismo que yo, la desposaré.

—¿Y en qué manera podemos ayudarte? —inquirió Takeshi, olvidando el trato formal que solía darle, quizá a causa de la sorpresa.

—Habrá una serie de pruebas que las damas deberán cumplimentar para demostrar que son dignas de convertirse en la emperatriz consorte. Los nobles parecen disfrutar con la idea de ver a las mujeres competir entre ellas. —Por un instante, sus ojos oscuros brillaron con diversión—. Sin embargo, no serán pruebas ordinarias y algunas de ellas requerirán que salgan del palacio.

Yuto dio un respingo al escuchar sus palabras.

—Eso no le agradará al señor Fuhito —auguró con gesto grave, al tiempo que negaba con la cabeza—. Majestad, las damas no deberían abandonar la corte, no pueden exponerse a las miradas de los hombres.

—No lo harán. Las custodiarán algunos guardias y no tendrán necesidad de salir de los carruajes. A cada una la acompañará un sirviente que velará, en todo momento, porque se cumplan las condiciones de las pruebas. —Los miró y, tras unos instantes de silencio, añadió—: Yo seré uno de ellos.

Takeshi dejó escapar un juramento y apretó los puños contra los muslos.

—Eso solo traerá problemas, Majestad.

—No si eres tú quien me acompaña y Yuto quien cubra aquí mi ausencia.

—Es una locura —insistió el comandante, rechinando los dientes —. ¿De verdad crees que no te descubrirán?

Haruki se encogió de hombros.

—Nadie se fija en los sirvientes.

—Conoces bien a nuestro tío —gruñó—, posee los ojos de un halcón y el olfato de un perro de presa…

—Si crees que no puedes ayudarme, buscaré a alguien más —lo interrumpió, alzando la mano para que no continuara por aquel camino de nubes oscuras y tupidas que enturbiarían su ánimo. Takeshi

temía la ira de Fuhito, pero su lealtad hacia el emperador era como una roca inquebrantable—. No tienes que cargar con este peso, pues mi petición no os la dirijo como gobernante, sino como amigo.

—Mi corazón y mi brazo siempre estarán con Su Majestad —respondió, finalmente—. Podéis contar conmigo.

Haruki miró a Yuto quien, como sirviente, tenía mucho más que perder, ya que arriesgaba no solo su puesto, sino también su vida. A pesar de todo, era un joven astuto y ya en otras ocasiones lo había ayudado a escabullirse del palacio. Oyó el suspiro resignado que brotó de sus labios y lo vio asentir.

—Gracias a los dos —dijo con sencillez—. Y, ahora, os diré cuál es mi plan…

Capítulo 6

Chōsen

Desafío

Kumori procuraba caminar con pasos comedidos mientras seguía a la sirvienta que la guiaba por una de las pasarelas. Aunque solía moverse con más rapidez en su propio hogar, en esa ocasión habría preferido demorarse contemplando los jardines con tal de no llegar a la ceremonia a la que había sido convocada en una de las salas cercanas a los aposentos del emperador.

Suspiró tras su abanico, con el que se cubría el rostro por si se cruzaba con algún oficial, funcionario o sirviente, y prestó atención al escuchar unos suaves murmullos. Por la galería perpendicular a la que ella recorría, se acercaban dos jóvenes damas, que también ocultaban sus rostros.

Cuando la sirvienta se detuvo justo donde ambas pasarelas se unían, ella lo hizo también. Las jóvenes que se acercaban interrumpieron su conversación y la observaron con ojos curiosos, lo mismo que ella. «Deben ser princesas», pensó, ya que los *jūnihitoe*, sus elegantes kimonos de doce capas, lucían el emblema de la Casa Imperial. Se inclinó en una reverencia de saludo y, una vez que

pasaron, la sirvienta que la acompañaba echó a andar detrás de las damas y la siguió de nuevo.

—¿Crees que es también una de las candidatas? —Oyó que preguntaba una de las jóvenes, mirando hacia atrás con disimulo. Las largas melenas del color del ébano caían por sus espaldas casi hasta las rodillas, atadas con una bonita cinta púrpura, el color del emperador y su familia.

—¿Ella? ¿No es acaso una sirvienta? Solo tienes que mirar sus ropajes.

Escuchó una risilla burlona, pero no dejó que le afectara. Se sentía orgullosa de sí misma y de su familia, y, aunque no le agradaba estar allí, permanecería con la cabeza alta mientras tuviera que hacerlo. Nunca había requerido la aprobación de los demás para ser feliz, como tampoco las mariposas necesitaban la de las flores para mostrar la belleza de sus colores. Y, al igual que ellas, su corazón, libre de ataduras, podía volar alto, persiguiendo sus sueños.

La sirvienta se detuvo y Kumori vio que las princesas habían entrado en el pabellón, mientras que las jóvenes criadas, que habían apartado para ellas las cortinas que cubrían la entrada, permanecían fuera. Tomó una honda inspiración, se quitó las sandalias —de las que se hizo cargo su sirvienta— y siguió a las damas.

Su temor a no saber cómo conducirse en el interior se esfumó casi al instante. Una muchacha se acercó para indicarle que la siguiera. La sala era amplia, aunque no lo bastante como para perderse en ella, y habían colocado almohadones sobre el suelo, la mayoría de los cuales ya se encontraban ocupados por damas. Con un gesto silencioso, la sirvienta le indicó el suyo, en la esquina de la segunda fila. Se arrodilló, acomodándose sobre sus talones y procurando no pillarse la cola del kimono. Luego, con cuidado, depositó frente a ella el abanico, que había plegado apenas entró en la sala.

Los suaves murmullos que flotaban en el aire la hicieron un poco más consciente de su soledad. Aunque no parecía ser la única. La dama que se sentaba frente a ella mantenía la cabeza baja y tampoco conversaba con nadie. Por su ropaje, también debía de pertenecer a la familia imperial. Se percató, entonces, de que la cinta de su cabello estaba floja y a punto de soltarse.

—Disculpe, *ohime-sama*[10] —la llamó, usando un título de respeto,

ya que desconocía su nombre. Ella giró la cabeza, y le sorprendió ver que era apenas una niña.

—¿Qué… qué sucede?

El tono delataba su nerviosismo. Parecía que, al igual que ella, tampoco deseaba estar allí.

—La cinta de su cabello se ha soltado un poco y podría perderla. Puedo ajustársela, si me lo permite.

La princesa hizo un movimiento, como si deseara comprobar que era cierto lo que decía, y su semblante —excesivamente cargado de maquillaje, con el rostro blanco por los polvos de arroz y las mejillas y los labios de tono rojo como la sangre— mostró ansiedad. A pesar de todo, se detuvo de inmediato, como si fuera impropio haber manifestado siquiera aquel atisbo de emoción, y la vio apretar las manos contra el regazo.

—Hum —exclamó con un sonido suave, al tiempo que aceptaba con un ligero asentimiento—. Por favor.

Se apresuró a comprobar el nudo y apretar la cinta para no incomodar demasiado a la joven princesa, que miraba de reojo a las otras damas para asegurarse de que no estaban observándolas.

—Ya está. —La tranquilizó una vez que hubo acabado.

—Gracias.

—Mi nombre es Kumori.

—Yo… me llamo Keiko —añadió tras un leve titubeo.

—Es un placer conocerla, Keiko-sama. —Le dirigió una sonrisa alentadora. La niña le recordaba a su hermana Michiko, pues debían tener la misma edad, y despertaba en ella un sentimiento de ternura.

—Yo…

—¿No dicen que la fruta podrida se junta siempre en el mismo canasto?

El malicioso susurro, al que precedieron algunas risillas, provocó que los hombros de la pequeña Keiko se tensaran y que bajara la cabeza, ocultando su rostro tras los mechones de cabello que caían desde sus sienes hasta el mentón. Lo que fuera a decirle quedó sepultado en su corazón.

Sintió el calor de la rabia al recorrer sus venas; sin embargo, nada podía hacer al respecto, ya que no debía traicionar la confianza que su padre había depositado en ella indisponiéndose desde el primer

instante con las princesas de la Casa Imperial. Así que se tragó el orgullo y decidió que, si podía, hablaría más tarde con la niña. Además, en ese momento entró la octava dama que faltaba, cuyo asiento se encontraba al lado del suyo.

Cuando la sirvienta que la acompañó a su lugar se retiró, Kumori echó un vistazo a la joven con el deseo de saludarla, pues había notado que sus ropajes eran parecidos a los de ella, por lo que no se trataba de una princesa. La alegría que experimentó al pensar que podría tener a alguien en quien confiar en medio de aquel nido de víboras se esfumó cuando contempló el rostro de la recién llegada, a quien reconoció de inmediato. Se trataba de Sayuri, una de las hijas del señor de la guerra del clan Taira, rival de los Minamoto.

La joven no se molestó en dirigir la mirada hacia ninguna de las presentes, colocó el abanico frente a sí y, con la cabeza ligeramente inclinada, aguardó a que diera comienzo la reunión. Kumori contuvo un suspiro de decepción. Sayuri significaba «lirio pequeño» y, en verdad, asemejaba a una de esas flores: elegante y orgullosa, con la piel de una blancura que asemejaba la nieve y un carácter que rebosaba frialdad e indiferencia. Además, la capa exterior de su kimono era de seda blanca, lo que contrastaba con los coloridos *jūnihitoe* que vestían las princesas de la Casa Imperial.

Una dama de edad entró desde un lateral y se detuvo frente a ellas, justo al lado de la tarima que se levantaba en el centro de la sala. La firmeza de su mirada acalló los murmullos de las conversaciones. La contempló con fascinación y reverencia, igual que se contemplaban los oscuros nubarrones que teñían de un gris plomizo el cielo un día de tormenta.

—Soy la dama Himiko y tengo el honor de servir a nuestro *Tennō*[11] bajo el cargo de primera asistente para las mujeres de la casa del emperador. Desde hoy, todas ustedes estarán a mi cuidado. —Se inclinó en una reverencia breve y, luego, continuó—: Si necesitan algo, pueden acudir a mí y trataré de serles de ayuda en la medida de lo posible.

—¿Qué conforto puede traer la sombra de un viejo árbol que ha perdido sus hojas con la suave brisa del otoño? —comentó una de las princesas en voz lo bastante alta para que todas las presentes lo escuchasen.

A la dama Himiko no pareció afectarle el desaire.

—Yoko-sama, no debe olvidar que cuantos más años tiene el árbol, más fuertes son sus raíces —repuso con tono suave y firme—. Es más fácil arrancar de la tierra un árbol joven que uno viejo.

La sutil reprensión, que parecía contener también una advertencia, silenció a la princesa y doblegó su arrogancia.

«Será mejor que me mantenga alejada de ella», pensó Kumori, que la había reconocido como una de las dos damas con las que se había cruzado en la galería. El repentino sonido de un pequeño gong la sobresaltó.

—¡Su Majestad Imperial! —proclamó una voz potente, a la que precedió el silencio profundo que se adueñó de la sala.

Todas las damas se inclinaron hasta posar la frente sobre el suelo.

Capítulo 7

Chōwa

Equilibrio

Haruki contuvo, a duras penas, la tentación de girar la cabeza y observar a las jóvenes doncellas. Probablemente su tío, que caminaba detrás de él, lo habría reprendido con una de sus aterradoras miradas.

Con el paso más tranquilo que pudo, subió a la tarima y se acomodó en ella, al tiempo que dos muchachas se levantaban y dejaban caer los velos de seda que impedían que se viera su rostro. Se escuchó una única y sonora palmada.

—¡Buenos días, Su Majestad! —saludaron las jóvenes al unísono.

Él le dirigió una mirada a su tío para que diera comienzo a la reunión. Fuhito frunció el ceño, contrariado, pero no tuvo más remedio que obedecerle; al fin y al cabo, era el emperador. Tal y como había anticipado Yuto, su propuesta había desagradado al anciano y, con toda probabilidad, no habría prosperado si no la hubiera realizado delante de su primo, el príncipe imperial Noboru —un joven bastante despreocupado que no temía la ira de Fuhito—, y de algunos cortesanos a los que les agradó la novedad de la proposición, ya que contaban con pocas oportunidades de ver competir a las damas entre

sí.

—En nombre de Su Majestad el Emperador, voy a explicarles lo que se espera de ustedes. Deben ser conscientes del gran honor que supone estar entre las candidatas a convertirse en emperatriz consorte y de las cualidades que han de adornar a la persona de quien lo será. Como muestra de su gratitud, presentarán sus respetos a nuestro emperador. Dama Himiko —indicó a la mujer.

Esta, que había permanecido arrodillada en un lateral de la tarima, enderezó la espalda y sacó un pequeño pergamino de su kimono.

—Dama Fujiwara no Yoko —anunció.

La joven se puso en pie y caminó con la cabeza inclinada hacia la tarima. Una de las sirvientas le ofreció la mano para ayudarla a subir los peldaños hasta ella y acomodó las diversas capas de la cola de su kimono cuando adoptó la postura *seiza*[12].

Haruki intercambió saludos y algunos comentarios con su prima antes de que pasara la siguiente dama. A pesar de que las princesas imperiales formaban parte de su familia, a algunas de ellas apenas las conocía, pues no solía prodigarse en visitas a los pabellones de las mujeres. Cuando llegó el turno de Keiko, dedicó un poco más de tiempo a conversar con ella para satisfacer a su tío.

Después de eso, apenas prestó atención a los comentarios de las otras damas, lo único que deseaba era poder encontrarse con Kumori. Los nervios se le enredaron en el estómago igual que se arremolinaban en otoño las hojas que caían de los árboles, empujadas por el viento.

—Dama Minamoto no Kumori.

El corazón comenzó a latirle con violencia dentro del pecho cuando la vio levantarse y acercarse hasta la tarima con pasos mesurados. Suspiró, apesadumbrado, al darse cuenta de que tan solo podía distinguir el contorno de su figura a través de los velos de seda. Aunque su rostro permanecía difuminado y no alcanzaba a percibir sus rasgos, al menos podía escuchar su voz.

—Es un honor saludar a Su Majestad.

Kumori se inclinó hasta rozar el suelo con la frente mientras rogaba a los cielos que la conversación acabara allí. No deseaba despertar la atención del emperador, así podía conservar la esperanza de volver a su hogar, a sus sueños.

—Alzad la cabeza, dama Kumori —le pidió Haruki, que se cubrió la boca con la manga, como si bostezara, para evitar que ella oyera su voz con claridad—. Espero que os encontréis a gusto en el palacio.

«¿Acaso puede ser del agrado de un pajarillo habitar en una jaula?», pensó. Sin embargo, refrenó su lengua. Sin duda, su madre se habría mostrado orgullosa de ella ante semejante proeza, pues siempre la reprendía por ser demasiado directa en sus palabras.

—Sí, Su Majestad —respondió con suavidad. Cuanto menos hablara, mejor. Tal vez el emperador creería que era tímida, o demasiado aburrida, y se olvidase de ella durante el resto de su estancia en la corte.

—¿Qué pensáis de nuestros jardines? —La escueta contestación lo había contrariado. La recordaba como una niña habladora, ¿era posible que el paso del tiempo la hubiese cambiado tanto o se trataba solo de la natural reserva al encontrarse frente a su señor? Sin importar cuál fuera la respuesta, deseaba seguir hablando con ella—. La primavera hace rebosar de colores cada pequeño rincón y una fragancia embriagadora y suave perfuma el aire. Es agradable pasear por ellos.

—Son muy hermosos, Su Majestad.

—¿Habéis visto los cerezos? —insistió, deseoso de arrancar de su boca más palabras con las que llenar sus oídos y alimentar sus esperanzas. Además, esperaba que aquella mención despertara en ella los recuerdos.

—Aún no, Su Majestad.

Frustrado, estaba a punto de hacer una nueva pregunta, pero el carraspeo de su tío lo detuvo. No tuvo más remedio que despedirla, mientras una leve inquietud se aposentaba en el fondo de su alma.

De regreso a su lugar, Kumori suspiró aliviada. Si hubiera tenido que responder una pregunta más, quizá la ligera irritación que había percibido en el tono del emperador se habría transformado en furia. Aunque no quería alentar las atenciones de su señor, tampoco podía causar la deshonra de su familia comportándose como una joven sin educación, finura o elegancia.

«Resulta difícil encontrar un equilibrio», reflexionó. Su padre le enseñó de niña a encontrar su *hara*: el centro de gravedad de su cuerpo, el núcleo de su energía vital donde se originaba la fuerza

física y mental. El *hara* simbolizaba la armonía entre el cuerpo, la mente y el espíritu. La lucha que había emprendido contra su destino había hecho que lo perdiera de vista y que sus pensamientos, su forma de actuar y sus principios se contradijeran. Su padre se disgustaría si lo supiera.

Apretó los labios en una fina línea y se concentró en escuchar las palabras del Gran Canciller.

—... deberán pasar una serie de pruebas. —Oyó que decía en ese momento, y el corazón le brincó dentro del pecho con una secreta alegría. Aunque había sido educada como una dama, nunca prestó demasiada atención a lo que le enseñaban, convencida de que seguiría los pasos de su padre como samurái. No dudaba de que las demás damas le sacarían ventaja en eso, por lo que su confianza en no ser elegida como consorte imperial aumentó—. Cuando consigan realizar una, se les informará de la siguiente. Un sirviente las acompañará para asegurarse de que la prueba se lleva a cabo correctamente.

La sala se sumergió en un silencio que nadie se atrevió a romper, a pesar de que la excitación crepitaba en el aire, perfumado de incienso, y preguntas sin respuesta se ocultaban en las mentes y los corazones de las presentes.

—Su Majestad el Emperador se marcha.

Kumori escuchó la voz del sirviente y los suaves pasos deslizándose sobre el suelo. Permaneció inclinada y dejó que su pensamiento divagara. Debería escribirles a sus padres una carta y tendría que incluir en ella su conversación con el emperador. Estaba segura de que a su hermana Michiko le encantaría conocer todos los detalles, sobre todo, en lo que se refería a los ropajes que vestían las damas y cómo era el recinto del palacio, aunque no podría ofrecerle demasiadas características sobre el emperador, aparte del aroma dulce y cálido del sándalo que parecía envolverlo.

—Pueden regresar a sus aposentos —dijo la dama Himiko una vez que volvieron a quedarse solas—. Cualquier cosa que necesiten, háganmelo saber.

Los murmullos de las conversaciones llenaron de nuevo la sala, y Kumori se preguntó si también ella debería intentar hablar con Sayuri, aunque al ver cómo esta última se retiraba en silencio, sin dirigirle siquiera una mirada, pensó que sería una empresa inútil. Miró a la

princesa Keiko, que no se había unido a ninguno de los grupos que conversaban, pero tampoco sabía bien qué decirle, así que prefirió abandonar la sala.

Fuera la aguardaba la misma criada para acompañarla a sus habitaciones. Abrió su abanico, para cubrirse el rostro, y la siguió en silencio.

—¿Podemos tomar otro camino que pase también por los jardines? —le preguntó cuando llegaron a un cruce de galerías. Al menos así disfrutaría más del paseo y podría ofrecerle una respuesta más adecuada al emperador si volvía a preguntarle.

La muchacha asintió y tomó el pasillo de la izquierda. Los pequeños patios ajardinados que encontró entre los edificios le parecieron semejantes a los que ya había visto. Sin embargo, tras pasar frente a uno de los pabellones, descubrió que detrás de este se abría un jardín. Aunque quedaba algo lejos, pudo ver los hermosos cerezos en flor que lo adornaban. Se detuvo para contemplarlos.

—¿Qué es? —preguntó al comprobar que no había ningún pasillo por el que acceder a él.

—Es el jardín privado del emperador, *ojō-sama*[13].

Una suave brisa sopló y arrancó una lluvia de pétalos rosados. En su mente se agitó un recuerdo esquivo de su infancia, que no logró atrapar: una voz y una promesa.

Capítulo 8

Koi no Yokan[14]

Premonición de amor

Yuto dejó escapar un suspiro de frustración. «Últimamente lo hago en demasiadas ocasiones», pensó, y eso solo indicaba problemas. Lo miró de nuevo y se esforzó por mantener la firmeza de su posición.

—No es una buena idea —repitió con la misma calma con la que lo hacía todo. Haruki ignoró su consejo y continuó desvistiéndose—. Ha sido paciente durante muchos años, ¿por qué no puede esperar un día más?

—Solo me presentaré. Necesito verla.

—Con todos mis respetos, Su Majestad, acaba de hacerlo —replicó. No pudo evitar recoger las prendas que él iba dejando caer de forma descuidada. Las dobló con sumo cuidado y se las colocó sobre el brazo.

—¿Cómo puedes ver la luna cuando jirones de nubes cubren el cielo nocturno? Apenas logras percibir un atisbo de su brillo —señaló con tono de frustración mientras luchaba por acomodarse el sencillo *hakama* de lino. Yuto se rindió y acudió en ayuda de su señor—. Además, casi no pudimos conversar, y sus palabras…

No concluyó su pensamiento. Quizá «frío» no era el adjetivo que mejor se adecuaba al comportamiento de ella, más bien sería «indiferente». Y no podía dejar de preguntarse si no habría cometido un error. Tal vez debería haber optado por seguir el método tradicional, enviando mensajes y cartas llenas de poemas, aunque sabía que su tío nunca habría permitido aquel cortejo. Sacudió la cabeza con cierta frustración.

—Le recuerdo que fue Su Majestad quien se empeñó en colocar los velos de seda —le dijo Yuto mientras le ayudaba a ponerse el kimono.

—No podía dejar que me viera; de otro modo, cuando me presentase ante ella como un sirviente, me habría reconocido —refunfuñó—. Como estoy familiarizado con los rostros de las princesas, no me di cuenta de que no podría verla con claridad. ¿Qué tal me veo? —le preguntó cuando este terminó de acomodarle la ropa.

—Demasiado noble —declaró con tono pesaroso—. Me temo que Su Majestad no puede ocultar ser quien es, y tampoco estoy seguro de que sepa comportarse como un sirviente. Esto no va a salir bien.

—Quien conjura nubes y vientos obtiene tempestades —lo reprendió—. Deja a un lado esos oscuros pensamientos y no seas pájaro de mal agüero.

Se encaminó decidido hacia la puerta corredera que separaba la cámara de noche de la cámara de día, donde solía realizar la mayor parte de sus actividades.

—Espere, Su Majestad. Debería...

Antes siquiera de que pudiera advertirle de que convenía que él saliese primero, Haruki ya había deslizado la puerta y se encontraba en el corredor. Lo siguió de inmediato y tuvo que controlar el sobresalto que le sobrevino cuando se encontró cara a cara con el Gran Canciller.

—Necesito hablar con Su Majestad —exigió.

Yuto observó de reojo a Haruki, que permanecía inclinado en una reverencia que impedía que se le viera el rostro.

—Su Majestad se encuentra descansando en estos momentos, mi señor —acertó a decir con todo el aplomo que pudo, mientras buscaba una manera de escapar de aquella problemática situación.

—No me importa lo que esté haciendo, quiero hablar con él —exigió sin contemplaciones.

A menos que quisiera acabar en prisión, no le quedaba más remedio que obedecer.

—Como ordene. Le preguntaré si puede recibirlo. —Se inclinó en una ligera reverencia y, solo entonces, fue consciente de que aún colgaba de su brazo la ropa del emperador que había recogido del suelo. Se enderezó y se colocó frente a Haruki, entregándole los ropajes—. Llévala de inmediato a la lavandería.

Él los tomó y, haciendo caso del gesto que le dirigió para que no hablara, le ofreció una nueva reverencia y se alejó con pasos rápidos, tal y como había visto que solían moverse los sirvientes. Cuando estuvo fuera de su vista, el alivio lo recorrió, aunque no perdió tiempo en recrearse en ese sentimiento. Tenía que llegar a su habitación antes de que ocurriera un desastre. Rogó a los dioses que nadie lo descubriera mientras entraba al jardín privado del emperador.

Miró alrededor, para cerciorarse de que nadie lo veía, y se escurrió por debajo del barandal de la pasarela elevada hasta el suelo. Enseguida corrió a ocultarse tras unos arbustos de azaleas en flor. Solo tenía que cruzar para alcanzar la puerta que conectaba el jardín con sus aposentos personales, pero aunque era improbable que alguien lo viera, prefirió rodear el pequeño estanque que había en el centro y dirigirse hacia los cerezos. Desde allí, solo tendría que subir los escalones y habría logrado su objetivo.

Echó a andar por detrás de los arbustos. Las flores de melocotón desprendían un aroma dulce y fresco que se mezclaba con la fragancia almizclada de las glicinias, junto con el delicado perfume que emanaba de los cerezos. Ejercían sobre él un efecto relajante, y por eso trataba de pasar todo el tiempo que podía en el jardín.

Avanzó hacia otro de los arbustos y casi se le paró el corazón en el pecho cuando alguien lo sujetó del brazo, deteniéndolo. El agarre era firme, aunque no percibió ninguna intención maligna en él y podría haberse desprendido con facilidad. Sin embargo, no deseaba exponerse ante su captor y revelar quién era, por lo que creyó conveniente mostrarse sumiso.

—Mi señor, yo...

—¿Quién eres y qué haces en el jardín del emperador?

La voz femenina lo desconcertó, mucho más que la exigencia de su tono. «Debería ser yo quien hiciese esas preguntas», pensó,

frunciendo el ceño. Creía que había sido uno de sus guardias quien lo había detenido, pero ¿qué hacía una mujer allí?

Kumori aguardó la respuesta, atenta a los movimientos del sirviente, que permanecía de espaldas y con los hombros encorvados, en actitud sumisa. Mientras observaba los cerezos desde la galería, lo había visto introducirse en el jardín de forma sospechosa y, tras despedir a la criada que la acompañaba, ella lo había seguido, atenta a sus intenciones. Le pareció que pretendía entrar, furtivamente, en las habitaciones del emperador, y por eso lo había detenido. Llevaba consigo una daga, oculta en la manga del kimono, y no habría dudado en usarla si el hombre se defendía ante el temor de haber sido descubierto.

—Soy uno de los sirvientes personales del emperador —respondió Haruki. «Nadie se fija en los criados», le había dicho a Yuto. Esperaba tener razón—. Tengo que dejar estas ropas en sus aposentos.

—Date la vuelta —le pidió, pues deseaba ver su rostro, aunque no tenía manera de saber si lo que decía era cierto o si le estaba mintiendo y su intención era causarle daño al emperador.

Tal vez podía conducirlo ante alguno de los guardias, que, seguramente, sería capaz de reconocerlo. Sin embargo, si el joven decía la verdad, ella quedaría en evidencia y podría deshonrar a su familia con su comportamiento poco adecuado. ¿Qué dama de buena familia se lanzaba a perseguir a un presunto ladrón o asesino? Además, ¿quién podía colarse en el palacio imperial con cientos de guardias vigilando cada rincón y con tantas murallas rodeándolos? El chico, por otra parte, no se movía con la discreción y el sigilo que se esperaría de alguien con malas intenciones, así que dejó escapar un suspiro y le soltó la manga del kimono.

Haruki obedeció con impaciencia. La frustración le apretaba como un nudo en el pecho. Estaba perdiendo un tiempo precioso que podía traer consecuencias nefastas para él. Prefería revelarse ante la dama, a quien podría exigirle su silencio, antes que ser descubierto por su tío. Así pues, alzó la cabeza, dispuesto a darse a conocer. La mente se le quedó en blanco cuando contempló el rostro de la joven que tenía ante sí.

—¿Kumori-sama?

Pronunció su nombre en un susurro casi reverencial. En la sala de

audiencias no había podido ver bien sus rasgos; sin embargo, tenía que tratarse de ella, pues su semblante le recordaba mucho al de la niña que había conocido años atrás y las ropas que vestía llevaban el *mon*[15] de los Minamoto.

Se había convertido en una joven hermosa, con la piel que asemejaba a las primeras nieves que cubrían el jardín durante el invierno, luminosas, inmaculadas, y los labios rojos, como dos gotas de sangre. Pero fueron sus ojos los que atrajeron su atención: oscuros como la noche y llenos de inteligencia, parecían encerrar una voluntad digna de los dioses.

La brisa meció los mechones de cabello, de un negro brillante, que enmarcaban su semblante y agitó las copas de los árboles y los arbustos del jardín. El suave susurro de las hojas le pareció un sonido casi mágico, como si algo extraordinario estuviera a punto de suceder.

Capítulo 9

Uragiri

Traición

Una delicada lluvia de pétalos rosados cayó sobre ellos, empujados por un viento juguetón, y un fugaz recuerdo atravesó su mente: una risa infantil que resonó en el fondo de su conciencia, antes de desaparecer, dejándole una sensación de calidez. Kumori no pudo retenerlo y se dispersó, del mismo modo que lo hicieron las flores que caían del cerezo.

Se centró en el joven sirviente, que debía tener unos pocos años más que ella.

—¿Cómo conoces mi nombre? —inquirió con una mezcla de sorpresa y desconfianza.

—Mis disculpas, *ojō-sama*. No soy un espía, ni nada parecido. —Se inclinó en una reverencia y maldijo su torpeza. Encontrarse de nuevo con ella, bajo los cerezos en flor, había conmovido su corazón. Como parecía seguir aguardando una explicación, añadió—: Se debe a las pruebas con motivo de la elección de una emperatriz consorte. Nuestro emperador ha asignado un sirviente para acompañar a cada una de las damas durante el tiempo que duren, y a mí me corresponde

el honor de estar a vuestro servicio.

Kumori asintió, con gesto pensativo. No creía que nadie, fuera de algunos de los miembros del palacio, supiera acerca de aquellas pruebas. De todas formas, pronto descubriría si era verdad. A pesar de su comportamiento sumiso, el muchacho tenía un porte casi noble y un rostro en extremo apuesto. Su piel parecía besada por la luz de la luna y sus ojos eran dos brillantes obsidianas. Cuando él le sonrió, tuvo la sensación de que un par de mariposas alzaba el vuelo dentro de su estómago, girando en una espiral mientras se perseguían la una a la otra.

—¿Por qué entras por la puerta del jardín para entregar la ropa? —le preguntó, más por la necesidad de distraerse a sí misma del efecto de aquella sonrisa que por satisfacer su curiosidad.

Haruki se quedó, momentáneamente, con la mente en blanco. ¿Qué se suponía que debía responder a eso? Nunca se había preocupado por sus prendas de vestir, pues Yuto se ocupaba personalmente de ello. ¿Había alguna razón que justificara su extraño comportamiento?

—Es un capricho del emperador —contestó con todo el aplomo que pudo.

Vio cómo ella enarcaba las perfiladas cejas, que había ennegrecido con algún tinte —a diferencia de las damas de la corte, que solían afeitárselas y luego pintárselas un poco más arriba—, mostrando un atisbo de incredulidad. Si continuaba distraído y respondiendo sin pensar, cometería algún error irreparable y su plan fracasaría.

«Tengo que centrarme», se reprendió a sí mismo. Debía procurar comportarse como Yuto. Al recuerdo de su sirviente y amigo se unió el de su tío, y una oleada de nerviosismo lo sacudió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Haru... —Casi se mordió la lengua cuando contuvo su respuesta con brusquedad. Era hora de retirarse—. Mis disculpas, Kumori-sama, pero necesito entregar estas prendas con urgencia.

Dudó, aunque no tuvo más remedio que ceder. Además, tampoco ella podía permanecer allí mucho más tiempo, pues se encontraría en graves problemas si la descubrían.

—Está bien, puedes marcharte —lo despidió.

Haruki cruzó el jardín, apremiado, y subió las escaleras. Solo

entonces se percató de que había olvidado dirigirle una reverencia antes de alejarse, como convenía a su posición de sirviente, y miró hacia atrás. No vio a Kumori bajo los cerezos. Echó un vistazo alrededor y la descubrió encaramándose a la galería elevada con la agilidad de un pequeño corzo.

Una sonrisa curvó sus labios y abrió la puerta corredera para deslizarse al interior de la habitación. La elevada voz de su tío le llegó a través de las *fusuma-shōji*[16]. Las alas de las elegantes garzas que decoraban el papel de las puertas corredizas temblaron, como si en realidad quisieran echar a volar. Estaba seguro de que Yuto deseaba hacer eso mismo en aquel momento, pues de todos era conocido el carácter irascible del Gran Canciller.

Se apresuró a deshacer el moño que llevaba, permitiendo que el largo cabello le cayera suelto por la espalda. Se quitó el sencillo kimono y se puso un *hitoe*[17] de color rojo sobre los *hakama*.

—Fuhito-sama, por favor, no debe molestar a Su Majestad cuando se encuentra descansando. —Oyó que decía Yuto con tono calmado. Sus palabras le llegaron con tanta claridad que debían encontrarse ambos en la sala adyacente, donde solía recibir invitados.

—Me pregunto si en verdad es eso lo que está haciendo mi sobrino —lo cuestionó, con un matiz incisivo en la voz que ocultaba su ira—. Estoy al tanto de sus escapadas y de que ese inútil de Takeshi y tú lo encubrís. Caería la vergüenza sobre la Casa Imperial si otros también descubrieran que el emperador se mezcla con esa chusma ignorante del pueblo. No sé qué es lo que pretende con ello, pero debería buscar otra forma de entretenimiento.

Haruki apretó los labios con disgusto. No hacía aquello por diversión y, desde luego, el pueblo no era tan ignorante como su tío creía. Más bien lo eran los nobles, sumergidos en aquella burbuja especial que era la corte, donde no se preocupaban más que por adquirir nuevas ropas, por lograr conquistar a nuevas damas demostrando sus habilidades en la caligrafía y en la creación de poemas, o por divertirse con el juego del *kemari*[18] o el *go*.

Vientos de cambio estaban soplando y se avecinaban nubes de tormenta, pero los ministros preferían cerrar los ojos para no ver el fulgor de los relámpagos que anunciaban su llegada. La corte imperial no era más que una burbuja que aislaba a los nobles de la realidad: el

país se estaba dividiendo en pequeños feudos que cada vez ostentaban más poder, igual que las distintas sectas budistas que proliferaban aquí y allá, mientras que el gobierno central perdía su influencia. Aunque había intentado hacérselo ver a su tío, este había ignorado sus advertencias, confiando en el poder que mantenía a los Fujiwara como regentes imperiales.

Tal vez, en el fondo, fuese solo cobardía, pero creía con todo su corazón que no era la clase de emperador que su pueblo necesitaba para los días venideros. Dejaría el país en unas manos más capaces que las suyas.

La voz de su tío se elevó aún más, por lo que tomó una honda respiración y abrió la puerta, sobresaltando a los dos hombres.

—¿Qué es todo este alboroto? —inquirió, frotándose los ojos y estirándose igual que un gato perezoso, como si en verdad hubiese estado durmiendo—. Yuto, sabes que no me gusta que me molesten cuando estoy descansando.

—Mis disculpas, Su Majestad —respondió este, por cuya mirada se deslizó un palpable alivio—. Mi señor Fuhito deseaba hablaros.

Su tío se inclinó en una reverencia tan breve que apenas duró un parpadeo. Cuando enfrentó su semblante, pudo ver en él un cierto disgusto.

—Acabamos de vernos, ¿cuál puede ser ese asunto tan urgente que debéis tratar conmigo y no puede esperar?

Procuró imprimir a su tono un aire de desgana e indiferencia, aunque lo extraordinario de su visita y el malhumor que lo acompañaba lo pusieron nervioso.

—Me disculpo por interrumpir vuestro descanso, *Heika*[19]. —Pronunció las palabras entre dientes y sin ningún atisbo de contrición—. Me gustaría hablaros a solas.

Haruki le hizo un gesto a Yuto para que se retirara e invitó a su tío a sentarse para compartir una taza de sake, aunque él declinó el ofrecimiento y comenzó a pasear por la sala.

—Y bien, ¿cuál es el asunto? —le preguntó tras unos instantes en los que el silencio pareció extenderse por la habitación como el aroma del incienso que se consumía en el quemador.

Fuhito extrajo un papel del interior de su kimono y lo agitó ante sus ojos.

—Permití que la propuesta siguiera adelante porque a los funcionarios pareció agradarles la idea, pero esto… esto es irrazonable, un despropósito —señaló con vehemencia al tiempo que le entregaba el documento—. ¿Qué tipo de pruebas son estas? Conseguir una pluma de un faisán verde, ¿acaso has perdido la razón?

No necesitó leer lo que estaba en la hoja para saber que se trataba de una copia de las ideas que él mismo había escrito para las pruebas. La rabia recorrió sus venas como un líquido espeso y ardiente. Había un espía entre sus sirvientes.

—Me limito a hacer lo que se espera de mí —le respondió. Su semblante irradiaba serenidad y en sus ojos brillaba el fuego de la determinación—. ¿No fuiste tú quien me dijo: «Dedícate a mantener entretenidos a los nobles y déjame la política a mí»?

Fuhito frunció el ceño.

—Pero esto… —Vio en el rostro de su sobrino que no pensaba ceder—. ¿Es esta tu voluntad, *Heika*?

—Lo es.

—Que así sea.

Capítulo 10

Fūrin

Campanillas de viento

«El bambú que se dobla es más fuerte que el roble que resiste», solía decirle su padre cuando entrenaban. «No te aferres a las técnicas que has aprendido, tienes que adaptarte a la manera de luchar de tu enemigo».

Lo había intentado. De verdad que lo había intentado. En los cuatro días transcurridos desde la audiencia con el emperador, se había comportado como se esperaba de ella, participando junto con el resto de las damas en las actividades de la corte. Sin embargo, de no haber sido por la pequeña Keiko, habría permanecido sola en cada una de las reuniones que organizaba la dama Himiko.

Aunque la princesa poseía un carácter dulce, era más bien tímida y le costaba mantener una conversación. No obstante, se esforzaba en ello, que ya era más de lo que hacía el resto de las arrogantes princesas y damas de la corte, quienes no solo no le dirigían la palabra, sino que aprovechaban cualquier ocasión para menospreciarla, lo mismo que a Keiko.

Dejó escapar un suspiro. Sentada en la veranda perimetral que

conectaba las distintas habitaciones con el jardín, alzó la mirada al cielo, de un azul límpido, donde algunas nubes blancas y regordetas dibujaban caprichosas figuras. La brisa suave que soplaba arrastró el tenue y dulce sonido de unas campanillas. El canto de algunos pájaros y el murmullo del agua de las fuentes le resultaban relajantes. Cerró los ojos y permitió que aquella tranquilidad que emanaba de la naturaleza la acunara y la devolviera, aunque fuera por unos instantes, a su hogar.

Sin embargo, sabía que no podía dejarse llevar por la melancolía. Cogió la katana, que había dejado a un lado cuando se sentó a descansar, y se puso de nuevo en pie. Adoptó una postura de equilibrio y sujetó la empuñadura de la espada con una mezcla de fuerza y flexibilidad, colocándola por encima de su cabeza. Respiró hondo y adelantó el pie derecho, al tiempo que descargaba un golpe descendente con rapidez y precisión. El sonido del acero al sajar el aire la envolvió como el aroma del incienso y le provocó nostalgia. Aferró con más fuerza la katana y continuó su entrenamiento.

—Kumori-sama, ¿puedo entrar?

Al oír la voz de Haru, su corazón se agitó ligeramente, del mismo modo en que un viento suave hacía temblar las hojas de los árboles. Desde el día en que lo conoció, el joven pasaba a visitarla cada tarde, cuando el sol calentaba con más fuerza y el palacio entero parecía adormecerse y sumergirse en un silencio laxo y perezoso. En esos momentos, era como si ellos dos fuesen los únicos moradores.

—Adelante.

La puerta se deslizó a un lado. Primero, solo unos pocos centímetros; después se abrió por completo. Haru cruzó el umbral, manteniéndose arrodillado sobre el suelo de tatami. Luego, cerró con delicadeza.

—Veo que está entrenando de nuevo. —No pudo evitar que una sonrisa se filtrase en su tono.

La niña que conoció años atrás no solo se había convertido en una hermosa mujer, sino que también había perseguido su sueño. Por su forma de moverse, tanto en el ataque como en la defensa, se notaba que había sido entrenada por uno de los grandes señores de la guerra. Apostaría lo que fuera a que a Takeshi le encantaría poder medir su espada contra ella.

—Y yo veo que, como siempre, te mantienes ocioso —replicó Kumori, al tiempo que limpiaba con mimo el filo de la katana y la guardaba en su funda.

A pesar de sus palabras, le gustaba que la visitara, pues le resultaba fácil y natural conversar con él y, además, le ayudaba a disipar su aburrimiento. Solían sentarse en la veranda a jugar al *go* o, simplemente, a hablar. A veces paseaban por el jardín, o bien ella continuaba con sus entrenamientos y él se limitaba a observarla, como si fuera un aplicado alumno.

—He cumplido con mis obligaciones matutinas —le aseguró. De hecho, había estado bastante ocupado, pues la dama Himiko, como primera asistente para las mujeres de la casa del emperador, había solicitado una audiencia con él para solucionar las múltiples quejas de las princesas—. Atenderos también forma parte de mis deberes al servicio del emperador.

La sonrisa que le iluminó el rostro, de facciones delicadas, fue como una de esas suaves lluvias de primavera que las primeras flores recibían con anhelo. En ese momento, un melodioso tintineo de campanillas entró por la puerta abierta del jardín y reverberó dentro de su pecho, como si proviniese de su mismo corazón. Volvió la cabeza para mirar al exterior, deseando que la brisa apagase el fuego que había encendido sus mejillas.

—¿Qué es ese sonido? —le preguntó, buscando un refugio seguro en las palabras.

Haruki también dirigió su mirada hacia el jardín.

—Son las *fūrin*, las campanillas de viento. Están colgadas en los aleros de los tejados de los distintos pabellones del palacio. Cuando el aire las agita, produce ese tintineo relajante que ahuyenta a los malos espíritus y atrae la paz. —A él le encantaba escucharlas, especialmente en el verano—. Cuando lo oyes, sabes que nada malo te puede pasar.

Durante unos instantes, Kumori permaneció atenta al agradable sonido. Le pareció que Haru era como una de esas campanillas de viento, su presencia y su voz provocaban en ella ese efecto tranquilizador, la llenaban de paz. Tenía la sensación de que con él a su lado todo iba a estar bien. Era un pensamiento tan extraño como aterrador.

—¿Cuándo hará el emperador que den comienzo las pruebas? —

preguntó más para sí misma que para él. Necesitaba volver a casa, donde estaría a salvo de esas nuevas sensaciones que estaba experimentando y que nacían, sin duda, del aburrimiento al que se veía sometida.

—¿Por qué, *ojō-sama*? ¿Acaso desea salir victoriosa en la competición para convertirse en su emperatriz?

La observó con atención. Si se tratara de su prima Yoko o cualquiera de las otras princesas imperiales, salvo Keiko, sabría cuál sería la respuesta. Le intrigaba la de ella. El poder resultaba tan deslumbrante como el oro y los metales preciosos, y engendraba la misma codicia. La niña que conoció años atrás poseía un corazón tan puro como el jade, pero bien podía haberse corrompido al pasar del tiempo y ambicionar un puesto en la corte.

Kumori se preguntó si Haru le contaría al emperador acerca de sus conversaciones. Suponía que así era y que, por ese motivo, habían hablado de una amplia variedad de temas: políticos, religiosos o culturales, incluso sobre la situación del país, que parecían impropios en un sirviente. A pesar de todo, su manera de exponer las opiniones y de considerar los diversos problemas y situaciones de la vida no era la de alguien que se aprende unos discursos de memoria para repetirlos, sino la de un joven instruido. Había muchos funcionarios de rango menor en la corte, que provenían de familias ricas o de la nobleza menor, y que entraban al palacio como sirvientes antes de ir ascendiendo a otros puestos. «Tal vez Haru pertenece a una de ellas», reflexionó.

Por algún motivo, pensar en esa posibilidad le hizo experimentar un ligero alivio, como cuando se abría una ventana en una habitación excesivamente cargada con el aroma del incienso y el calor de las lámparas.

—No me interesan los títulos, excepto el de digna hija de mi padre —replicó, sentándose en el borde de la veranda de madera. Con las piernas colgando, podía sentir en las plantas de los pies la caricia del frescor que emanaba de la tierra fértil y húmeda del jardín—. Solo he preguntado porque me gustaría aplacar este aburrimiento que siento.

Haruki tuvo que tragarse la decepción que experimentó ante su respuesta.

—¿No os agrada el emperador?

—Puedo decir que me agrada la caricia de la brisa, porque la siento en el rostro, o que me gusta el perfume de las flores, porque las huelo. —Se detuvo unos instantes y luego se giró y clavó la mirada en Haru—. ¿Cómo puedo decir si me agrada o no alguien a quien no he visto ni conozco? Se puede entregar la vida por deber, mas no el corazón.

—Quizá pueda llegar a amarlo con el tiempo —musitó.

Una nota de tristeza se filtró en su tono al comprender que no había tomado en cuenta los sentimientos de ella. Cuando inició todo aquello, lo había hecho pensando en sí mismo, que no deseaba un matrimonio forzado, sino uno por amor, y, sin embargo, se lo estaba imponiendo a ella. Además, creyó que podría conquistarla, pero ¿y si no era así?

Las dudas se enroscaron en su corazón como una serpiente que amenazaba con asfixiarlo. Había sido un necio al creer que podía conseguir el amor de Kumori basándose en una mentira. «Debería detener esto mientras aún estoy a tiempo», pensó, arrepentido. Sin embargo, si le dijera la verdad en ese momento, estaba seguro de que cambiaría la actitud de ella hacia él, y no deseaba perder eso.

—¿Quiere que juguemos una partida de *go*? —preguntó en cambio, dejando escapar un suspiro ante su propia cobardía.

Capítulo 11

Kansha

El agradecimiento que nace del corazón

Kumori se había acostumbrado a practicar el arte de leer los rostros, aprendido de una anciana dama que había servido en la corte imperial de Chang'an, tan llena de intrigas y traiciones. Esta, durante una visita que le hizo, le explicó que aquel arte le había salvado la vida, permitiéndole llegar hasta su actual edad, y que, puesto que no tenía descendientes a quienes legarles aquella tradición, le transmitiría a ella todas sus enseñanzas, que le serían útiles para conocer a sus enemigos y saber en quién confiar y en quién no.

A pesar de que al principio se lo tomó como una diversión, después se dio cuenta de que le ofrecía bastantes ventajas, sobre todo cuando entablaba combate. En ese momento, también había podido percibir el abanico de emociones que había atravesado el semblante de Haru: alegría, anhelo, decepción, tristeza y preocupación. Incluso en ese instante, mientras lo miraba a los ojos, supo que le ocultaba algo. El descubrimiento le provocó un ligero pellizco en el alma.

—Hoy no tengo ganas —respondió con aire cansado, mientras se frotaba la frente. Necesitaba hacer algo de ejercicio para arrojar fuera

las sensaciones que la habían asaltado hacía unos instantes—. Si pudiera salir…

Haruki escuchó el suspiro de frustración y se sintió aún más culpable. A pesar de que no podía dejar que Kumori abandonara el palacio, sí había algo que podía hacer por ella.

—¿Le gustaría practicar el tiro con arco, *ojō-sama*?

Los hombros abatidos de ella se enderezaron de pronto y su rostro pareció iluminarse con el brillo de cientos de estrellas.

—¿Es posible? ¿Crees que Su Majestad me lo permitiría? —En su tono se mezclaban la esperanza y la duda.

No podía reprocharle su escepticismo, pues, como bien había dicho ella, no conocía al emperador.

—Su Majestad no es tan insensible como parecéis creer; si le hacéis una petición, estoy seguro de que os escucharía.

El ánimo de Kumori se desinfló.

—Puede ser, pero ¿cuánto tardaría en responder? La burocracia…

—Yo mismo se la entregaría ahora en mano —la interrumpió, más emocionado de lo que cabría suponer en un sirviente. La posibilidad de poder comenzar a relacionarse a través de cartas, como solía hacerse en el cortejo formal, supuso un alivio para la carga de culpa que soportaba y vislumbró en ella un camino para conocerse mejor y establecer vínculos verdaderos.

—¡Gracias, Haru!

Ella se puso en pie con tal presteza que lo sorprendió, pero fue la hermosa sonrisa que le curvaba los labios la que provocó que el corazón le latiera con la misma fuerza con la que los *taiko*[20] resonaban en el salón durante las celebraciones musicales de la corte. Era como contemplar una flor abrirse al ser besada por el sol.

La observó mientras tomaba la caja de escritura, que contenía los materiales caligráficos, y se acomodaba frente a la mesa baja para escribir. Lo hizo con calma, concentrada en cada uno de los caracteres que escribía sobre el papel. Cuando terminó, espolvoreó un poco de arena sobre la tinta para secarla. Le dio un último vistazo de aprobación, lo dobló y se lo tendió a él, que lo tomó con ambas manos mientras inclinaba la cabeza.

—Dile al emperador que sé lo ocupado que está para atender una petición tan nimia, pero que mi gratitud lo acompañaría por siempre

si tuviera a bien concedérmela —le expresó. No estaba muy segura de que Haru pudiera conseguir ser escuchado, pero quiso confiar en él—. Mi agradecimiento también se extiende a ti.

—Se lo entregaré ahora mismo.

Salió de la habitación y, una vez fuera, recorrió la galería con pasos presurosos y la cabeza baja. Casi se le detuvo el corazón cuando, al doblar una esquina, estuvo a punto de chocar contra alguien. A juzgar por lo que alcanzó a vislumbrar de su vestimenta, se trataba de un oficial de la guardia imperial.

Se apartó de su camino, como correspondía a un sirviente, y le dirigió una reverencia a modo de disculpa.

—Si no miras por dónde andas, vas a meterte en problemas.

—¡Takeshi! —Respiró, aliviado, al escuchar su voz—. ¿Qué haces aquí?

—Mi deber es protegerte, ¿acaso lo has olvidado? —Sacudió la cabeza y comenzó a caminar a la par que él cuando vio que continuaba su camino—. Yuto me dijo que estarías al menos un par de horas con la dama Kumori.

—He de entregar un mensaje al emperador.

Takeshi parpadeó confundido.

—Me preocupa que estés perdiendo el juicio. ¿Acaso ya no recuerdas quién eres?

Haruki le dirigió una mirada reprobatoria, aunque enseguida suspiró. Sabía que su primo no pretendía burlarse de él, sino llamar su atención sobre un hecho que no debía olvidar, sobre todo si se encontraba fuera de sus habitaciones.

—Lo recuerdo demasiado bien —replicó con resignación. Si tan solo fuese un hombre común, podría disfrutar de una vida corriente y pacífica, dedicándose a aquello que le gustaba, y haberse casado con Kumori—. ¿Has deseado alguna vez ser el emperador? —le preguntó de pronto a Takeshi.

Este lo miró como si se hubiera transformado en un *oni*.[21] Por suerte, habían llegado ya a la residencia imperial, el Seiryōden, un lugar más adecuado para aquella conversación que las galerías, donde cualquiera podía escucharlos.

—Nunca te envidié por ser el príncipe heredero y jamás he deseado convertirme en emperador —respondió con calma mientras se

adentraban en la estancia principal—. Es una carga demasiado pesada, y el poder no es sino una cortina de humo, porque todo lo que de verdad vale la pena no se compra con oro o riquezas, ni con un título —añadió tras unos instantes de silencio.

Haruki asintió. Takeshi tenía razón: la paz entre las naciones, la libertad o el amor no tenían precio.

—Creí que tardaríais más en volver —comentó Yuto, desde un rincón, dejando a un lado el libro que estaba leyendo.

—Solo he venido porque necesito escribir una carta.

Agitó la que le había entregado Kumori y se dirigió al *tamakura*, la habitación privada donde podía dedicarse a la meditación, la pintura y la caligrafía. El suave aroma del sándalo lo impregnaba todo y le resultó tranquilizador. Se acercó a la mesa lacada sobre cuya superficie descansaba la caja con los útiles de escritura, junto a los últimos bocetos que había dibujado. Cogió uno de ellos y lo observó. El rostro que había en él no le hacía justicia al verdadero semblante de Kumori.

Lo contempló con atención. En su mente hicieron eco las últimas palabras de su primo, tan parecidas a las que había pronunciado ella. El verdadero amor ni se compraba ni se vendía, sino que se ofrecía como un don gratuito, sin esperar nada a cambio, lo mismo que la naturaleza les entregaba su belleza en cada cambio de estación y la armonía entre todos los elementos que conformaban el mundo humano y el mundo espiritual.

—Dejaremos que sea el destino quien guíe nuestros pasos —murmuró, sentándose a escribir una respuesta a la carta.

Apenas la tuvo lista, se levantó y regresó a la sala principal. Takeshi y Yuto, que conversaban en voz baja, se volvieron hacia él cuando lo vieron entrar.

—¿Va a volver con la dama? —le preguntó Yuto al ver que continuaba vestido como un sirviente—. Hace tiempo que la campana ha anunciado el inicio de la hora del Dragón[22].

Haruki asintió. Sabía que debería comenzar a atender sus deberes pronto, pero quería darle a Kumori aquel regalo.

—Estaré de regreso a tiempo para cumplir con mis obligaciones.

Cuando se giró, Yuto le hizo un gesto a Takeshi y este cabeceó para asegurarle que él se ocuparía de que así fuera.

Capítulo 12

Kimochi

Sentimientos

Tōru Genji siempre había sido un gran maestro. No solo enseñaba el camino del guerrero con la práctica del ejemplo, sino también con las palabras. Contemplando el jardín, mientras aguardaba el regreso de Haru, rememoró una de las enseñanzas de su padre.

No recordaba cuántos años tendría en ese entonces, pero había estado practicando un movimiento con la *naginata* durante mucho tiempo y la frustración había hecho mella en ella al verse incapaz de conseguirlo, ya que sus brazos eran todavía demasiado cortos para el alcance que buscaba. Al ver su estado de ánimo, su padre la llamó, y Kumori acudió a sentarse junto a él en la veranda. Permaneció en silencio durante un largo instante, en el que a ella comenzó a irritarle incluso el sonido seco y rítmico de la caña de bambú del *shishi-odoshi* al golpear la piedra.

—Si un hombre avanza por un sendero y encuentra que este se halla bloqueado por una enorme montaña de piedra, puede hacer una de estas tres cosas —comentó, de pronto, con voz serena—: sentarse a esperar que el viento y la lluvia desgasten la roca, usar su fuerza y sus

habilidades para intentar subir por ella y cruzar al otro lado, o bien buscar otro camino que recorrer. ¿Cuál crees tú que es la mejor elección, Kumori-chan?

—La segunda —respondió sin dudar.

—¿Por qué?

En esa ocasión, se tomó su tiempo para reflexionar. Su padre nunca la cuestionaba sin motivo, sino que buscaba que meditase sus palabras antes de dar por sentado que su respuesta era la correcta.

—La primera solo conduce a perder el tiempo, y la tercera significa renunciar a aquello que se desea. Por eso, la segunda opción es la mejor: luchar sin descanso hasta obtener lo que quieres.

Le sorprendió ver que Tōru negaba con la cabeza, aunque no perdió la sonrisa ni mostró decepción en su semblante.

—La elección más sabia depende del momento y de las circunstancias —le explicó. Le cogió una mano y la puso sobre la de él, mucho más grande y callosa—. Luchar es bueno y honorable cuando se tienen posibilidades de ganar, pero la paciencia y la espera también pueden alcanzar grandes resultados. Cuando pase el tiempo y crezcas no tendrás problemas para ejecutar ese movimiento que ahora no logras realizar.

—¿Y la tercera? ¿Cómo puede haber sabiduría en la renuncia?

Su padre clavó un momento la mirada en el fondo del jardín, como si pudiera ver más allá del tupido ramaje de los árboles. Luego le soltó la mano y le revolvió el cabello.

—A veces, no sabemos lo que estábamos buscando hasta que lo encontramos. Solo entonces nos damos cuenta de que era mucho mejor que lo que perseguíamos.

No comprendió sus palabras en ese momento. Sin embargo, ahora, mientras contemplaba aquel otro jardín perteneciente al palacio imperial, comenzó a preguntarse qué buscaba.

La llegada de Haru apartó de su mente aquellos pensamientos.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó casi antes de que hubiera entrado en la estancia.

Él se limitó a ofrecerle un papel que llevaba el sello del emperador. Lo tomó con dedos trémulos y comenzó a leerlo.

Haruki observó con atención su rostro mientras sus pupilas se deslizaban sobre los borrones de tinta. Aparte de concederle el

permiso para practicar la arquería en el salón destinado a ello, había incluido un verso de uno de los poemas pertenecientes a Chūnagon Kanesuke, uno de los treinta y seis poetas inmortales.

¿Cómo puedo extrañarte tanto
sin haberte visto todavía?

El corazón le latió con fuerza al ver el suave rubor rosado que le tiñó a ella las mejillas. ¿Le había gustado lo que había leído? Debería haber escrito él mismo el poema, tal y como correspondía al cortejo de un noble, pero la escasez de tiempo se lo había impedido. A partir de ese momento, buscaría conquistar su corazón no como Haru, sino como emperador, decidió.

—¿Qué hacemos, dama Kumori?

Ella salió de su ensimismamiento y lo miró con una dulce sonrisa curvando sus labios.

—Ha concedido su permiso —respondió, al tiempo que doblaba la nota y la guardaba en una pequeña caja lacada—. Vamos, Haru, no te quedes ahí —lo apremió, dirigiéndose hacia la puerta.

—Disculpad mi atrevimiento, *ojō-sama*, ¿iréis así vestida?

Kumori echó un vistazo a su vestimenta. Era la que solía llevar cuando practicaba en el *dojo* de su padre: un simple *kosode* y unos pantalones *hakama*. Dejó escapar un suspiro.

—Supongo que no es muy adecuado pasearme así por la corte, pero usar un kimono de diversas capas resultaría demasiado pesado y entorpecería mis movimientos. —Se mantuvo pensativa unos instantes —. ¿No podríamos atravesar el jardín? Sería un secreto entre tú y yo.

Haruki se esforzó por contener una sonrisa.

—Como deseéis.

Salieron por el jardín privado y, tras rodear varios edificios y cruzar por debajo de algunas galerías, llegaron al palacio Buraku-in, donde los nobles se reunían para los banquetes de entretenimiento y se celebraban las distintas festividades. En el principal pabellón, llamado Burakuden, tenía lugar la gran ceremonia *Taisha*, los juegos de tiro con arco que se llevaban a cabo el decimoséptimo día de la primera luna.

Kumori se descalzó antes de entrar al recinto y se dirigió de

inmediato al lugar donde descansaban los largos arcos, de casi dos metros. Tomó uno y lo sopesó, luego tensó la cuerda para probarlo.

—¡Son magníficos! —exclamó, maravillada. Sentía la liviandad del bambú, mezclada con la firmeza de la madera y la piel, así como la vibrante tensión que dormía en la cuerda de cáñamo. Como siempre había usado el arco corto, pensó que ese sería mucho más pesado, pero no era así—. Probaré con este.

Cogió la aljaba, que contenía flechas hechas también de bambú, y se acercó hasta una de las marcas que había en el suelo, frente a las dianas.

—Esperad. Poneos esto —le dijo, entregándole un guante de piel de venado.

Al ver que tenía la mano ocupada, se acercó para ayudarle a ponérselo. Procuró no tocar la piel satinada y pálida, pero el nerviosismo ante la cercanía de ella lo traicionó y contuvo el aliento cuando le rozó la palma con el dorso de los dedos para acomodarle el guante. Tragó saliva, en un intento por mantener la serenidad, aunque no se atrevió a mirar su rostro, pues ese comportamiento sería demasiado inadecuado para un sirviente.

La tibieza que desprendía su cuerpo llevaba consigo el aroma de la primavera y quiso llenarse los pulmones con él. Sin embargo, terminó de asegurarle el guante y dio un paso atrás.

Kumori exhaló con suavidad el aire y permaneció con la mirada clavada en la mano unos instantes, mientras el corazón entraba de nuevo en armonía con la paz que los rodeaba.

—Gracias —musitó, justo antes de volverse hacia las dianas, que parecían enormes ojos capaces de ver en lo profundo de su alma.

La emoción que la había envuelto hasta el momento en que cogió el arco se transformó en algo distinto cuando Haru comenzó a colocarle el guante. Fue un momento extraño que le hizo contener el aliento unos instantes. Al inspirar para tomar el aire que le faltaba, la inundó la dulzura y calidez del aroma del sándalo: la fragancia que había percibido en el emperador. Aquello la desconcertó; sin embargo, cuando sintió el toque delicado de los dedos de él sobre la piel, su corazón perdió el ritmo de los latidos y cientos de mariposas revolotearon en su pecho.

Necesitaba alejar de sí aquellas sensaciones. Tomó una de las

flechas, la colocó en el arco y tensó la cuerda. Realizó una serie de inspiraciones y espiraciones cortas y se concentró. La flecha salió disparada y se clavó justo en el centro de la diana.

La alegría que irradiaba el rostro de Kumori cuando esta se volvió hacia él, exultante por su logro, le recordó a Haruki su encuentro de años atrás bajo los cerezos. La sonrisa genuina y el brillo de sus ojos oscuros atravesaron su corazón.

Había vuelto a enamorarse de ella.

Capítulo 13

Hanakotoba

El lenguaje de las flores

A pesar de que se había vestido tal y como correspondía a la ocasión, no podía evitar la incomodidad que sentía. No se trataba solo del peso que suponían las diversas capas de su kimono, sino, sobre todo, de la humedad que cargaba el ambiente. Algunas nubes grises se arremolinaban en el cielo azulado. Probablemente, llovería ese día.

Cuando cruzó por la parte de la galería desde la que se divisaba el jardín privado del emperador, alzó la cabeza y miró hacia los cerezos. Pronto desaparecerían las flores de *sakura* para dar paso a hojas de un intenso verdor. La visión de los tonos rosados que vestían los árboles le provocó una inexplicable nostalgia, recuerdos del pasado que vagaban como una neblina en su mente y que le causaban una sensación de alegría olvidada. También pensó en Haru, a quien no había visto esa mañana y echaba de menos.

La sirvienta se detuvo en el cruce de galerías y se inclinó en una respetuosa reverencia ante la persona que se acercaba.

—Keiko-sama, buenos días —la saludó, feliz por el encuentro. Así podría gozar de su compañía hasta el salón de audiencias, donde

habían sido convocadas.

La princesa le dirigió una tímida sonrisa y se detuvo un instante para que pudiera acomodarse a su paso.

—Buenos días —respondió con un tono dulce y melodioso.

Aunque en un principio le había recordado a su hermana Michiko a causa de su edad, no podían ser más diferentes. La alegría parecía estar ausente en la vida de la princesa, nunca la había escuchado reír y su comportamiento parecía más apropiado para una dama de edad que para una joven como ella.

Durante sus conversaciones, había descubierto que le gustaba la música y cultivar flores, y, en una de las ocasiones en que fue a visitarla a su palacio, le mostró el jardín. La había sorprendido la belleza de este. Se notaba la delicadeza de la mano que lo cuidaba.

—¿Ya han florecido las *ajisai*[23]? —Se interesó, al recordar que le había contado que eran sus flores preferidas.

Keiko negó con la cabeza.

—Florecen con la llegada de la estación lluviosa, a principios de junio —le explicó—. Son mensajeras que anuncian el verano.

—¿Por eso te gustan tanto?

—No es esa la razón. —Permaneció en silencio unos instantes, como si no estuviera segura de si podía confiarle los motivos, pero luego continuó—: Mi madre amaba esas flores y todas las noches, antes de dormir, me contaba la misma leyenda sobre un antiguo emperador que había enfadado a la mujer que amaba, pues la había descuidado a causa de su trabajo. Entonces, decidió regalarle un ramo de *ajisai* como símbolo de su gratitud y de los profundos sentimientos que le inspiraba. Desde entonces, se dice que regalar la flor de *ajisai* a alguien significa que esa persona es tan importante para ti como el latido de tu corazón.

Aún no había terminado de hablar cuando las dos sirvientas que las guiaban se detuvieron antes de doblar una esquina, haciéndose a un lado. Keiko y ella se apresuraron a cubrirse la mitad del rostro con el abanico y también se apartaron, justo en el momento en que un apuesto guardia apareció. Titubeó un momento al verlas, pero enseguida les dirigió una leve inclinación de cabeza y continuó su camino.

—¿Quién es? —le preguntó a la princesa cuando él se hubo

alejado.

Había visto cómo esta lo seguía con una mirada cargada de anhelo. Las mejillas se le habían teñido del color de las flores de *sakura,* lo que se acentuó cuando le hizo la pregunta. Bajó la cabeza con timidez y, a pesar de que al principio se mostró reacia, terminó por responder.

—Es el cuarto príncipe. Takeshi es el comandante de la guardia particular del emperador.

—Es muy apuesto —comentó, sin apartar la vista del semblante de Keiko. Fue como contemplar a un cangrejo ermitaño replegándose en su concha.

—Mi madre también me enseñó a preparar el *ama-cha* —le respondió, tomando un camino distinto al que ella le había propuesto para la conversación—. Es una tisana elaborada con las hojas de la planta de *ajisai* y tiene un sabor dulce. Tal vez quieras tomar una taza conmigo la próxima vez que vengas a visitarme.

Kumori ocultó una sonrisa tras el abanico.

—Estaré encantada de probarla.

Sin duda, el apuesto comandante no le era indiferente a la princesa; sin embargo, la emoción que le causó descubrir el secreto de su nueva amiga se tornó de pronto en tristeza cuando se dio cuenta de que, al igual que ella misma, también la joven podía llegar a convertirse en emperatriz consorte y el sentimiento que latía en su pecho quedaría sepultado por el deber. No pudo evitar sentir el dolor de Keiko como suyo.

Le habría gustado hablar más con ella, pero habían llegado al Shishinden. En la gran sala de audiencias se encontraban reunidas ya el resto de las damas, y tuvo la mala fortuna de tropezar, casi a la entrada, con la princesa Yoko y las otras dos jóvenes que la acompañaban y que, según le había explicado Keiko, eran sus damas de compañía. Más por costumbre que por respeto, le dirigió una reverencia.

—Hay algunas personas que por llevar una gota de sangre imperial en sus venas se muestran orgullosas y se creen nobles. —La escuchó decir, con tono desdeñoso—. Sin embargo, no pueden ocultar sus deficiencias. ¿Cómo pretenden situarse en el rango más alto cuando no han nacido en él?

—Sobre todo cuando se comportan más como un guerrero que como una dama. Escuché que hace unos días estuvo practicando la arquería. Tal vez prefiere ser un hombre más que una mujer —añadió una de sus compañeras, con una risa disimulada tras la manga.

Kumori se detuvo y apretó los puños con fuerza. Estaba a punto de volverse para replicar cuando sintió un pequeño tirón en la manga del kimono. Vio la pequeña mano de Keiko, que pellizcaba la seda con dedos temblorosos, y al elevar la mirada hacia su rostro, se percató del leve gesto de negación que le dirigió. Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, pero en ese momento recordó lo que tantas veces le había dicho su padre: «Enfócate solo en las cosas que puedes cambiar». Y la estupidez ajena no era una de ellas.

Unas palmadas reclamaron la atención de todas. La dama Himiko aguardó hasta que se acomodaron en sus respectivos lugares.

—Su Majestad el Emperador no tardará en llegar. Les ruego, por favor, que guarden silencio.

Tras aquellas palabras, se apartó a un lado y se mantuvo a la espera mientras el amplio espacio se llenaba del aroma amaderado, resinoso y dulce del incienso que desprendían las pequeñas lascas de madera de agar que ardían en los quemadores. Kumori observó el lugar —en ese momento vacío— en el que se acomodaría el emperador. Desde que recibiera la nota que le permitió practicar con el arco, le habían llegado algunas más por medio de Haru. Los trazos de la caligrafía eran exquisitos, cada *kanji* parecía tratado con delicadeza y mimo, y decían mucho de la persona que los había escrito. En los mensajes había siempre palabras bellas y algún *waka*[24]. Las breves líneas de los poemas contenían referencias a la naturaleza, a la fugacidad de las cosas y al amor, y, de alguna manera, le aceleraban el corazón.

El gong sonó y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente para recibir al emperador. Cuando volvió a sonar y alzó la cabeza, miró la figura velada tras la cortina, igual que se ocultaba detrás de los poemas y la escritura grácil y fluida. Y volvió a preguntarse, una vez más, qué clase de hombre era Su Majestad y por qué despertaba tanta curiosidad en ella.

Sentía soplar en su alma dos vientos contrarios: el calmado e intenso del enigmático emperador, de palabras hermosas y dulces, y el

suave y cálido de Haru, con su sencilla alegría y su naturalidad. Ambos estaban generando en su interior una tormenta de emociones que no sabía cómo gestionar.

¿Podía, acaso, el corazón enamorarse a la vez de dos personas distintas?

Capítulo 14

Kōdō

El camino del incienso

—¡Bienvenido, Su Majestad!

Las voces femeninas se elevaron, llenando el aire igual que el incienso perfumado. El melodioso sonido acarició sus oídos y él cerró los ojos, como si así pudiera distinguir la voz de Kumori entre todas las demás. Cuanto más tiempo permanecía a su lado como Haru, el sirviente, más crecía en él un anhelo insoportable de pasar el resto de su vida junto a ella. Pero también el remordimiento y la culpa: por mentirle, por robarle sus sueños, por su cobardía.

Sin embargo, se resistía a abandonar sus planes, porque la vida era demasiado fugaz para permitir que las oportunidades se desvanecieran en el aire como los suspiros. A pesar de todo, dejaría que fuese ella la que eligiera a quién confiaría su corazón.

Escuchó un carraspeo y se volvió hacia el ministro de la Derecha, que lo acompañaba en esa ocasión, ya que su tío Fuhito se hallaba ocupado con asuntos del Gobierno. Le dirigió a este un gesto de asentimiento y el anciano se adelantó.

—Hoy se dará comienzo al proceso de selección de la emperatriz

consorte —proclamó, levantando un leve murmullo entre las damas—. El resultado de las pruebas que se celebrarán será anotado por cada uno de los sirvientes que les han sido asignados y llevados ante el emperador. Procuren ser dignas del honor que se les ha concedido. La dama Himiko les explicará ahora en qué consistirá la primera prueba, para la que dispondrán de tres días.

Arrodillada, la dama se postró hasta tocar con la frente el suelo en señal de acatamiento y, luego, enderezando la espalda, observó los rostros de las jóvenes, que aguardaban expectantes. Poseía un aspecto regio, digno de una emperatriz: la postura recta y elegante, las manos apoyadas con suavidad sobre el regazo y los movimientos delicados. Su semblante transmitía una mezcla de serena contención y autoridad. Tras unos instantes, su voz dulce y melancólica, que asemejaba al sonido del *koto*, resonó en el salón.

—La participación en esta prueba manifestará su refinamiento, su gusto y su sensibilidad. —Una sutil sonrisa se formó en sus labios—. Conocen bien la importancia del incienso como parte de nuestra rica herencia cultural. Su aroma nos trae calma, y cada voluta de humo que asciende conecta nuestro espíritu con los dioses, recordándonos la belleza efímera de nuestro paso por esta tierra. Cada una de ustedes tendrá que crear una fragancia con la que identifique a Su Majestad. —Un nuevo murmullo se extendió entre las damas como el siseo de un fuego que se apaga. Con una sola mirada, lo acalló—. El arte de elaborar incienso es un proceso complicado que requiere una cuidadosa selección de los materiales, una preparación minuciosa y la hábil mezcla de ingredientes. Por ello dispondrán de tres días para hacerlo.

Kumori pidió mentalmente perdón a su padre y a su familia por la deshonra que iba a causarles, puesto que nunca antes había elaborado incienso y no tenía idea de cómo hacerlo. Miró de reojo a Sayuri, aunque su semblante no manifestaba ninguna emoción, y se preguntó si ella sabría cómo preparar una fragancia. «Tendré que pedirle ayuda a Haru», pensó, conteniendo un suspiro. Si bien la perspectiva de fallar en una de las pruebas traía consigo la esperanza de volver a casa y a sus sueños, no quería hacerlo como un guerrero derrotado, incapaz de presentar batalla. La voz del ministro de la Derecha interrumpió sus pensamientos.

—Por la benevolencia de Su Majestad, cada dama podrá acercarse para formular una única pregunta que pueda servir de ayuda para obtener el resultado que desean. Princesa Yoko, por favor.

La joven se levantó y subió a la tarima, postrándose frente a la cortina que mantenía oculto el rostro del emperador. Kumori se dio cuenta de que sería la primera vez que volvería a hablar con él después de haber recibido sus cartas con los poemas, y su corazón se agitó. «Deberías estar pensando en tu pregunta», se reprendió a sí misma. Por suerte, sería la última y tenía tiempo para encontrar las palabras justas que necesitaba.

Las damas fueron pasando, una tras otra, y el nerviosismo comenzó a hacer presa en ella. Su mente asemejaba a los campos de su tierra natal, ataviados con las blancas vestiduras de la nieve en invierno. No tenía ni idea de qué era lo que iba a decir cuando llegase su turno. Si tenía que crear un aroma que para ella representase al emperador, sería una fragancia misteriosa, fría y cálida a la vez. «Con Haru sería más sencillo», reflexionó. Su sonrisa y esa alegría que irradiaba pondrían una nota de frescor en el aroma, luego estaba su calidez y esa calma que siempre lo acompañaba y que representaría un toque amaderado. Por último, estaba la forma en que hacía que se le acelerase el corazón cada vez que él la miraba y que identificaría con una fragancia seductora.

—Dama Kumori.

La llamada la sobresaltó y se levantó con movimientos más ligeros de los que se esperaban de una dama, por lo que, cuando se pisó la cola del kimono, estuvo a punto de ofrecer un espectáculo poco digno cayendo al suelo. Sus años de entrenamiento como guerrera vinieron en su auxilio y logró recuperar el equilibrio. A propósito, imprimió una mayor lentitud a sus pasos, para alcanzar la calma antes de presentarse ante el emperador. Cuando se arrodilló ante él, al menos ya no sentía el calor del rubor en las mejillas, aunque su corazón continuaba latiendo con fuerza.

—Su Majestad —lo saludó, inclinándose en una reverencia. Tuvo cuidado de colocar bien su kimono al arrodillarse para no volver a pisárselo cuando se levantara.

Se suponía que era en ese momento cuando debía realizar su pregunta, pero sus pensamientos vagaban dispersos como pétalos de

sakura empujados por el viento. En medio del silencio que los rodeaba a ambos, casi pudo escuchar los fuertes latidos que golpeaban dentro del pecho. Inspiró con suavidad, en un intento por relajarse, y el aroma del sándalo la inundó.

—Dama Kumori, espero que se encuentre cómoda en palacio —le dijo Haruki al ver que no decía nada. Una mezcla de ternura y diversión lo había asaltado cuando la vio tropezar a causa de su distracción.

—Así es, Su Majestad.

Apretó las manos contra el regazo y la seda de su kimono crujió. Su madre siempre decía que los dioses le habían otorgado un don especial: *kotodama*, «el espíritu de las palabras», la capacidad para comprender el poder que encerraban y para usarlas. Entonces ¿por qué no era capaz de pronunciar ni una sola en ese momento?

—¿Hay alguna pregunta que desee hacer, dama Kumori?

Al oírlo, por sus labios entreabiertos escapó un suspiro de resignación. Lo mejor sería hablar con la verdad.

—No se me ocurre ninguna, Su Majestad. En las provincias carecemos de entretenimientos tan refinados como en la corte —le confesó, alzando la cabeza ligeramente, para que no creyera que se avergonzaba de sus orígenes—. Por eso no sé muy bien cómo elaborar una fragancia de incienso o qué debería preguntar.

Su sinceridad lo desarmó y tuvo que contenerse para no abrazarla.

—Cuando era niño —comenzó a decir, acordándose de disimular su voz—, la emperatriz solía decirme que el incienso «no se huele, se escucha», tiene un lenguaje propio que es capaz de tocar el corazón sin pasar por las palabras.

Kumori percibió el cariño con el que hablaba de su madre y se acordó de la suya. Había una fragancia con la que podía identificarla, porque su ropa siempre olía a ella. Una vez la vio colocar su kimono sobre una estructura de bambú bajo la que había un quemador de incienso y le preguntó por qué lo impregnaba con el aroma que emanaba de él. «Me ayuda a recordar quién soy y lo que me hace feliz», le había respondido. Entonces no lo comprendió, pero ahora que se hallaba lejos de su hogar, evocar aquel aroma llenaba su corazón y le traía paz.

—Su Majestad, ¿qué es lo que lo hace feliz?

Capítulo 15

Aisuru mono o mamoru

Proteger lo que amas

«Su Majestad, ¿qué es lo que lo hace feliz?».

Haruki volvió a sonreír al recordar la pregunta. La mayoría de las damas le habían preguntado de qué tipo de madera le gustaba más el aroma. Pretendían, así, elaborar una fragancia que le agradara, pero con ello se quedaban en una comprensión superficial de su persona. Solo Kumori, su prima Keiko y la dama Sayuri lo habían interrogado buscando descifrar su interior, quién era él, y no solo qué le gustaba.

No sabía si su respuesta podría ayudarla a elaborar una fragancia, pero había sido sincero: «Estar junto a la persona que amo». Descansar el corazón en el suyo, en ese dulce hogar donde no era el emperador, sino solo él mismo.

—¿Podría su divina Majestad descender un momento de las nubes para atender a este simple mortal? —El tono mordaz de su sirviente le hizo torcer el gesto—. No me gustaría agujerear, por error, su delicada piel, ya que mis manos no están hechas para la costura.

—Lo siento, Yuto, estaba distraído.

—Estabas sonriendo —intervino Takeshi, casi como si fuera una

acusación—. No hace falta ser muy astuto para saber en quién pensabas.

Se encontraba sentado en un rincón de la habitación, limpiando su espada, mientras aguardaba a que Yuto terminara de ajustarle la cintura de los pantalones a Haruki.

—Puede que te equivoques —le respondió este.

Su primo alzó una ceja con arrogancia, cuestionando aquella afirmación.

—Como sea. —Sacudió la cabeza y guardó la katana en su vaina —. ¿Me puedes explicar por qué vamos a ir al bosque?

—Tenemos que recoger madera.

—Eso ya lo sé —replicó mientras exhalaba un resoplido de frustración y se ponía de pie—, lo que quiero decir es por qué vamos a hacerlo cuando tienes una sala de los almacenes repleta de maderas importadas de India y China para preparar incienso.

—El comandante está preocupado por su seguridad, Majestad —le dijo Yuto, haciendo de intérprete de los sentimientos de Takeshi, que soltó un bufido, aunque no lo contradijo—. El bosque puede resultar peligroso, incluso para la dama.

Haruki comprobó el trabajo de Yuto, para asegurarse de que no perdería los pantalones en el camino, y le dirigió un gesto aprobatorio antes de dejar que le pusiera el sencillo *kosode* que usaban los sirvientes.

—Vivimos tiempos de paz. El único peligro que corremos en la corte es el del aburrimiento —sentenció, con la mirada puesta en su primo—. Además, no tardaremos mucho y tú nos acompañarás. Eres el mejor espadachín de la corte, y Kumori también es una buena guerrera.

Takeshi sacudió la cabeza.

—Pero sigue siendo una mujer.

No es que considerara que por ese motivo era inferior; sin embargo, fue lo único que se le ocurrió decir para no tener que replicar a su primera afirmación, pues en los últimos tiempos había habido varios tumultos en la capital y dentro del Gran Palacio, especialmente durante la noche, las patrullas de guardia habían detenido a varios ladrones y otras gentes de mala ralea. La paz era algo superficial, una ilusión creada por las mentes desocupadas de los

aristócratas, y una verdad que Fuhito le ocultaba al emperador, como tantas otras.

—Algún día me gustaría veros combatir a los dos —comentó Haruki, señalándolo con el dedo, casi como si fuera un augurio—. Mientras llega ese momento, ocúpate de conseguirme una montura adecuada para el paseo.

—Por supuesto, Su Majestad. —Se inclinó en una reverencia y abandonó la habitación. Cuando cerró la puerta, sus labios se curvaron en una sonrisa pícara—. Me encargaré personalmente de ello.

Haruki, arrodillado en la galería, deslizó la puerta con cuidado cuando recibió el permiso para entrar. Una vez en el interior, volvió a cerrarla y alzó la cabeza.

—Buenos días, dama Kumo...

Se interrumpió de golpe al ver a un hombre embozado que entraba en ese momento por la puerta del jardín. Sus ojos se abrieron un instante por la sorpresa, como si no esperara encontrarlo allí, pero Haruki no le dio tiempo a reponerse. Con gran agilidad se puso en pie y se lanzó contra el intruso. Sin embargo, este se movió con rapidez y evitó el golpe dirigido a someterlo, bloqueándolo con el antebrazo. Volvió a intentarlo, pero se movía con rapidez y detenía cada ataque suyo apenas sin esfuerzo.

El nerviosismo se apoderó de él mientras el corazón bombeaba con fuerza en su pecho a causa del temor que sentía por Kumori. ¿Dónde estaba? ¿Le había sucedido algo? Necesitaba que aquel hombre respondiera a sus preguntas. Mientras lanzaba un golpe, utilizando el filo de la mano como si fuera una espada, extendió la pierna y lo desestabilizó. Ambos cayeron al suelo e intentó inmovilizarlo, aunque era escurridizo como una anguila. Maldijo en su interior cuando él se movió bajo su cuerpo y estuvo a punto de convertirlo en un eunuco.

—¡Haru!

El sonido amortiguado de la voz de Kumori lo desconcertó. Miró a su alrededor, hasta que sus ojos se dirigieron hacia el hombre al que tenía sometido. Retiró el pañuelo que cubría la mitad inferior de su

rostro.

—Ku… Dama Kumori —rectificó, balbuceando por la sorpresa—. ¿Qué hacéis vestida así?

Solo cuando hizo la pregunta y señaló la indumentaria, se percató de la posición en la que se encontraban. La tenía aprisionada bajo su cuerpo. Inclinado sobre su torso, con su mano izquierda sujetaba las de ella por encima de la cabeza. Sus rostros se hallaban tan cerca que podía ver la noche profunda que habitaba en sus ojos y la pureza de nieve de su piel, sobre la que descansaban los dos pétalos rosados que formaban sus labios. El deseo recorrió sus venas y una espiral de calor le subió desde el vientre. Unas gotas de sudor descendieron por su espalda.

Kumori tuvo la sensación de que, tras hacerle la pregunta, Haru se había acercado más a ella, de tal modo que percibió sobre los labios la calidez de su rápida respiración y el corazón se le aceleró en respuesta. Necesitaba dejar de sentir su peso, envolviéndola en un abrazo como un manto confortable, y el fuego que ardía en su mirada, como pequeñas luces que le recordaron esas noches, durante la ceremonia del Tōrō Nagashi[25], en las que cientos de linternas de papel flotaban encendidas sobre las tranquilas aguas del río.

—¿Podemos hablar de esto en otra… posición? —Apartó la mirada, avergonzada.

Haruki dio un respingo y liberó de inmediato sus manos. De forma inconsciente, se había inclinado aún más sobre ella, como si persiguiera sus labios igual que una fruta madura que deseara saborear. Carraspeó, incómodo, y se apartó a un lado. Cuando Kumori se puso de pie, frente a él, sus ojos vagaron sobre el traje oscuro que vestía y el pañuelo que le cubría la cabeza, ocultando su cabello. Al darse cuenta de que la estaba mirando con demasiada atención, se postró ante ella con rapidez.

—Perdón por haberos atacado, pensé que erais un ladrón —se disculpó, con tono de arrepentimiento—. ¿Os he hecho daño?

—Me encuentro bien, aunque habéis sido un contrincante formidable.

Kumori le sonrió y el estómago le dio un vuelco.

—¿Por qué no me dijisteis quién erais?

Ella lo observó y vio signos de pesar en su rostro. En realidad, la

culpa había sido solo suya. Aunque él fue el primero en atacar, al percatarse de que conocía el arte de la lucha, quiso ver si era capaz de superarlo.

—Haru —lo llamó, extendiendo una mano hacia él para ayudarlo a levantarse—, quería demostrarte que, si alguna vez lo necesitas, yo también puedo protegerte.

Haruki tragó saliva y una emoción extraña le oprimió el pecho ante aquel gesto, acompañado por una espléndida sonrisa, una calidez que lo llenó por dentro al saber que no estaba solo. Ella era su guerrera y estaba dispuesta a luchar por él.

Capítulo 16

Hitotsu no tamashī

Una sola alma

La ciudad de Heian-kyō estaba asentada sobre un valle y rodeada de montañas en tres de sus puntos cardinales, solo el lado este quedaba abierto, aunque protegido por el río Kamo. Del otro lado, la acunaba el río Katsura.

El terreno donde había sido construida fue descubierto durante una partida de caza y, puesto que cumplía con todos los principios del Feng Shui[26] y con los requisitos económicos y estratégicos necesarios, tras solo una década después de su establecimiento en Nagaoka, la capital se trasladó hasta el lugar actual, dieciséis kilómetros más al norte, en un intento por alejarse del pernicioso influjo de los espíritus del príncipe Sawara y de Tanetsugu, el supervisor de la construcción y miembro del clan Fujiwara, asesinados en misteriosas circunstancias.

Con el nuevo nombre que le otorgaron, Heian-kyō —Ciudad de la Paz y la Tranquilidad—, pretendían comenzar una nueva era de prosperidad bajo el auspicio del Yin —principio masculino, representado por la montaña— y el Yang —principio femenino,

representado por el agua—. «Después de más de trescientos años, tanto la ciudad como la naturaleza siguen mostrando todo su esplendor», pensó Haruki mientras avanzaban por el polvoriento camino.

—¿Por qué se ha vestido así?

La pregunta de Takeshi casi le hizo olvidar las silenciosas quejas que lo habían acompañado desde que abandonaron el palacio por una de las tres puertas que se abrían al norte de la ciudad, desde donde alcanzaron los bosques que llenaban la extensa planicie frente a las montañas.

—Te pedí una montura adecuada —gruñó cuando descendió de la mula. Tenía la impresión de que su primo había querido vengarse por haberle pedido que los acompañara.

Takeshi se encogió de hombros.

—Y lo es... para un sirviente.

Haruki bufó, aunque no podía sino estar de acuerdo. Habría llamado demasiado la atención si lo hubieran visto montado sobre un fino ejemplar como los que había en los establos imperiales.

—Entonces ¿por qué se ha vestido así? —insistió su primo.

Dirigió la mirada hacia la joven, que había descendido del caballo y se había retirado el pañuelo con el que cubría su rostro. En ese momento, contemplaba con admiración los altos cedros que los rodeaban.

—No podía salir del palacio vestida como una dama y subida a un palanquín —le explicó, recordando lo que ella misma le había respondido cuando le preguntó—, habría levantado rumores.

Takeshi asintió.

—Es más lista que tú —se burló, ganándose un codazo por parte de Haruki, que le arrancó un jadeo.

—Iré a ayudarla —le dijo, al tiempo que le entregaba las riendas de la mula—. Vigila que nadie se acerque.

Tras esta orden, caminó hasta Kumori. Había apoyado una mano sobre la rugosa corteza de un árbol y, con los ojos cerrados, parecía rezar. No quiso interrumpirla y permaneció a su lado, observándola. Sus labios se movían con suavidad mientras elevaba una plegaria. Las hojas de los cedros, que se agitaban con la brisa, fragmentaban los rayos de sol que se deshacían en haces dorados sobre la negra figura.

Su belleza se fundía con la de la naturaleza, casi como si fuera una ilusión que estuviera a punto de desaparecer.

Quiso extender la mano para tocarla, para asegurarse de que no se iría de su lado, como había hecho cuando eran niños, pero se detuvo cuando ella abrió los ojos y alzó la cabeza.

—Mi padre siempre dice que en algunos árboles habitan espíritus ancestrales y que otros son la morada de los *kami*[27] —comentó, con una voz tan suave como el murmullo del agua—. Ofrecen protección a los devotos, pero atraen la mala suerte sobre aquellos que les causan daño, por eso hay que rezar para suplicar su perdón antes de herirlos.

Juntó las manos y se inclinó en una reverencia. Luego extrajo un pequeño cuchillo que llevaba oculto entre la ropa y, con cuidado, cortó pequeños trozos de la corteza que fue metiendo en una diminuta bolsa que llevaba colgada del cinturón.

—¿Habéis pensado ya qué fragancia haréis? —le preguntó. Sentía verdadera curiosidad por saber qué pensaba del emperador.

—Es complicado —contestó, al tiempo que suspiraba—. Lo único que sé acerca de elaborar aromas de incienso es lo que tú me has contado y tampoco conozco mucho a Su Majestad.

Desvió la mirada hacia el comandante, que los seguía a cierta distancia. Cuando Haru se lo había presentado —diciendo tan solo que era el guardia que los acompañaría al bosque—, había comprobado que, a pesar de que resultaba un tanto aterrador cuando fruncía el ceño con fiereza, en verdad era un hombre muy atractivo. Comprendía por qué a Keiko le gustaba, pero no entendía por qué al cuarto príncipe imperial y comandante de la guardia personal del emperador se le había encargado hacer compañía a un sirviente y a una dama que ni siquiera era princesa. Una sospecha insidiosa había comenzado a hacer mella en su pensamiento, no en vano era hija de un señor de la guerra, gran estratega y capaz de analizar el entorno con un simple vistazo.

—Pero os ha escrito a diario —le insistió Haru— y habéis hablado con él en dos ocasiones. ¿No es suficiente para forjaros una idea?

Kumori apartó los ojos del guerrero y continuó avanzando por el camino. Se detuvo para recoger algunas hierbas aromáticas.

—¿De qué color es el cielo?

Haruki se sorprendió ante la pregunta; aun así, respondió:

—Azul.

—Sin embargo, yo lo he visto blanco durante el tiempo en que la nieve cubre las montañas o gris en los días de tormenta, vestido de tonos dorados y rojizos al atardecer y negro como la tinta cuando cae la noche. Entonces ¿de qué color es? —volvió a preguntar, al tiempo que guardaba las hierbas en la bolsa. Descubrió una hilera de pequeñas rocas que seguían el borde del camino y, subiéndose a la primera, caminó sobre ellas—. ¿Nunca has oído decir que las personas tenemos tres caras?

—¿A qué te refieres? —inquirió, frunciendo el ceño y tuteándola sin darse cuenta. Al ver que se tambaleaba, tomó su mano para sostenerla.

Aunque era perfectamente capaz de mantener el equilibrio, Kumori no la rechazó, sino que se aferró a ella. El agarre era suave y firme a la vez, y transmitía una calidez que se extendió por su brazo y se asentó en su corazón, haciéndolo latir con rapidez. Sin embargo, no fue su cercanía el único motivo que le alteró los latidos: las manos de Haru no eran, en absoluto, las de un sirviente.

Al ver que él aguardaba una respuesta, intentó reunir los pensamientos dispersos que giraban en su mente.

—Es un proverbio antiguo que habla de los tres rostros que tiene cada persona —le explicó—: uno, el que muestra al mundo; otro, el que le permite ver a sus familiares y amigos; y el tercero, el que no enseña a nadie, sino solo a sí misma. ¿Cómo puede, entonces, conocerse a alguien a través de unas cuantas cartas y una breve conversación?

Llegó a la última piedra y saltó al suelo. Haru no la soltó, sino que permaneció frente a ella, sosteniendo su mano y mirándola con tal concentración que tuvo la sensación de que, a su alrededor, la naturaleza contenía el aliento, acallando los sonidos que murmuraba.

—Pero eso significa que nunca podemos conocer del todo a una persona.

—Hay un camino: el amor. —Liberó su mano y le dio la espalda, para que no viera el rubor en sus mejillas—. Cuando dos personas se aman de verdad, sus almas se funden en una sola y comparten mente y corazón.

—¿Ese es el amor que buscas?

Kumori se volvió hacia él y sacudió la cabeza.

—El amor no se busca. El amor te encuentra.

Capítulo 17

Ai no michi

El camino del amor

Takeshi se removió incómodo sobre la montura. Después de transcurrir un buen rato en el bosque, los había apremiado para que regresaran pronto a la ciudad, ya que no le gustaba que Haruki pasase tanto tiempo desprotegido en un área tan abierta y propicia para las emboscadas, y aunque los dos se habían mostrado conformes, su petición parecía haber roto la armonía que había percibido entre ambos.

Un silencio reflexivo los acompañaba desde su partida y a él, que era hombre de acción, comenzaba a resultarle pesado. Aminoró un poco la marcha para que el emperador lo alcanzase, pues la mula sobre la que iba montado trotaba con demasiada parsimonia.

—¿Hay algo que te preocupe? —le preguntó cuando se colocó a su lado.

Haruki alzó la cabeza y lo miró. En realidad, había muchas cosas que le preocupaban, pero solo una de ellas tomó forma concreta en palabras.

—Me preguntaba por qué te ha estado mirando todo el rato.

Ya se había percatado de ello durante el tiempo que habían estado en el bosque. De vez en cuando, incluso mientras hablaba con él, Kumori desviaba sus ojos hacia Takeshi, como si buscara respuestas en el semblante adusto de su primo. No pudo evitar la sensación de malestar que lo había asaltado cada vez que la descubría mirándolo y que había arrastrado consigo hasta ese momento.

—¿No es obvio? —replicó su primo, elevando una ceja con soberbia—. Es porque soy más guapo.

—Y mucho más arrogante —apostilló con un resoplido.

Una sonrisa divertida se insinuó en los labios finos de Takeshi.

—Debe de ser por el uniforme. No olvides que proviene de una familia de guerreros. —Al ver el gesto serio que nublaba el rostro de Haruki, dejó de bromear—. Tienes que tener cuidado, es muy inteligente.

—Lo sé.

No añadió nada más. Habían llegado a la puerta y Takeshi se adelantó para identificarse ante los guardias. Luego recorrieron la avenida hasta la entrada que se abría en la muralla que rodeaba el Gran Palacio. Una vez en el interior, su primo se apresuró a despedirse para no atraer demasiado la atención sobre ellos. Había escuchado el sonido de las campanas, anunciando la hora del Caballo[28], y habría muchos funcionarios entrando y saliendo de los ministerios. Su presencia, acompañando a un sirviente, desataría las lenguas viperinas.

—Debo atender unos asuntos, dama Kumori. Si me disculpa, no los acompañaré el resto del camino. Su sirviente sabe cómo llegar hasta el Palacio Interior.

Haruki asintió, aunque estaba seguro de que Takeshi mantendría su vigilancia sobre ellos hasta que alcanzasen el *Dairi* a salvo.

—Muchas gracias por su compañía y protección —respondió, inclinándose en una reverencia—. Me gustaría pedirle un favor. Quisiera caminar hasta el palacio, ¿sería posible?

—Pero…

—No puedo llegar al pabellón de las mujeres montada a caballo y así vestida, ¿no cree?

—Bueno… —Miró de reojo a Haruki y apretó con fuerza las riendas de su montura cuando cabeceó un leve asentimiento—. Está

bien. Me llevaré a los animales.

Kumori sintió el alivio expandirse por su pecho. No deseaba volver a encerrarse en su jaula de oro, mucho menos después de haber experimentado de nuevo, mientras recorría el bosque, lo que significaba ser libre.

Se giró hacia Haru y esperó a que le indicara por dónde continuar, pero él parecía perdido en sus propios pensamientos.

—¿Cuál es el camino?

—Mis disculpas, dama Kumori, estaba distraído —respondió, volviendo en sí—. Creo que será mejor atravesar los jardines. A estas horas hay mucho movimiento de funcionarios y podríamos encontrarnos con problemas.

—Muy bien, entonces te seguiré.

Avanzaron por la calle hasta que alcanzaron los primeros edificios gubernamentales. Haruki se aseguró de que no había nadie observándolos y entró en uno de los jardines. Casi como si estuvieran dando un tranquilo paseo, caminaron por los senderos. La brisa arrastraba suaves fragancias y el sonido de algunos pájaros.

—Necesitará más plantas aromáticas. Si lo desea, puedo llevarla a la sala del incienso, donde encontrará los materiales que requiere para su elaboración.

—Muchas gracias, Haru, pero no hará falta —le aseguró. No se percató del gesto de contrariedad que nubló su semblante—. Voy a pedirle su ayuda a la princesa Keiko.

Aquellas palabras lo sorprendieron. ¿Desde cuándo se llevaban tan bien su prima y Kumori? Fuera como fuera, no podía oponerse a ello, y tampoco tenía el derecho a preguntarle las respuestas a todas las dudas que se le habían ido acumulando durante esa mañana.

Caminó distraído, atravesando los jardines y cruzando por debajo de las galerías mientras pensaba en ello, y a punto estuvo de encontrarse, frente a frente, con su tío. Por suerte, reconoció su voz grave y se arrojó al suelo para ocultarse tras un arbusto, arrastrando consigo a Kumori al tiempo que le cubría la boca con la mano. Se golpeó la espalda contra el tronco de un árbol y ahogó el quejido que pugnó por brotar de su garganta. Si Fuhito lo descubría vestido de sirviente, iba a recibir algo más que un rapapolvo.

Kumori no sabía por qué Haru se había escondido de repente,

pero se encontraba acomodada entre sus piernas y apoyada contra su pecho, mientras un brazo le rodeaba la cintura y otro cubría su boca, permitiéndole apenas respirar. Tiró de su mano para que la soltara y pudiera recuperar algo del aire que sus pulmones habían dejado escapar con el repentino golpe.

—No hagas ruido.

El leve susurro en el oído, cuando retiró la mano de su boca, le puso la piel de gallina. Intentó centrarse en la conversación mantenida por los dos funcionarios que se habían detenido en la galería, justo sobre ellos, y a quienes no podía ver desde su posición, antes que en las sensaciones que experimentaba a causa de la cercanía de Haru: el cálido aliento que le acariciaba la mejilla con suavidad, cada respiración que agitaba su pecho y le rozaba la espalda, la firmeza de su brazo mientras le envolvía la cintura y la fragancia del sándalo que parecía formar parte de él. Igual que un pajarillo en una jaula, el corazón aleteó dentro de ella como si pretendiera echar a volar. Cerró los ojos.

—¿Cómo es posible que no sepa dónde está? —Oyó que decía uno de los hombres, con tono molesto. La voz le resultó conocida, aunque no pudo identificarla.

—Ha debido de marcharse temprano, aunque ella dice que no lo vio salir —replicó el otro. Había un matiz de temor en su expresión—. Y no pudo entrar en sus habitaciones para ver si averiguaba algo porque estaba Yuto, el sirviente.

—¡Maldita sea! Dile que no habrá trato si no nos proporciona la información que queremos. Y hazle saber también que, si la descubren, su familia se verá arrastrada a la ruina y al deshonor. Asegúrate de que le quede claro.

—Lo haré, mi señor.

Haruki aguardó hasta que el sonido de los pasos de ambos hombres se perdió en la lejanía. La traición de su tío le dolía, pero al menos había averiguado que el espía era una mujer. Tendría que hablar con Takeshi y con Yuto para ver si lograban descubrir de quién se trataba.

Descansó la cabeza contra el tronco del árbol y exhaló de golpe todo el aire que había estado reteniendo desde el momento en que había escuchado la voz de su tío.

—¿Haru?

Se enderezó, sobresaltado, y su rostro quedó a un suspiro de distancia del de Kumori, que había vuelto la cabeza para mirarlo. Sus respiraciones se mezclaron, y el calor del deseo debió de derretirle el cerebro, porque solo pensó en besarla allí mismo, en medio del jardín, rodeados por el aroma dulce de las glicinias y azaleas.

Se inclinó un poco más hacia ella y, antes de que pudiera ceder a la tentación, tiró hacia arriba del pañuelo negro que llevaba al cuello y cubrió la mitad de su rostro, ocultando los labios rosados que anhelaba probar.

—Será mejor que lleguemos cuanto antes a sus habitaciones. Allí estará segura.

Kumori sentía como si hubiera estado a punto de arrojarse al vacío desde un precipicio y, sin embargo, cuando Haru la liberó, no experimentó la ligereza de ánimo por el alivio de encontrarse de nuevo en terreno firme, sino la pesadez de la decepción y la pérdida. «Quería que me besara», reflexionó, sorprendida.

La primavera había hecho brotar la flor de su corazón.

Capítulo 18

Jiyū no kaori

Aroma de libertad

Al llegar a los jardines del pabellón de las mujeres, se apresuró a despedirse de Haru, y aunque percibió la decepción en su rostro, no se permitió aceptar aquel momento de debilidad. ¿Cómo podía hacerlo cuando pesaba sobre sus hombros el honor de su familia?

Cuando partió de su aldea lo hizo con la conciencia de que tenía un deber que cumplir como miembro del clan Minamoto, aunque eso pudiera significar renunciar a su sueño de convertirse en una gran guerrera. ¿Cómo iba a imaginar que tendría que sacrificar también su corazón? Una lágrima silenciosa se deslizó por su mejilla. La recogió con la yema del dedo y la contempló unos instantes. Hacía mucho tiempo que no lloraba, tanto que apenas recordaba cuándo fue la última vez, pero parecía que el rocío de sus ojos aún podía caer durante las noches de su vida.

Apartó los sombríos pensamientos y se desvistió deprisa, sin llamar a ninguna de las sirvientas, luego se puso el kimono y se arregló el cabello. Cuando estuvo satisfecha con su aspecto, tomó la bolsa en la que había recogido la madera y las hierbas aromáticas y

abandonó sus habitaciones. Recorrió con rapidez la distancia que la separaba del pabellón Kokiden, donde se alojaba la princesa.

—Keiko-sama —la llamó desde el otro lado de la puerta—, soy Kumori.

Esta se abrió apenas unos centímetros, antes de que una de las doncellas personales de la joven la abriera por completo. Kumori, arrodillada en la postura *seiza*, se deslizó hacia el interior. La habitación era amplia y estaba dividida en diversos espacios por medio de biombos y cortinas de bambú. La princesa salió de detrás de una de estas.

—Kumori-sama, bienvenida.

La calidez de su sonrisa, casi infantil, aligeró el peso de la congoja que le oprimía el pecho y se postró en una reverencia.

—Gracias, *hime-sama*.

—¿Conseguiste lo que querías?

Tras tener noticia de en qué consistía la primera prueba, había acudido a la princesa para que le explicara cómo se elaboraba una fragancia de incienso. Con su ayuda y la de Haru, y después de reflexionar sobre ello, había decidido el aroma que deseaba crear. La idea de ir al bosque a por los materiales que necesitaría había surgido de Keiko.

—Lo tengo todo —le dijo, mostrándole la bolsa como un trofeo.

—Entonces, buscaremos lo que falta en la sala de las fragancias.

Mientras se dirigían al almacén, acompañadas por dos sirvientas, caminaron en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos. Kumori tenía la intención de resolver las dudas que la acechaban con respecto a Haru, pero prefirió aguardar hasta que estuvieran a solas en la sala.

Cuando llegaron, el encargado del almacén, que había sido informado con antelación de su visita, se encontraba ya allí y les abrió la puerta.

—Si necesitan cualquier cosa, no duden en avisarme —les dijo, solícito, antes de retirarse.

Al entrar, Kumori se vio asaltada por una miríada de olores: dulces, especiados, picantes, amaderados… Resultaba relajante verse envuelta por aquellos aromas. Keiko le explicó el orden establecido en el almacén y ambas comenzaron a buscar lo que necesitaban.

—Al paseo nos acompañó el comandante Takeshi —comentó de forma casual mientras sacaba de uno de los cajones un poco de benjuí, una resina aromática que ayudaba a fijar las fragancias y aportaba notas dulces y avainilladas.

Observó a la joven princesa y vio que se detenía de forma repentina al escuchar el nombre. Sus mejillas se cubrieron de un suave tono rosado y bajó la cabeza, como si estuviera concentrada en lo que hacía, aunque sus dedos temblaban ligeramente.

—Es… —se aclaró la garganta para que su voz sonase con más firmeza— es uno de los mejores hombres de Su Majestad. Fiel y honorable.

—Y muy atractivo —añadió. Keiko no contestó a eso, por lo que buscó la respuesta de una forma más directa—. ¿Te gusta?

Ella la miró un instante y luego desvió la vista, avergonzada. Kumori contuvo un suspiro. Supuso que, a pesar de la amistad que parecían haber forjado, la princesa era demasiado tímida para hablar de esos temas. Por eso le sorprendió escuchar su voz suave, aunque firme.

—Sí. De niños, siempre estuvimos muy unidos. Se preocupaba por mí, me cuidaba y protegía y, tras la muerte de mi madre, procuró que no me sintiera sola. Luego, él se ganó por derecho el puesto de comandante de la guardia personal del emperador y yo entré en el pabellón de las mujeres. Desde entonces, nuestros caminos, igual que los del sol y la luna, nunca se cruzan, aunque se persigan el uno al otro.

Había tal tristeza en su tono que le recordó al sonido melancólico del *shō*[29], provocando que su corazón se acongojara.

—¿Por qué no le dices al emperador que deseas casarte con él? Podría liberarte de…

La vio negar con la cabeza.

—Es mi deber como princesa de la casa imperial.

—Pero ¿y tus sentimientos? ¿Acaso no importan?

Si a Keiko le sorprendió su arrebato, más todavía a ella misma, pues había sido educada en el respeto absoluto al deber. Faltar a él comportaba un grave deshonor que arrojaba una mancha sobre la propia persona y sobre la familia.

—Es el deseo de mi tío, el Gran Consejero. Es un hombre

importante y yo no deseo defraudarlo.

«Más bien, no puedes hacerlo», pensó. Desde que había llegado a la corte, había escuchado suficientes rumores como para comprender el poder que aquel hombre ejercía en el gobierno y el temor que inspiraba.

—Sin embargo, si hablas con Su Majestad… —insistió.

—¿Crees que el emperador tiene más libertad que nosotras para elegir con quién desposarse? No es así. —Un suspiro resignado escapó de sus labios—. Además, Takeshi puede elegir a cualquier dama como esposa, pero nunca se fijaría en mí como mujer.

Aún le dolía la distancia que se había creado entre ellos después de que ella ingresara en el pabellón. Era como si ya no existiera a sus ojos. Contuvo las lágrimas que la congoja que oprimía su pecho hacía brotar y se concentró en los pétalos de las flores que debía escoger para preparar la fragancia.

Kumori la contempló con tristeza y decidió guardar silencio. Mientras terminaba de recoger lo que necesitaba, reflexionó sobre lo que Keiko le había dicho y comprendió mejor las palabras de Su Majestad cuando le preguntó qué lo hacía feliz. «Estar junto a la persona que amo». ¿Significaba eso que ya había brotado la flor de su corazón, pero no podía entregársela a su amada?

Un infinito
amor me llevará
a él esta noche,
pues a la que anda en sueños,
¿quién podrá censurar?[30]

¿Acaso solo por el camino de los sueños podían ser libres para amar? ¿Por qué, si la vida era tan breve, debían ocultar su felicidad tras las negras nubes de la melancolía y el anhelo?

—Deberíamos irnos ya. —Oyó que le decía la princesa, sacándola de sus pensamientos.

Tomó el material que había escogido y salió tras ella al exterior. Agradeció respirar un poco de aire puro, pues había comenzado a sofocarse con la intensidad de las esencias o, quizá, con el peso de sus emociones.

Se cubrió el rostro con el abanico y elevó la mirada hacia el cielo límpido. Su padre le había enseñado a no rendirse nunca, a luchar por alcanzar sus sueños y, de un modo u otro, estaba decidida a hacerlo.

Capítulo 19

Hatsukoi

Primer amor

El verano siempre traía consigo la lluvia, dejando un ambiente húmedo y bochornoso. El sonido de las *fūrin* despertaba en ella una sensación de calma, como si el tiempo se detuviera con su claro sonido.

—Me encanta el verano.

Dejó de mirar el jardín y se volvió hacia Keiko, que acababa de entrar en la habitación, acompañada de una sirvienta que portaba en una bandeja algunos recipientes para mezclar los ingredientes, un par de morteros y majadores para triturarlos, y también cuchillos. La depositó sobre la mesilla y, tras una reverencia, las dejó solas.

—Es una estación bonita, aunque yo prefiero la primavera. Me gusta contemplar los cerezos en flor —le respondió.

Volvió de nuevo los ojos al jardín y se concentró, como si pudiera alcanzar a distinguir los cerezos en el jardín del emperador. De vez en cuando, un recuerdo fugaz aparecía en su memoria y se veía a sí misma hablando con un niño mientras una lluvia de pétalos de *sakura* caía sobre ellos. En el aire flotaba el aroma de una promesa.

—Lo primero que tenemos que hacer es preparar la base del incienso con las resinas y la madera en proporciones equilibradas… ¿Kumori-sama?

—Lo siento, ¿qué me decías?

—¿Qué te preocupa? Si es por la elaboración de la fragancia…

—No es eso… —se interrumpió. ¿Qué podía decirle: que su corazón sentía nostalgia por unos latidos que no le pertenecían? ¿Que anhelaba ser rodeada por la calidez de unos brazos que no eran su destino? Ella no poseía la misma capacidad de resignación que Keiko, su espíritu era el de una guerrera—. ¿Sabes si el sirviente de Su Majestad pertenece a alguna familia noble?

—¿Hablas de Yuto? —inquirió la princesa, sin comprender del todo qué interés podía tener en él—. No, los miembros de su familia han servido al emperador durante generaciones.

—No, me refería a Haru.

—¿Quién es?

Kumori se extrañó, pero luego reflexionó sobre ello. Probablemente, el emperador tenía más de un sirviente personal y el hecho de que Keiko fuese una princesa imperial no significaba que conociese a todos ellos, ni siquiera a la mitad.

Por lo que había visto, los criados y doncellas eran casi invisibles en la corte, algo que podía resultar muy peligroso. Su padre siempre la había instado a memorizar cada rostro y cada nombre para evitar que algún enemigo se infiltrase en el castillo.

—Es el joven que asignaron para que supervisara los resultados de mis pruebas —le explicó mientras tomaba uno de los recipientes para hacer la mezcla—. Fue él quien consiguió que Su Majestad me permitiera usar la sala de la arquería.

Keiko se sorprendió. Cuando Kumori se lo contó, en su momento no se detuvo a pensar de qué manera había obtenido el beneplácito del emperador. Por lo general, cualquier petición realizada por la vía ordinaria se perdía entre los montones de papeles que abarrotaban las mesas de los diversos ministerios, y si se trataba de un requerimiento extraordinario, pocas personas tenían acceso directo a Su Majestad para obtener el favor. Una sospecha comenzó a tomar forma en su interior, aunque no llegaba a comprender los motivos que podían haber conducido a su primo a seguir tan extraño camino.

—¿Cuál era su nombre?

—Haru. Es espigado como un junco, pero atlético. Su semblante posee rasgos suaves y unos ojos expresivos que parecen iluminarse cuando sonríe.

—Ya veo.

Esa respuesta provocó que Kumori se sonrojara, pues le pareció captar un doble sentido en sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Keiko negó suavemente.

—Nada, que creo que sé a quién te refieres.

Tenía que tratarse de Haruki, de otro modo, Takeshi no lo habría acompañado fuera de palacio. Pero ¿qué pretendía al actuar así? No quería que su comportamiento pudiera herir a Kumori, a quien consideraba su amiga, la única que tenía. En el palacio, sus primas la trataban con desdén y maldad a causa de la envidia, ya que era la favorita de su tío Fuhito y a quien este había elegido para convertirse en la próxima emperatriz. No sabían que lo que ellas consideraban motivo de envidia era la razón de su tristeza y del temor que la dominaba. Por eso, la presencia y cercanía de Kumori había sido para ella un bálsamo, la hermana que siempre deseó tener.

—Entonces ¿pertenece a la nobleza?

—Tienes que cortar la madera así —le indicó, al ver que no lo estaba haciendo bien—, en trozos pequeños, para que puedan triturarse con más facilidad. —La observó unos instantes para asegurarse de que lo hacía correctamente, antes de añadir—: ¿Por qué piensas eso?

—Sé que los hijos de los nobles de bajo rango pueden acceder a los puestos de palacio por medio de un examen de ingreso. Algunos empiezan como sirvientes en algún ministerio, con la esperanza de acceder más tarde a puestos superiores. Las manos de Haru son suaves, por lo que no es un simple criado, y, entre otras cosas, conoce el arte de la lucha.

Keiko no quiso preguntar cómo había podido apreciar la suavidad de las manos de Haruki. Contuvo un suspiro. Cuanto más hablaba Kumori, más compleja le parecía la situación en la que se hallaba. Si tenía sentimientos por él y descubría que le había mentido…

—Puede que pertenezca a la clase noble —le contestó—, pero

¿qué diferencia hay si es así o no? Estás aquí como candidata a consorte del emperador, ¿qué pasará si él te elige?

—Mañana soplará el viento de mañana, ya me preocuparé entonces de si es una brisa suave o un tifón. Hoy es hoy. —Dejó de moler los ingredientes y miró a la princesa. ¿Cómo podía ella comprenderla cuando, a pesar de haber admitido lo que sentía por el comandante, estaba dispuesta a sacrificar su corazón?—. No avergonzaré a mi familia; sin embargo, tampoco me resignaré a una derrota sin luchar primero. Si el canto de un ave alegra tu alma, ¿por qué dejas que el pájaro se marche y escoges quedarte con la jaula vacía?

Keiko permaneció en silencio. No tenía respuesta para eso o, al menos, no una sencilla. Tal vez, simplemente, no era tan valiente como Kumori.

—Será mejor que nos apresuremos a terminar. Todavía tenemos que incorporar las flores y mezclar los aceites esenciales.

—¿Qué debemos hacer con esta pasta? —le preguntó, aceptando el fin de la conversación y mirando el contenido de su recipiente.

—Una vez que esté todo bien mezclado, habrá que moldear la masa para hacer varitas o conos que dejaremos secar durante algunas semanas, antes de que puedan ser quemados ante Su Majestad.

Asintió ante su explicación y contempló los materiales que había dispuestos en pequeños cuencos sobre la mesa. Tomó un poco de flor de jazmín y de flor de loto, miel de cerezo y una pizca de azafrán y lo mezcló todo.

Continuaron trabajando en silencio. Una suave brisa sopló, haciendo sonar las campanillas de viento, y una repentina lluvia fina descendió de los cielos y empapó el suelo, llenando el aire del penetrante aroma de la tierra mojada. Keiko miró al cielo y sintió pesar en su corazón, tenía la sensación de haberse convertido en ese chaparrón que había nublado el semblante de Kumori y ocultado el sol de su sonrisa.

Tomó una de las cajas lacadas que había hecho preparar a una de sus damas de compañía y se la ofreció para que guardara en ella las varitas de incienso que iba preparando.

—Es hora de retirarme —le dijo Kumori tras cerrar la caja. Luego se levantó—. Gracias por ayudarme a preparar la fragancia, Keiko-

sama.

—No ha sido nada. Yo... —No deseaba separarse así de ella—. Lo siento, quizá he hablado demasiado, aunque no pretendía ofenderte.

—Al contrario, soy yo quien debería disculparse. Sé que tienes razón, pero... —Se detuvo y ambas miraron hacia el jardín. Tan rápido como había venido, la lluvia cesó y el silencio lo inundó todo, dejando oír tan solo el sonido sordo de las gotas que caían desde el alero del edificio hasta el suelo—. ¿Quién puede volverle la espalda a su propio corazón? El latido del primer amor es profundo y su eco resuena por siempre en nuestro interior.

Se inclinó en una reverencia y se alejó por la galería. Keiko la contempló por unos instantes.

—Admiro tu determinación —admitió para sí. Pensó en Takeshi. Si tan solo fuese la mitad de valiente de lo que era Kumori, quizá entonces podrían estar juntos. Pero no lo era—. Deseo que al menos tú alcances la felicidad que buscas.

Capítulo 20

Makoto

Usar la verdad en la palabra y la acción

Sus pasos resonaban con suavidad contra la madera mientras recorría la galería que conducía al pabellón de las mujeres. Se hallaban aún en la hora del Conejo[31], pero en el cielo brillaban todavía las estrellas y en los jardines se escuchaba el melódico canto de los grillos.

Takeshi masculló para sí un juramento por lo intempestivo de la hora, pese a que era la más adecuada para no tener miradas ni oídos indiscretos. De cualquier forma, no le agradaba demasiado moverse sobre un terreno que se había negado a pisar desde el momento en que la residencia de Keiko fue trasladada a uno de los palacios del *Dairi*. Casi no había hablado con ella desde entonces, a pesar de que siempre había sido una de sus primas favoritas.

Echó un vistazo alrededor, para asegurarse de que no hubiera nadie observándolo, y saltó de la galería a un patio ajardinado. Lo atravesó y avanzó con cuidado hasta alcanzar el jardín que daba acceso a los aposentos de ella. A través de las puertas corredizas que daban a la veranda se filtraba la tenue luz de una vela. Keiko lo estaba esperando.

Una extraña sensación le estalló en el pecho y se esforzó por ignorarla. Subió a la plataforma de madera y se arrodilló junto a la puerta.

—Keiko-*hime* —llamó en un susurro.

No estaba seguro de que ella lo hubiera escuchado. Sin embargo, cuando estaba a punto de pronunciar su nombre de nuevo, la luz osciló, creando juegos de sombras, y la puerta se abrió poco a poco. Él aguardó hasta que ella se retiró, solo entonces pasó al interior y cerró tras de sí.

Flotaba en el aire el aroma suave y dulce de las hortensias. El nudo que había sentido en el pecho se apretó al contemplar la belleza de Keiko, arrodillada en un rincón, con las manos cruzadas sobre el regazo y la cabeza ligeramente inclinada. Las capas de seda de su kimono la rodeaban como pétalos de una colorida flor. Llevaba el largo cabello suelto, cayendo como una negra cascada por su espalda. Cuando alzó la mirada hacia él, se dio cuenta de que su rostro había perdido las redondeces de la infancia.

—Bienvenido, Takeshi-sama.

A pesar del tono dulce, fue capaz de percibir la nota de fría distancia que arrastraba sus palabras y sintió la mordedura de la culpabilidad.

—Gracias. ¿Para qué me has mandado llamar? —Aunque detestó mostrarse tan brusco, a ninguno de los dos les favorecía pasar demasiado tiempo juntos.

Keiko suspiró con tristeza y su corazón se marchitó un poco más. Apartó un instante su mirada, para que no leyera en ella su dolor, y luego la volvió de nuevo hacia él, decidida.

—Me gustaría que me contaras qué es lo que pretende Su Majestad haciéndose pasar por un sirviente.

Takeshi se removió con incomodidad.

—¿Cómo has...? —Se frotó la frente con un gesto de impaciencia —. Da igual. No puedo responder a lo que me pides ya que no tengo derecho a revelar los asuntos del emperador, como tampoco lo tienes tú a saber acerca de ellos.

Sus palabras la hirieron. ¿Cómo podía haber olvidado todo el tiempo que habían pasado juntos cuando eran niños: las confidencias, los secretos compartidos, las promesas hechas? ¿Todo aquello se había

reducido a cenizas y en su lugar se alzaba un muro que los separaba?

La rabia, la tristeza y la desesperanza se entretejieron en su alma, convirtiéndose en una atadura que le impidió respirar. Sin embargo, en esta ocasión no estaba dispuesta a permanecer en silencio.

—Lo tengo, si afectan a una amiga muy preciada que es para mí casi como una hermana —espetó, sin importarle que los sentimientos que le oprimían el pecho brotasen junto con las palabras.

El ferviente estallido de Keiko sorprendió a Takeshi, no solo porque siempre había sido una joven tímida y obediente, sino porque era la primera vez que le hablaba de una amistad. Sabía que no se llevaba bien con sus primas y por eso casi siempre estaba sola. Pero ¿de verdad apreciaba tanto a la dama Kumori o había otra razón para aquella respuesta?

—¿Acaso te molesta porque eres tú quien desea casarse con Haruki y convertirse en emperatriz consorte?

Ella lo miró como si no lo reconociera y, por primera vez, no ocultó ante él su dolor.

—Creí que al menos tú me conocías lo suficiente para saber lo que hay en mi corazón, pero veo que no importa cuánto murmure el agua del río cuando desciende de la montaña, a veces sus palabras se las lleva el viento.

La tristeza y el sufrimiento que traslucía su rostro lo golpeó con tal ímpetu que apretó con fuerza la tela del kimono entre sus puños para no doblarse en dos. Durante mucho tiempo había sido testigo de la buena relación que había entre Haruki y Keiko, ella parecía sentirse a gusto con él. Por eso, cuando su tío Fuhito le dijo que su prima había decidido trasladarse al pabellón de las mujeres porque quería convertirse en la esposa de Haruki algún día y que ya no era necesario que él se mantuviera a su lado para protegerla, creyó en sus palabras y se apartó de ella, dejando que el tiempo cicatrizara la herida que le causó su separación.

—¿No amas a Haruki? —Un asombro doliente tiñó su pregunta.

Keiko no respondió de inmediato. Lo conocía demasiado bien, cada expresión de su rostro, cada línea que se formaba en su semblante cuando reflexionaba o si algo lo divertía o le preocupaba, pero nunca había descubierto en su mirada esa mezcla de estupor y esperanza.

—Hemos jugado y reído juntos, y lloré sobre su hombro la pérdida de mis padres. Siempre lo he amado como se ama a un hermano —respondió por fin.

«¿Y a mí?», quiso preguntarle. Sin embargo, no era el momento para eso. Tal vez, si Haruki conseguía lo que se proponía, él se atrevería también a buscar su propia felicidad.

—Siento haberte ofendido —declaró con sinceridad, postrándose ante ella. Cuando se enderezó, descubrió el brillo de la humedad en sus ojos y masculló un juramento en su interior. Le habría gustado abrazarla, aunque ya no tenía derecho a hacerlo, solo podía dar respuesta a sus dudas—. No debes preocuparte por la dama Kumori, te doy mi palabra.

—Puede que las intenciones de Su Majestad sean nobles y honorables —replicó, a pesar de su promesa—, pero ¿has pensado cómo se sentirá ella cuando descubra que le ha mentido? Creerá que todo ha sido un juego, una burla. Dile a nuestro primo que hable con la verdad. Cuando las palabras son sinceras, las personas responden a ellas como el eco que resuena en la montaña, devolviéndole la voz del corazón con claridad.

—Se lo diré —asintió despacio. Luego, el silencio se extendió entre ambos—. Tengo que marcharme.

Se inclinó en una reverencia y se giró para abrir la puerta corrediza. Solo cuando salió a la veranda, abandonó la postura arrodillada y se puso de pie. El sol comenzaba a despuntar y las sombras del jardín se deshacían como la escarcha, iluminadas por el cálido brillo de la diosa Amaterasu.

Bajó de la plataforma de madera y sus pies se hundieron en la tierra húmeda. Si alguien lo veía salir de la residencia de la princesa a aquellas horas, pensaría que se trataba de un amante que dejaba el agradable refugio de los brazos de su amada. Cerró la mano sobre la empuñadura de su espada, apretando con fuerza; aun así, no se movió. Al volver la cabeza, vio a Keiko de pie frente a él y tragó saliva.

—¿Por qué deseas ayudar a la dama Kumori? —Quiso saber.

La mirada de Keiko pasó sobre él y se perdió en el fondo del jardín, donde aún anidaban las sombras.

—Porque me ha enseñado que no importa cuánto desees algo; si no das un paso hacia ello, jamás lo alcanzarás.

Takeshi sintió una punzada en el pecho, a la altura del corazón. Sus palabras eran como la punta afilada de una lanza, que penetraba en la carne cortando y rasgando. Inclinó la cabeza, a modo de despedida, y comenzó a alejarse. A pesar de ello, alcanzó a escuchar el murmullo suave de sus palabras: «Ya no soy una niña».

—Hace tiempo que me di cuenta de ello —musitó para sí.

Capítulo 21

Kizuna

El lazo que nos une

El malhumor acompañó a Takeshi hasta que llegó a los aposentos de Haruki. Le sorprendió encontrar a Yuto de pie junto a la puerta, a pesar de que en el interior ardía la luz mortecina de una lámpara, señal de que Su Majestad ya se hallaba despierto.

—¿Qué sucede?

—Fuhito-sama —dijo, simplemente, a modo de respuesta.

El ceño de Takeshi se frunció en señal de desconcierto. No era propio de su tío acudir a una hora tan temprana para hablar con el emperador, y, mucho menos, a los aposentos de este, a menos que se tratara de un asunto importante.

—Será mejor que no estemos aquí cuando salga o seremos el blanco de su ira —repuso, torciendo el gesto. Las conversaciones entre ambos no solían terminar bien.

Yuto asintió y los dos se retiraron a un rincón para aguardar a que Fuhito abandonase la residencia imperial. Lo hizo poco después, con pasos airados que resonaron con fuerza sobre la madera.

Cuando entraron en las habitaciones de Haruki, tras solicitar

permiso, lo encontraron sentado frente a una mesa baja, con un pincel en la mano. Dibujaba furiosamente, con el largo cabello negro cayéndole por la espalda y ondulando con cada movimiento de su brazo. La roja bata de seda que vestía estaba abierta de forma descuidada, revelando el torso fuerte y musculado, producto del asiduo ejercicio con la espada.

Permanecieron en silencio, sin interrumpirlo, mientras los trazos de tinta danzaban sobre el papel, dibujando pequeños pétalos de flor de *sakura* que descendían en espiral desde las ramas del cerezo. Desde que Takeshi recordaba, aquello era todo lo que su primo dibujaba. Poco a poco, su mano dejó de agitar las aguas como un mar furioso y se transformó en el lento y calmo fluir de las ondas en la superficie de un estanque. Cuando terminó, cerró los ojos y echó hacia atrás la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó tras unos instantes de silencio.

Haruki suspiró. Dejó el pincel en el reposa pinceles de cerámica y miró a su primo.

—Nuestro honorable tío utiliza las palabras como dagas punzantes y usa el arte de la amenaza con la sutileza de una roca que rueda desde la montaña —resopló, molesto—. Primero me permitió organizar las pruebas de selección y ahora pretende que le ponga fin y que elija esposa de una vez. ¡Ah!, y, por supuesto, no la que yo quiera, sino la que él considera la mejor candidata.

—¿A quién pretende poner en el trono junto a ti?

—A Keiko. —No se percató del gesto de rabia que cruzó el semblante de su primo—. No es que ella no pueda ser una buena emperatriz; de hecho, estoy seguro de que lo sería, pero la quiero como a una hermana. ¿Cómo podría pedirle que me diera un hijo?

—Entonces ¿no vas a aceptar?

Haruki resopló.

—Me ha *advertido* —recalcó la palabra— de que, si no sigo su consejo, debería pensar en abdicar.

Takeshi soltó una imprecación. Desde el fondo de la habitación, donde estaba preparando las ropas que debía vestir esa mañana, escucharon a Yuto chasquear la lengua con disgusto. Se acercó a ellos con el *sokutai* de color púrpura en la mano.

—La prisa es hija de la necesidad —señaló, juicioso—. Debe de

haber una razón poderosa detrás que lo ha llevado a comenzar a presionarte. Y ahora es mejor que se vista, Su Majestad, o llegará tarde.

Obediente, alzó los brazos para que Yuto lo desvistiera. Takeshi se entretuvo en guardar los utensilios de escritura en su lugar correspondiente. Cuando cogió el dibujo de los pétalos de cerezo, no supo qué hacer con él.

—En el tercer cajón de la caja negra —le indicó Haruki, señalando el objeto.

Se trataba de una caja de madera, lacada en negro y con incrustaciones de nácar, regalo de un diplomático de la corte china al anterior emperador, antes de que se rompieran las relaciones con el país. Pintado con oro, sobre la tapa había un hermoso fénix. Abrió el cajón y descubrió en el interior una pila de papeles con dibujos. El primero de ellos también tenía un cerezo, pero, bajo este, había una niña de rostro sonriente. Takeshi supuso que se trataba de la dama Kumori.

«No importa cuánto desees algo; si no das un paso hacia ello, jamás lo alcanzarás». Las palabras de Keiko resonaron en su mente. Eso era lo que Haruki estaba haciendo, mientras que él se había detenido en el camino, sin atreverse a avanzar. Se había dicho a sí mismo que era por lealtad al emperador. No era sino una triste mentira para ocultar su cobardía. Cerró el cajón y se volvió hacia su primo.

—¿Qué vas a hacer?

—Seguir adelante con el plan. —Se ajustó bajo la barbilla el *kanmuri* que acababa de colocarle Yuto—. No voy a ceder ante las amenazas de nuestro tío. ¿Has averiguado algo sobre la espía?

Takeshi sacudió la cabeza.

—Todavía no. He puesto a mis hombres de confianza a buscar información.

—Investiga también los motivos de Fuhito para el cambio de planes.

—Así lo haré. Hay una cosa más —añadió tras unos instantes de duda—. No sé cómo, pero la princesa Keiko ha descubierto que estás haciéndote pasar por el sirviente de la dama Kumori y me ha pedido que te diga que le cuentes la verdad para no hacerle daño.

Los hombros de Haruki descendieron bajo el peso de la culpabilidad. Sabía que Keiko tenía razón. Debía sincerarse con Kumori lo antes posible, quizá ese mismo día, aunque ello supusiera perder la oportunidad de que conociera realmente al hombre que era y comenzara a verlo solo como a su emperador.

—Supongo que debería hacerlo —admitió con un suspiro—. Buscaré el momento más apropiado para ello. Vamos, no hagamos esperar a las damas.

Salieron de los aposentos al pasillo, donde ya aguardaba el séquito que debía acompañarlo hasta la sala de audiencias. Cuando uno de los sirvientes hizo sonar el gong, anunciando su llegada, tomó una honda inspiración. El intenso aroma del incienso llenó sus pulmones y serenó su mente. Amaba a Kumori con toda el alma, si los lazos que los unían eran fuertes, entonces, sin importar lo que sucediera, su destino sería caminar juntos por la misma senda. Pero si los lazos eran frágiles, su amor no sería más que un espejismo, el reflejo de la luz de la luna en el estanque que desaparece con el primer soplo de viento.

—¡Su Majestad el Emperador!

Se acomodó en el trono y su mirada se dirigió durante unos instantes hacia Kumori. Le contaría la verdad, sí, pero después de esa prueba. Al menos quería pasar un día más con ella, un día en el que ambos fuesen libres para ser solo Haruki y Kumori. Se volvió hacia el ministro de la Derecha y le hizo un gesto para que hablara.

El anciano contuvo un suspiro. Aquel método de selección de la emperatriz consorte era, cuando menos, inusual, aunque ¿quién era él para cuestionar al emperador? Los tiempos estaban cambiando, lo quisiera Fuhito o no, y la etapa del poder de los Fujiwara llegaba a su fin. Su Majestad tenía derecho a un poco de felicidad. Carraspeó para aclararse la garganta.

—Su participación en la siguiente prueba mostrará su devoción y deseo de agradar a nuestro emperador, así como su buen gusto —anunció—. Dentro de dos días, cada una de ustedes presentará un regalo a Su Majestad.

El ministro lo miró, pero Haruki negó con la cabeza. No tenía nada más que añadir en esta ocasión, ni tampoco deseaba hablar con las damas. Era como si una noche oscura se cerniera sobre su alma, así que se retiró con el ánimo ensombrecido.

¿De qué le servía ser el emperador de una nación próspera, tener poder y riqueza, si no podía conseguir lo único que anhelaba su corazón?

Capítulo 22

Natsukashii

Nostalgia feliz

Kumori alzó la cabeza cuando comenzó a escuchar los murmullos, señal de que Su Majestad había abandonado la sala. Extrañamente, se sintió un poco desilusionada por no haber podido hablar con él en esa ocasión, pues aparte de las cartas que le enviaba de vez en cuando, no tenía más contacto con él. Se preguntó qué le pasaba a su corazón, por qué suspiraba por el deseo de pasar unos instantes junto al emperador cuando, en realidad, latía rebosante de amor por Haru.

Lo más extraño de todo era que, a pesar del escaso contacto que mantenían, a veces le daba la sensación de que conocía al soberano casi tan bien como a Haru. En cada ocasión en que se había encontrado frente a él, había experimentado un profundo sentimiento de nostalgia, un agradable recuerdo que conmovía su corazón hasta las entrañas por la felicidad que traía consigo, aunque no comprendía el porqué.

Las voces entusiasmadas de las damas resonaban en la sala y la arrancaron de sus pensamientos. Se levantó y esperó a Keiko, que estaba hablando en ese momento con la dama Himiko.

Miró a las princesas. Suponía que para ellas no sería difícil conseguir un regalo adecuado, ya que conocían mejor los gustos de Su Majestad. Pero ¿qué podía ofrecerle ella? No había traído consigo ningún objeto precioso que pudiera ser considerado digno del emperador y no era demasiado buena en las labores manuales, ya que siempre le habían atraído más las armas que los pinceles.

—¿Por qué suspiras? —le preguntó Keiko, apareciendo de pronto a su lado.

Cuando la joven echó a andar hacia la entrada de la sala de audiencias, se puso a su paso.

—No sé qué voy a regalarle.

—¿Por qué te preocupas por eso? —respondió, esbozando una sonrisa sutil—. Pregúntale a tu sirviente. Estoy segura de que sabrá mejor que yo lo que puede agradarle a Su Majestad.

Kumori la observó con extrañeza.

—Supongo que no pierdo nada por intentarlo.

—Bien. ¿Me acompañas a tomar una taza de té?

—Yo...

Un revuelo de voces detrás de ella le hizo volver la cabeza para ver qué sucedía. La princesa Yoko tenía el semblante deformado por la rabia y el desprecio mientras parecía estar amonestando a Sayuri por algún motivo.

—Lo has hecho a propósito —la acusó con voz chillona—. ¿Cómo se atreve una *tada-hito*[32] como tú a rozar siquiera la seda de mi kimono? Haré que te echen a patadas del palacio, ni siquiera mereces estar aquí. Arrodíllate y pide disculpas.

Kumori se acercó, a pesar de que Keiko trató de detenerla. Puede que la relación entre los Taira y los Minamoto no fuese demasiado buena, pero no soportaba las injusticias, sin importar contra quién se cometieran.

—No es digno de alguien que aspira a convertirse en emperatriz comportarse de ese modo, Yoko-sama.

—Vaya, parece que los perros se defienden entre ellos —comentó, arrancando unas risillas burlonas a las princesas que la acompañaban —. Tal vez, entonces, deberías arrodillarte tú también junto a ella, pues ese es el lugar que os corresponde.

—Fue un tropiezo involuntario el que causó este simple accidente

—terció Sayuri, al tiempo que se inclinaba en una profunda reverencia —, le ruego que disculpe mi torpeza, Su Alteza. Sin embargo, no me arrodillaré ante nadie que no sea Su Majestad. —Tras esas palabras, alzó la cabeza con orgullo y continuó su camino. Al pasar junto a Kumori, sus ojos oscuros relucieron con el brillo del odio—. No vuelvas a intervenir en mis asuntos.

Un estremecimiento le recorrió la columna ante el tono, frío como el filo de una espada, que acompañó sus palabras. Se apartó de las damas, aprovechando el desconcierto y la sorpresa en que las había sumido la respuesta de Sayuri, y volvió junto a Keiko.

—No deberías ser tan impulsiva —la reprendió esta en voz baja, mientras reemprendía el camino por la galería—. La familia de Yoko tiene mucho poder e influencia en la corte, pueden volver tu vida miserable.

Kumori suspiró. Por más que lo intentara, aunque fuera para mantener el honor de su familia, no encajaba en aquel ambiente sofisticado y traicionero de la corte.

—Lo siento —se disculpó con sinceridad—. Soy más diestra en el arte de la espada que en el de las palabras.

—Espero que no tengas problemas, pero, si es así, te ayudaré en lo que pueda. Yo también tengo influencia en la corte, mi abuelo es el ministro de la Derecha.

Kumori se sorprendió.

—¿Y él está de acuerdo en que te conviertas en la emperatriz consorte? —inquirió—. Creía que no había un buen entendimiento entre el ministro y el Gran Canciller.

—Mi tío desea casarme con Su Majestad porque piensa que así será más fácil conseguir que mi abuelo haga lo que él quiere. Pero mi primo no me elegirá.

—¿Ni siquiera si lo presionan para que lo haga?

Keiko negó con la cabeza.

—Él ya tiene a alguien en su corazón.

Lo mismo que una nube pasajera oculta el brillo del sol, un sentimiento de tristeza nubló su ánimo. «Deberías alegrarte, Kumori», se dijo a sí misma, porque las palabras de la princesa significaban que ella no se convertiría en la emperatriz consorte y, tal vez así, podría volver a casa. ¿No era eso lo que quería desde un principio: volver con

los suyos y cumplir sus sueños? Pensó en Haru y, como si fuera la otra cara de la misma moneda, en el emperador. Sus sueños no habían cambiado, solo que ahora deseaba más cosas que antes.

—¿Quieres pasar a tomar una taza de té? —volvió a preguntarle Keiko, una vez que se detuvieron junto a la puerta de su residencia.

Esta se abrió de manera inesperada.

—Bienvenidas, Keiko-sama, Kumori-sama —las saludó una de las doncellas de la casa con una reverencia apresurada. Junto a ella se encontraba otra joven, que Kumori reconoció también como una de las sirvientas personales de la princesa. Parecía que ambas habían estado aguardando su llegada.

—¿Sucede algo, Kiyomi?

Las doncellas intercambiaron una mirada cómplice y una sonrisa tímida y risueña curvó los labios de ambas.

—Esta mañana han enviado un regalo, mi señora —le contó su sirvienta.

La otra joven, arrodillada, le tendió algo envuelto en ligera seda. Keiko lo tomó y lo desenvolvió con cuidado. Los ojos le brillaron con sorpresa cuando descubrieron una hortensia, cuyo color rosado contrastaba con la blancura inmaculada de la seda.

—¿Quién lo ha enviado? —preguntó con la voz tan temblorosa como los dedos que tomaron la flor para aspirar su aroma.

—La ha traído un sirviente, junto con esta carta.

Ella la cogió y observó el papel. No vio en él el sello imperial y el aroma que desprendía no era el del emperador, sino uno que hizo que su corazón emprendiese el vuelo. Pero ¿por qué le había escrito?

—Es... es del comandante —le susurró a Kumori—, pero no debería...

—Creo que tomaremos el té en otra ocasión —comentó a su vez, observando el reflejo rosáceo de la hortensia en las blancas mejillas.

La princesa asintió con cierta timidez y ella sintió la mordedura de la envidia mientras dirigía sus pasos hacia sus propios aposentos.

Capítulo 23

Agatsu

La victoria sobre uno mismo

—No deberías hacerlo, aunque me imagino que es inútil que lo diga —refunfuñó Takeshi—. Dile algo tú, Yuto, puede que a ti te escuche.

—Su Majestad tiene la cabeza tan dura como una piedra de afilar, dudo que las palabras de este pobre criado puedan penetrar en ella —declaró con tono solemne mientras apretaba con más fuerza de la necesaria el cinto sobre el sencillo kimono de sirviente que llevaba Haruki.

—Tus acciones hablan con más claridad que tus palabras —gruñó este, lanzándole una mirada airada que no surtió efecto en Yuto—. Hoy dejaré el palacio y seré una vez más Haru. Después le contaré la verdad a Kumori y me convertiré, tan solo, en el emperador.

Takeshi y Yuto lo contemplaron con tristeza.

—Está bien —dijo el primero—, entonces, te escoltaré.

—No. Necesito que consigas información cuanto antes, algo con lo que poder detener los planes de nuestro tío. Si Kumori acepta, la convertiré en mi esposa.

—Entonces, deja al menos que Yuto te acompañe —insistió Takeshi—. Fuhito me mandará decapitar si te ocurre algo, al menos mientras no hayas nombrado un heredero.

—Iremos al mercado. Sabes bien que conozco a la perfección el lugar y no corro peligro allí. —Alzó una mano para detener la réplica de su primo y le dirigió una sonrisa pesarosa—. Por favor, ten un poco más de confianza en mí.

—Está bien —claudicó, al fin. Sus ojos se volvieron hacia Yuto, que se hallaba concentrado, colocando el kimono púrpura del emperador—. Hay algo que quiero decirle, Su Majestad.

Haruki alzó las cejas al escuchar que usaba su título.

—Adelante, te escucho.

Takeshi enderezó la espalda y clavó la mirada en un punto indefinido de la estancia.

—Voy a cortejar a la princesa Keiko. Deseo convertirla en mi esposa, si me dais vuestro permiso. —Apretó las manos a los costados y se inclinó en una profunda reverencia.

—Ya era hora de que tomases la decisión. —Ambos se volvieron hacia Yuto, que se encogió de hombros—. ¿Qué? Es que los dos sois muy lentos para daros cuenta de las cosas. El corazón y la mente deben estar sincronizados para alcanzar la felicidad, ¿por qué os empeñáis en separarlos?

Haruki sacudió la cabeza.

—Hay demasiada sabiduría en esa cabeza tuya, deberías haber sido monje. —Miró a su primo y asintió—. Tienes mi permiso, comandante, y todo mi apoyo —añadió, con una sonrisa.

—Gracias. Y, ahora, será mejor que tú también vayas y arregles tus asuntos.

Le dio un ligero empujón y él abandonó sus aposentos de inmediato por las puertas del jardín.

Procuró moverse con rapidez y sigilo hasta alcanzar el pabellón de las mujeres. Cuando llegó a los aposentos de Kumori, se arrodilló junto a la puerta de la veranda. Tomó una honda respiración. ¿Por qué se sentía tan nervioso? Apretó los puños contra los muslos. Le asustaba pensar que ese día pudiera terminar todo entre ellos, que cuando supiera quién era él en realidad, lo mirara como el hombre que le había arrebatado sus sueños y que le había mentido. No sabía si

podría perdonarlo algún día; ni siquiera sabía qué sentía por él. ¿Había logrado conquistar su corazón? Demasiadas preguntas para las cuales temía conocer la respuesta.

—¿Entrarás o te quedarás fuera todo el día, Haru?

A su pesar, sonrió al escuchar cómo lo reprendía desde el interior. Podía cerrar los ojos e imaginar una vida así junto a ella, en una pequeña casa a la que pudiera llamar «hogar», con hijos que corretearan en el jardín bajo los tibios rayos de sol y ellos dos sentados a la sombra de los cerezos en flor, cogidos de la mano, mientras el paso de los años plateaba sus sienes.

Deslizó la puerta y su sonrisa se amplió cuando vio a Kumori. Estaba sentada junto a una mesa baja con una caja lacada abierta frente a ella. Pensó que tal vez estaba escribiendo una carta, pero pronto comprendió que no era así cuando extrajo algunas barritas de incienso y las colocó dentro de una caja más pequeña.

—Me disculpo por no haber llamado —le dijo, aún sin entrar en la habitación—. No sabía si estabais ocupada.

Kumori negó con la cabeza.

—Aquí el tiempo pasa con rapidez y, al mismo tiempo, con lentitud. —Cerró las cajas que tenía sobre la mesa y las guardó. Era consciente de la mirada de Haru sobre ella y de la manera en que el corazón respondía a su presencia. Trató de ocultar su nerviosismo con la conversación—. Supongo que ya conoces cuál es la siguiente prueba: entregarle un obsequio a Su Majestad. Pero no lo conozco lo suficiente, así que no sé qué regalarle.

«Me conoces más de lo que crees», pensó Haruki, con cierta tristeza. «Y el único regalo que me haría plenamente feliz sería tu corazón». Quemó ese deseo en el ara de su alma para que el aroma de su plegaria alcanzara a los dioses y le concedieran lo que anhelaba.

—He pensado que podríamos visitar el mercado de la ciudad, quizá allí encuentre algo que le agrade.

El brillo de las estrellas pareció destellar en la noche oscura de los ojos de Kumori.

—¿De verdad? —inquirió, ilusionada. Mas luego frunció el ceño —. Pero ¿no supondrá un problema abandonar el palacio?

—Yo me ocuparé de eso. Usaremos un palanquín para salir; sin embargo, necesitará una vestimenta más simple para que pueda

pasear por las calles como si fuera una sencilla joven del pueblo.

—Tengo algo así.

—Bien. Entonces, mientras os cambiáis, voy a hacer los arreglos necesarios, luego volveré a buscaros.

Kumori lo observó marcharse y la felicidad burbujeó en su pecho ante la perspectiva de pasar la mañana al lado de Haru. Corrió a su dormitorio y se lavó el rostro para eliminar los polvos de arroz y el color rojizo de las mejillas y los labios. Luego se recogió el cabello con una cinta y sacó de un baúl el sencillo *kosode* que había llevado consigo y que solía usar cuando salía al jardín por las noches para contemplar las estrellas. Cuando estuvo preparada, esperó con impaciencia la llegada de Haru.

Al escuchar el quedo sonido de unos pasos en el jardín, se puso de pie de inmediato. Enseguida vislumbró el semblante risueño de él.

—Será mejor que use esto.

Ella cogió el sombrero de bambú que le entregó y que llevaba un velo con el que podía ocultar su rostro. Se lo puso, pero los dedos parecían enredársele cada vez que trataba de hacer el lazo para atarlo. Con suavidad, Haru le apartó las manos. Le dio un ligero toquecito en la barbilla para que alzara la cabeza y aquel sencillo roce provocó que un sinfín de mariposas danzaran en su estómago.

Apartó la mirada, avergonzada, pero no pudo evitar estremecerse al sentir la leve caricia de sus dedos sobre las mejillas cuando alisó las cintas de algodón para atárselas. Cada toque le hacía retener un poco más el aire que sus pulmones necesitaban y, al final, entreabrió los labios y lo dejó escapar en un suspiro entrecortado. Con timidez, dejó que sus ojos buscasen los de Haru, que tenía los suyos clavados en su boca.

El corazón le brincó en el pecho, acelerando sus latidos, y se le habría escapado de ese confín si él no hubiera dado un paso atrás cuando terminó de atar las cintas. El vacío de la distancia que interpuso entre ellos se llenó del aroma del verano, que olía a sueños y a futuro.

Haru sonrió, porque era el único modo que tenía para no darle a sus labios aquello que deseaban: probar el sabor de los de ella. Sin embargo, necesitaba sentirla cerca mientras pudiera. Le ofreció una mano.

—¿Vamos?

Cuando sus dedos se entrelazaron, Kumori se dejó atrapar por la calidez que emanaba de su piel y que envolvió su corazón en una burbuja de felicidad.

Capítulo 24

Arugamama

Aceptar las cosas tal como son

El palanquín se detuvo a unas pocas calles de distancia del mercado, pues Haru prefería no llamar la atención. Los sirvientes que los habían acompañado eran de total confianza, escogidos por Yuto, y abandonar el palacio no les había supuesto ningún problema, lo que le había hecho pensar en lo mucho que se había relajado la seguridad en este. Tendría que volver a discutir con su tío para que revisaran el asunto, aunque él siguiera insistiendo en no ver que las aguas bullían, exaltadas, más allá de los muros de la ciudad.

—Desde aquí iremos a pie, *ojō-sama* —le dijo, a través de las cortinillas.

Cuando vio que acercaba las piernas al borde, la ayudó a bajar del palanquín. Se sintió un poco decepcionado al advertir que se había cubierto el rostro con el velo.

—¿Falta mucho? —le preguntó Kumori, que caminaba a su lado, observando todo a su alrededor con curiosidad.

—¿Ya se ha cansado de andar?

Ella se volvió hacia él con una mirada airada ante el matiz de

diversión que descubrió en su voz, a pesar de saber que Haru no podía verla a causa del velo.

—Procedo de una familia de guerreros y he recibido entrenamiento como si fuera uno más de ellos, ¿crees, de verdad, que me cansaría solo por dar unos cuantos pasos? —bufó. Sacudió la cabeza al escuchar su risa musical—. No deberías burlarte de mí. Solo quería saber dónde está el mercado. Me gusta mantenerme orientada en todo momento.

—Le pido disculpas, Kumori-sama, no era mi intención burlarme. No estamos lejos del mercado —le explicó, señalando hacia el fondo de la calle transversal por la que avanzaban y que se hallaba un tanto solitaria—. Hay una calle principal que recorre la ciudad desde la puerta del sur hacia el norte, hasta la entrada del palacio, la avenida Suzaku Ōji. El mercado se encuentra en el lado oriental de esta.

Apenas terminó de hablar cuando desembocaron en dicha avenida. Fue como entrar en un mundo distinto. Diversos olores y sonidos inundaron sus oídos. El aire estaba lleno de las animadas conversaciones de las mujeres, de las risas de los niños, de los gritos de los hombres que se llamaban unos a otros y de los cotilleos y últimas noticias que pasaban de boca en boca. Los vendedores, desde sus puestos, reclamaban la atención de los clientes.

Cuando llegó a la ciudad, en el carruaje de su familia, no pudo alzar la cortinilla para echar un vistazo a la animada calle. En ese momento, el velo tampoco le permitía ver con claridad, así que lo echó hacia atrás y empujó el sombrero para que le cayera por la espalda.

—¡Dama Kumori! ¿Qué hace?

—¿No crees que es mejor que te dirijas a mí por mi nombre? Así podremos mezclarnos con la gente común sin llamar la atención —señaló, al tiempo que lo tomaba de la manga de su kimono y tiraba de él para hacer lo que acababa de decir. Una sensación de libertad la llenó de euforia y la risa estalló en su pecho—. Ven, vamos a echar un vistazo.

Haruki la observó desconcertado, pero enseguida se contagió de su entusiasmo. Apretó su mano y sonrió.

—Vamos.

La avenida Suzaku Ōji tenía unos cien metros de ancho y casi

cinco kilómetros de largo. El mercado se extendía por el lado oriental en diversos puestos que ofrecían una variedad de mercancías. Una mezcla de aromas flotaba en el aire: especias, pescado, gachas, hierbas aromáticas, perfumes…

—Mira cuánta gente hay en ese puesto. ¿Qué venderán?

Él tuvo que apartar los ojos de ella para poder mirar hacia donde le señalaba. Tenía la sensación de estar viviendo en un sueño, como si fueran un matrimonio. Pero si quería convertirlo en una realidad, tendría que decirle la verdad.

—Da… Kumori-chan —se corrigió a sí mismo, provocando que ella volviera la cabeza hacia él. Su rostro brillaba con una luminosidad especial, tan radiante, tan hermosa, que le hizo titubear—: yo… creo que es tofu —le dijo, finalmente, al ver lo que llevaba un hombre que pasó junto a ellos—. ¿Quieres probarlo?

—Hemos venido a buscar un regalo. Además, hay demasiada gente…

Por el matiz lastimero de su tono, no le cupo duda de que deseaba probarlo.

—Para alcanzar lo que quieres, solo hay que correr más rápido que los obstáculos que se interponen en tu camino —declaró, al tiempo que la cogía de la mano y comenzaba a abrirse paso entre las personas que abarrotaban el puesto, atendido por un par de ancianos y su hijo.

A pesar de que Haru trataba de protegerla para evitar que la gente que quería comprar un poco de tofu la empujara, Kumori sentía como si la estuviera sacudiendo un fuerte vendaval por dentro. Las palabras que acababa de escuchar fueron esa última gota que terminó de erosionar la fina capa de su memoria, tras la que se ocultaba ese esquivo recuerdo de su pasado del que solo había vislumbrado algún destello: el viento soplando, una lluvia de pétalos rosados flotando en el aire, un niño que dibujaba los cerezos y una promesa. Solo más tarde supo que aquel niño era el emperador.

La decepción veló su alma como una nube de tormenta y las preguntas la asaetearon igual que flechas hirientes. ¿Por qué le había mentido? ¿Todo aquello no era sino una burla?

Habían llegado ya frente al puesto, pero apenas podía respirar el aire enrarecido, y las palabras que se pronunciaban a su alrededor

resonaban en sus oídos como el graznido de los cuervos. Las piernas perdieron la fuerza para sostenerla y tuvo la sensación de que se precipitaba a un vacío de negrura.

—Disculpe, creo que su joven esposa se encuentra mal. —Oyó decir al anciano comerciante.

—¿Kumori? ¡Kumori!

Sintió que unos brazos fuertes la atrapaban antes de caer y se aferró a ellos con la confianza de un niño. Su cabeza descansó sobre el duro torso de Haru y la envolvió su aroma a sándalo. El aroma del emperador.

Una sombra la cubrió y alguien le acercó una taza a los labios. El sabor afrutado del sake acarició su lengua y caldeó su estómago, mitigando su palidez.

—Ha debido de ser por este calor infernal —comentó una voz femenina cerca de ella.

Abrió los ojos y vio que estaba resguardada del sol bajo la copa de un árbol. A su lado, Haru la contemplaba con enorme preocupación. «Una persona puede esconder muchas cosas bajo sus ropajes y en su corazón, pero sus intenciones siempre se reflejarán en sus ojos», le había dicho una vez su padre. Puede que Haru le hubiera ocultado quién era; sin embargo, la verdad de lo que sentía por ella podía verla con claridad en las profundidades oscuras de su mirada y en la delicadeza con la que la sostenía.

—¿Te encuentras bien? —Apartó con suavidad el cabello de su frente y respiró con alivio al ver que su rostro recuperaba el color.

—Sí, ha sido el calor —respondió, tomando la excusa que le había proporcionado la mujer.

—Lo siento. No deberíamos haber venido —se lamentó. Cuando se había desvanecido, el temor le había congelado la sangre en las venas. El recuerdo de la muerte de su madre lo había asaltado y suplicó a los dioses, con todas sus fuerzas, para que Kumori volviera a abrir los ojos y lo mirase una vez más.

—Estoy bien, de verdad —le aseguró. Tomó la mano de él y le sorprendió descubrir que temblaba. En ese momento comprendió que Haru era el hombre que amaba, sin importar su rango. Si el destino los había unido, ¿quién era ella para desafiar a los dioses? Se incorporó y él la ayudó a ponerse de pie—. ¿Has conseguido el tofu?

Haru sacudió la cabeza con incredulidad y, vencido, esbozó una sonrisa. Luego le entregó las porciones que había comprado.

—Aquí lo tienes. —Ella tomó un trozo y compartió la mitad con él —. Quizá deberíamos regresar.

—No podemos, aún tengo que buscar un regalo.

—Está bien —aceptó, finalmente. Había leído en sus ojos una firme determinación y supo que discutir no los conduciría a ninguna parte.

Recorrieron los diversos puestos, deteniéndose cuando encontraban algo interesante. Le explicó qué eran algunos de los productos y se deleitó al ver el brillo que danzó en su mirada cuando descubrió un cuchillo en un puesto de antigüedades, mucho más intenso que cuando la llevó con el comerciante de joyas.

—¿Crees que sería un obsequio adecuado? —le preguntó mientras ella observaba el *tantō* con detenimiento.

—Es hermoso, pero no es lo que busco. —Lo devolvió al lugar del que lo había tomado y, mientras recorría el muestrario expuesto, sus ojos tropezaron con un objeto. Supo de inmediato que había encontrado lo que quería—. Ese es.

Haruki miró hacia donde señalaba y su corazón latió con fuerza. Se trataba de un abanico plegable, fabricado con madera de ciprés e hilo de seda. Estaba abierto y mostraba el dibujo de un cerezo en flor, de cuyas ramas se desprendían con suavidad los pétalos de *sakura*. Posados en el suelo de tierra, con las cabezas juntas, como si se susurraran secretos, un par de pajarillos los observaban caer.

Capítulo 25

Kintsugi[33]

La belleza de nuestro amor imperfecto

Era un trabajo artesanal delicado y elegante, y Haruki tuvo problemas para comprarlo. Al final, no le quedó más remedio que mostrar el sello del emperador para que el anciano aceptara venderlo. Los abanicos plegables se habían vuelto tan populares entre los hombres y mujeres de la alta corte que el Gobierno había promulgado leyes que restringían su uso en determinadas clases sociales. Por eso, solo se vendían entre los nobles y los grandes comerciantes; de hecho, por el número de varillas de madera que componían la estructura del abanico se conocía el rango y estatus del propietario. El que Kumori acababa de adquirir era un obsequio digno de un emperador.

De alguna manera, sintió celos de sí mismo, porque, aunque ambos fuesen la misma persona, aquel regalo especial iba dirigido a Su Majestad y no a Haru. Se preguntó si, cuando se lo entregara, depositaría en él también sus sentimientos.

Miró a Kumori. Al menos había recuperado el color del rostro y parecía mucho más animada. Sintió tener que romper el encanto de ese momento, pero sus deberes lo reclamaban.

—Deberíamos volver.

—¿Tan pronto? —Lo contempló con una súplica en sus ojos—. ¿No podemos quedarnos un poco más?

—Nuestra ausencia se notaría demasiado si... ¡Oh!, está bien, pero solo un rato.

Recorrieron los puestos, deteniéndose en aquellos que más les llamaban la atención; vieron las sedas, las joyas y los perfumes, y probaron los dulces que un vendedor ofrecía con voz estentórea. También disfrutaron de la actuación de unos artistas callejeros, rieron y conversaron.

Kumori suspiró con pesar cuando Haru la dejó esperando junto a una calle transversal a la avenida principal y se fue a buscar el palanquín para regresar al palacio, pues se habían alejado bastante del lugar donde se encontraba detenido y no deseaba que ella caminara más bajo aquel sol abrasador. Por suerte, cuando él apareció por la estrecha y poco bulliciosa calle, ella ya estaba de vuelta y llevaba oculto en la manga el regalo que le había comprado.

La ayudó a subir al palanquín y se volvió a mirarlo cuando Haru le retuvo la mano más de lo necesario, mientras sostenía con la otra la cortinilla que daba privacidad a quien se hallaba en el interior. Deslizaba el pulgar con suavidad por el dorso de su mano, provocándole un aleteo de mariposas en el estómago con cada roce sobre su piel.

—¿Haru? —lo llamó, sin poder evitar el temblor en su voz.

—Kumori-chan, yo... Hay algo que tienes que saber. Me gustaría...

Ella retiró la mano con suavidad. No era momento para revelaciones y, además, no podía pensar con claridad si continuaba tocándola de aquel modo que le hacía anhelar mucho más: su sonrisa cada amanecer, el calor de sus brazos durante las frías noches de invierno y la suavidad de los labios de él contra los suyos.

—Deberíamos volver.

Haruki contuvo un quejido de frustración cuando ella interpuso la cortinilla entre ambos. Bien, si no escuchaba a Haru el sirviente, escucharía a Su Majestad el Emperador. Porque anhelaba decirle la verdad que latía en su corazón y necesitaba conocer su respuesta. Esperaba que su mentira no rompiera el lazo que los unía y que, en caso de que así fuera, el amor que sentía fuese lo bastante fuerte para

reparar esas grietas y salir fortalecido.

Les hizo un gesto a los porteadores para que alzaran el palanquín y se dirigieran al palacio. Cuando llegaron, casi no tuvo oportunidad de despedirse de Kumori, pues Takeshi lo aguardaba en el lugar que tenían convenido cada vez que escapaba de palacio para escuchar al pueblo. El gesto severo de su rostro no anunciaba buenas noticias. Esperaba que no se tratara de que su tío lo había descubierto.

—Hablaremos más tarde, dama Kumori.

Ella asintió. Haru había usado de nuevo el trato formal, lejos de la complicidad y armonía de la que habían gozado hasta ese momento. Como una avecilla, había regresado a su jaula de oro. Observó, preocupada, cómo se alejaba. Ahora que sabía quién era en realidad, también comprendía todos los problemas que cargaba sobre sus hombros y el regalo que significaba poder disfrutar con libertad de pasar tiempo a su lado.

Con cuidado de no llamar la atención, recorrió el camino entre los diversos jardines para llegar a sus aposentos. Cuando por fin entró en su jardín, suspiró aliviada y se quitó el sombrero, gozando de la frescura que proporcionaba la sombra de los árboles. Una brisa cálida y ligera agitó la campanilla de viento que Haru había colocado en el alero del tejado que cubría la veranda. Aunque habría preferido quedarse allí fuera un rato más, se encontraba algo cansada y tenía algunas cosas que hacer.

Justo en el momento en que dio un paso hacia la puerta corredera, esta se abrió de improviso. La sorpresa al encontrar frente a sí a un intruso embozado le duró apenas unos segundos, aunque estos fueron suficientes para que este se lanzara sobre ella tomando ventaja. Por instinto, cruzó los brazos frente a su rostro para detener la patada; sin embargo, el golpe la desestabilizó y la hizo retroceder.

Su atacante aprovechó para escapar, pero Kumori alcanzó a detenerlo, sujetándolo por el brazo. Con un giro rápido y fluido se liberó de su agarre y le asestó un golpe que logró detener con el antebrazo. Intercambiaron una serie de ataques y necesitó emplear toda su concentración para que no la alcanzara con los ágiles movimientos de sus brazos y piernas. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, no logró evitar que escapara, saltando por encima del pequeño muro que resguardaba el jardín.

Se dirigió de inmediato a sus habitaciones y observó todo con atención. Nada había cambiado. Miró en el interior de las cajas lacadas y en sus baúles, pero no parecía que se hubiesen llevado nada. Frunció el ceño, pensativa. Creía haber reconocido al intruso, aunque en vista de que no se habían llevado ninguna de sus posesiones, no pudo sino preguntarse qué era lo que *ella* había ido a buscar allí.

El resto del día transcurrió sin que pudiera olvidar el incidente, a pesar de lo cual no se atrevió a comentárselo a nadie, ni siquiera a Keiko cuando la encontró en los baños de mujeres. Intentó que el agua caliente la relajase y se concentró en la conversación de la princesa, quien le contó que el cuarto príncipe le había regalado una hortensia. Recordó que ella le había explicado su significado: quien la recibía era tan importante para quien la enviaba como el latido de su corazón.

—Creo que pretende cortejarme.

—¿Y eso no te alegra? —le preguntó—. Tú lo quieres.

—Sí, pero Su Majestad no ha elegido todavía esposa, y yo sigo siendo una candidata. Además, no creo que mi tío Fuhito apruebe que Takeshi se convierta en mi esposo.

Aquellas palabras la acompañaron hasta que Tsukiyomi no Mikoto, el dios de la Luna, extendió el manto de la oscuridad sobre el cielo. Una calma agradable se posó sobre su jardín y, sentada en la veranda, se dedicó a escuchar el sonido de los grillos y el murmullo de la brisa nocturna que agitaba las copas de los árboles. El sueño parecía haber huido de ella, tal vez porque aún esperaba que Haru cumpliese la promesa que le había hecho esa mañana de volverse a ver.

Como si lo hubiera convocado con su pensamiento, escuchó su voz que la llamaba a través de las sombras del jardín.

—Kumori-sama, soy yo.

Escudriñó con atención los arbustos hasta que vio emerger de entre ellos su figura. Bañado por la luz de la luna, asemejaba a una deidad. «¿Y acaso no lo es?», se preguntó mientras lo veía acercarse. Se decía que el emperador era el hijo de los dioses, pero para ella era tan solo el hombre al que amaba. No deseaba ser emperatriz, sino la esposa de Haru, aunque, al igual que Keiko, tampoco creía que el Gran Consejero la aceptase.

—¿En qué piensas? —le preguntó Haruki, sentándose junto a ella.

No sabía si era consciente de lo que podía significar visitarla a esas horas. Si acudía a verla durante tres noches hasta la salida del sol, sería considerado una propuesta de matrimonio.

—En el amor —repuso con sinceridad—. La princesa Keiko está enamorada del comandante de la guardia personal del emperador, ¿por qué no puede ser libre para escoger a quién amar? ¿Por qué ha de pesar más el deber que el corazón?

Haruki sintió que los latidos del suyo se tornaban más ligeros. Se volvió a mirarla y, de nuevo, se sintió admirado por la belleza de su semblante, acariciado por la luz de la luna. La mano de Kumori descansaba lánguida sobre el suelo de la veranda y la cubrió con la suya.

—¿Tú serías capaz de sacrificar el honor para obtener el corazón de la persona amada?

Al sentir que movía su mano, creyó que la apartaría; sin embargo, ella se limitó a girarla. Palma contra palma, sus dedos quedaron entrelazados.

—¿Por qué tenemos que escoger entre uno y otro? —preguntó a su vez, volviéndose a mirarlo—. Pienso que hay diversos caminos para alcanzar la cima del Monte Fuji.

La sonrisa que le dirigió fue tan embrujadora como la cálida noche, rebosante del aroma de las flores y del canto de los grillos. Haruki se inclinó despacio hacia ella, como si temiera que aquel instante mágico desapareciera, y rozó sus labios en una caricia fugaz. El suspiro que brotó de la garganta de Kumori, como el aleteo de una mariposa, lo invitó a volver a aquella fuente de dulzura. Tomó su boca en un beso cargado de anhelo, de sueños infantiles que habían madurado con el paso del tiempo, de un amor tan profundo como las aguas del océano y de la esperanza de miles de primaveras a su lado.

Sus alientos entrecortados se mezclaron cuando se separaron. En los labios de Haruki aún persistía el sabor de los de ella: a cerezas, a hogar y a libertad.

—Me gustaría que mis palabras fuesen como pétalos de *sakura* que se derramasen a tus pies para expresar la profundidad de mis sentimientos por ti: lo mucho que te respeto, como mujer y como guerrera —añadió, sabiendo que ese era su sueño, al tiempo que se

llevaba las manos entrelazadas de ambos al pecho—, y el inmenso amor que rebosa en mi corazón. Deseo honrarte y protegerte, igual que el río fluye con lealtad hacia el mar, fiel a su destino. Quiero que seas mi esposa, Kumori-chan, pero antes de que me des tu respuesta necesito confesarte algo…

Kumori liberó su mano y colocó los dedos sobre los labios de Haru para detener sus palabras.

—Tengo un regalo para ti. —Extrajo de la manga de su kimono el *tantō* que había comprado a escondidas para él y se lo entregó—. El hombre con el que comparta mi vida ha de ser un igual para mí: fuerte y valiente, con corazón de guerrero. Mañana te ofreceré una respuesta, después de hablar con Su Majestad.

—Pero… —interrumpió sus palabras cuando ella le acarició una mejilla con ternura. Un estremecimiento de deseo lo recorrió.

—Aún quedan muchas estrellas en el firmamento para que sea mañana —susurró sobre sus labios—, vivamos el hoy.

Capítulo 26

Koishiteru

Te amo

Yuto emitió un suspiro de resignación.

—Su Majestad, si no va a permitirme que lo vista, por mí puede ir a la sala de audiencias solo con las prendas interiores —lo amonestó. Haruki lo fulminó con la mirada—. Cuanto antes termine de ataviarlo, antes podrá ver a la dama Kumori.

Sabiendo que tenía razón, se esforzó por mantener la compostura para que Yuto pudiera cumplir con todo el ritual que implicaba colocarle el *sokutai*.

—¿Cómo me veo? —preguntó, nervioso, volviéndose hacia Takeshi.

—Igual que el emperador —repuso este, con un encogimiento de hombros.

—¿Es que ninguno de los dos me va a tomar hoy en serio? —Se movió inquieto por la estancia y luego se acercó hasta el *katanakake*[34]. Deslizó los dedos sobre la empuñadura del *tantō* que ella le había regalado—. Este día es muy importante para mí.

—Creo que ya conoces la respuesta de la dama —señaló su primo

—. El que debería preocuparte es nuestro tío. Él no lo aceptará tan fácilmente. Ya te lo dije ayer, la facción del *Daijō Tennō*[35] está presionando para que escojas a Yoko-sama como esposa y, si no es así, apoyarán al tercer príncipe para que ocupe el trono.

—No voy a permitir que me maneje como si fuera una marioneta, ya te lo dije.

—Lo sé, pero debes tener cuidado —le advirtió con seriedad—. Estoy seguro de que ya sabe lo que te propones y tratará de impedirlo, usando cualquier medio para ello.

Haruki asintió.

—También me dijiste que habías descubierto una pista sobre la espía. Si tuviéramos con qué amenazarlo para que no pudiera impedir mi matrimonio…

—No te preocupes, la encontraré.

—Confío en ti, comandante.

Salió de los aposentos con paso firme y dejó que el séquito lo condujera hasta la sala de audiencias. El gong que sonó antes de que hiciera su ingreso al gran salón provocó que se le encogiera el estómago, como si arrastrara consigo un augurio funesto. Ignoró este pensamiento y subió al estrado, donde lo aguardaba Fuhito. Su mirada afilada y aguda como la de un águila se le clavó en el pecho.

La dama Himiko aguardó la señal del Gran Consejero para comenzar.

—Cuando se les llame por su nombre, cada una de ustedes subirá para entregarle a Su Majestad el obsequio que ha traído consigo. Dama Fujiwara no Yoko…

Aunque respondió con cortesía, apenas prestó atención a las breves palabras que le dirigieron las damas ni a sus regalos. Lo único que deseaba era que llegase el momento de encontrarse con Kumori y que el tiempo se detuviera en ese instante. Un instante en el que el mundo desapareciera y estuvieran los dos solos. Un instante eterno como un beso.

Cuando por fin escuchó su nombre, el corazón perdió el ritmo de los latidos mientras la veía acercarse. Se arrodilló ante él y se inclinó en una reverencia, acompañada por el frufrú de la seda de su kimono. Aunque su rostro quedaba velado por la cortina, su voz le llegó dulce y clara.

—Su Majestad, le ruego que reciba este sencillo presente junto con mi más sincera lealtad hacia vuestra persona.

Kumori había guardado el abanico en una preciosa caja de madera lacada que había envuelto en un paño de seda. Se lo ofreció, pasándolo con cuidado por el espacio que quedaba bajo la cortinilla que los separaba. Antes de que pudiera depositarlo en el suelo, sintió el roce de las palmas de Haru acunando sus manos y la caricia la estremeció, a pesar de lo cual no se atrevió a alzar la cabeza, pues podía sentir la mirada del Gran Consejero aleteando, igual que un espíritu maligno, sobre ella.

Aguardó a que abriera el regalo y los labios se le curvaron en una pequeña sonrisa al escuchar el débil jadeo de sorpresa que emitió cuando encontró, junto al abanico, el pequeño pliego de papel que había adjuntado. En él había incluido un breve poema[36] que había escrito para esa ocasión. Aunque nunca fue demasiado habilidosa para la poesía, había intentado evocar a través de esas líneas el destino que los había unido a Haru y a ella.

Es primavera.
Un suave aleteo.
Mi primer amor.

Sopla la brisa. Bajo
los cerezos en flor, tú.

Haruki se inclinó hacia delante. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que temió que su sonido resonara en la sala lo mismo que el del gong.

—¿Lo sabías? —le preguntó en un susurro.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—Ayer, una frase os delató.

Quiso preguntarle a qué se refería, pero el carraspeo de Fuhito a sus espaldas sonó a advertencia. Aun así, había algo que debía saber.

—¿Este poema…?

—Es mi respuesta.

Se inclinó en una reverencia y se apresuró a descender del estrado antes de que él siguiera interrogándola y atrajesen la curiosidad del

resto de las damas y la ira del Gran Consejero.

Haruki la contempló con el corazón anhelante mientras se alejaba. No prestó atención a las palabras de la dama Himiko, solo deseaba que terminara de hablar para poder abandonar la sala y acudir a los aposentos de Kumori. Necesitaba verla. Sin embargo, sus deseos se vieron truncados apenas salió de la estancia.

—Su Majestad, quiero hablaros de un asunto importante.

El tono grave de Fuhito no era uno que pudiera pasar por alto, por lo que no tuvo más remedio que ceder y acompañarlo.

Apenas se marchó el emperador, las voces de las damas se alzaron cada vez más altas, como olas de un mar embravecido, hasta que la dama Himiko las silenció con severidad.

Kumori se dirigió hacia la puerta, acompañada por Keiko. Si no hubiera estado sumergida en esa burbuja de sensaciones en que la había envuelto la conversación con Haru —«tengo que preguntarle cuál es su nombre»[37], pensó—, se habría percatado del gesto de odio que lucía el semblante de la princesa Yoko mientras se acercaba a ellas con paso airado.

Se detuvo frente a ambas, cortándoles el paso.

—¿Cómo te atreves a acaparar de ese modo la atención de Su Majestad? —le espetó furiosa a Kumori. Alzó la mano para golpearla en la mejilla, pero alguien la sujetó con fuerza de la muñeca—. ¿Qué crees que haces…? —se interrumpió al ver quién la sujetaba.

—Basta ya, Yoko-sama —la reprendió la dama Himiko, obligándola a bajar la mano—. Este no es un modo digno de comportarse para una princesa imperial.

—No necesito que me dé lecciones una anciana como tú.

La joven levantó la barbilla con orgullo y se alejó con gesto irritado. La dama Himiko sacudió la cabeza con pesar y luego se inclinó en una reverencia.

—Keiko-sama, Kumori-sama, les ruego que disculpen a la princesa Yoko. No tiene mal corazón, pero la han mimado en exceso.

La dama se retiró y Keiko la contempló con lástima. Caminaba con paso lento y cansado, y, en los últimos días, parecía haber envejecido aún más.

—¿Cómo es que se atreve a reprender a la dama Yoko? —se interesó Kumori mientras recorrían la galería hacia el pabellón de las mujeres—. ¿Acaso no teme las consecuencias si la ofende?

Keiko negó con la cabeza y se inclinó hacia ella.

—En realidad —susurró tras su abanico—, la dama Himiko guarda un parentesco con la princesa, es abuela de Yoko-sama. Ella…

Las palabras se le detuvieron en la garganta cuando escuchó el sordo retumbar de unos pasos sobre la madera. Se sorprendió al ver acercarse una partida de soldados. Por los uniformes que lucían, supo que se trataba de la guardia del Gran Consejero. Se preguntó qué hacían allí los hombres de su tío Fuhito.

Las sirvientas que las acompañaban se hicieron a un lado para dejarles paso e inclinaron la cabeza. Ellas también se apartaron. Sin embargo, los seis soldados, conducidos por su capitán, se detuvieron frente a ellas.

—Dama Kumori, le ruego que nos acompañe.

Ella dirigió una mirada sorprendida al capitán. ¿Acaso los enviaba Haru para que se reuniera con él? Descubrió que estaba equivocada en su suposición cuando escuchó las palabras de Keiko.

—Exijo que me digan ahora mismo por qué se la llevan. ¿Qué es lo que quiere mi tío de la dama Kumori? —Al ver la expresión reacia del hombre, añadió—: Hablaré con Su Majestad…

—Es una orden del Gran Consejero. La dama está acusada de alta traición contra el emperador —gruñó con desgana—. Se han encontrado unos documentos incriminatorios en sus aposentos.

—¿Qué? Eso no puede ser cierto —protestó Keiko.

—Lo sea o no, la dama debe acompañarnos ahora —insistió el capitán. Con un gesto, indicó a sus hombres que se acercaran.

—No pueden…

Kumori la detuvo. Comprendía lo que había sucedido sin necesidad de explicaciones. El intruso que encontró en sus aposentos la tarde anterior no había entrado a robar algo, sino a ocultar pruebas. Se reprendió a sí misma por no haberle dicho nada a Haru aquella noche —él ya soportaba una carga bastante pesada—, aunque si lo hubiera hecho no se encontraría en problemas en ese momento. Sin embargo, una explicación tardía solo haría parecer que buscaba exculparse.

—No te preocupes —le susurró tras el abanico—. Haz lo que tengas que hacer.

Keiko la vio marcharse, escoltada por la guardia. Las últimas palabras de Kumori resonaban en su mente mientras dirigía sus pasos apresurados hacia la residencia imperial.

Capítulo 27

Uragiri no itami

El dolor de la traición

Takeshi miró a Yuto y este se encogió de hombros.

—Debe hallarse enfermo —señaló, aunque su semblante se mantenía como un mar en calma, sin visos de preocupación alguna por él—. Creo que solo lo ha estado dos veces en su vida.

—Sí, una enfermedad llamada «amor» —apostilló Takeshi, sacudiendo la cabeza y cruzándose de brazos mientras clavaba la mirada en el biombo tras el que se hallaban los aposentos privados de Haruki—. Es la primera vez que veo que recibe una reprimenda de nuestro tío y no vuelca su rabia a través de los pinceles. ¿Cuánto tiempo lleva ahí, leyendo ese papel? Necesito hablar con él para decirle lo que he descubierto.

—Te deseo más suerte de la que he tenido yo para desvestirlo —repuso este con un matiz burlón en su tono suave.

Takeshi se adelantó, pero enseguida se detuvo al escuchar un leve revuelo en el pasillo. A pesar de que algunos de sus hombres estaban apostados alrededor de la residencia para impedir la entrada de intrusos, extrajo ligeramente la katana de la vaina. Deslizó la puerta

con cautela y se sorprendió al encontrarse con Keiko. Dos de sus hombres se encontraban junto a ella, sin saber muy bien qué hacer.

—Lo siento, comandante —dijo uno de ellos, contrariado—. La dama no… no ha querido escucharnos.

—Retiraos —les ordenó. Cuando volvieron a sus puestos, miró a Keiko—. No deberías estar aquí. Sabes… ¿Qué sucede? —le preguntó, preocupado, al ver la angustia que asomaba a sus ojos.

Ella dejó caer el abanico, con el que todavía se cubría la mitad del rostro, y sintió que las fuerzas la abandonaban. Takeshi la sostuvo entre sus brazos y la hizo entrar en la residencia imperial.

—La guardia de nuestro tío ha detenido a Kumori-chan —respondió en un jadeo, contándole lo que había sucedido y el motivo por el que se la habían llevado.

Percibió cómo se le tensaban los brazos alrededor de ella y lo miró a los ojos. Nunca había visto en ellos el odio que rezumaban en ese momento y se asustó. Él debió darse cuenta de su temor, porque aflojó su agarre y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Has sido muy valiente al venir.

El elogio la hizo sonrojarse y agachó la cabeza con timidez. Sin embargo, las palabras se abrieron paso en su corazón al comprender que, por primera vez, había ido en contra de la lealtad hacia su tío, de esa obediencia silenciosa y ciega con la que siempre actuaba, para seguir su corazón. La amistad de Kumori valía para ella más que el deber y por fin se sentía libre de la pesada carga que había llevado durante tantos años.

—Tenemos que ayudarla —declaró con decisión.

Takeshi asintió.

—Avisaré a Su Majestad. Será mejor que vuelvas al pabellón.

—Pero…

—Me sentiré más tranquilo si sé que estás segura. No quiero que te involucres en los asuntos de nuestro tío. —Inclinó la cabeza y la besó en la frente. Fue un beso dulce y tierno que le arrancó un suspiro a ella—. Iré a verte cuando todo haya terminado.

Keiko lo miró un instante, dudosa, mas luego cedió y se marchó. Takeshi llamó a uno de sus hombres para darle unas órdenes y se dirigió de inmediato a los aposentos privados de Haruki. Se hallaba sentado en la veranda del jardín. Lo recibió con una sonrisa, que se

borró apenas vislumbró la seriedad de su semblante.

—¿Qué sucede? —lo interrogó mientras se ponía en pie.

A pesar de que había intentado dejarle las cosas claras a su tío de que en el asunto de la emperatriz consorte se guiaría por su propio corazón, estaba convencido de que lo que fuera a decirle Takeshi estaba relacionado con Fuhito-sama. Pero sus días como Regente y Gran Canciller y Consejero a su fin, el poder de los Fujiwara se agotaba, aunque él todavía pretendiera aferrarse a él con garras afiladas.

Takeshi sintió un nudo en el estómago.

—Mantén la calma —le rogó—. Fuhito-sama ha mandado que una guardia detenga a la dama Kumori, acusada de traición al emperador.

El rostro de Haruki palideció y un relámpago de cólera atravesó el oscuro firmamento de sus ojos.

—¿Cómo se ha atrevido...?

Sí, su tío era capaz de eso y mucho más con tal de lograr que se cumpliera su voluntad y mantenerse en el poder. Si Fuhito tuvo alguna vez un corazón capaz de amar a su familia, hacía tiempo que este había dejado de latir.

—No puedes ir ahora —le advirtió Takeshi, al tiempo que lo sujetaba del brazo con fuerza. Aunque tuviera que atarlo, no permitiría que cometiera un error.

—¡Suéltame! Te lo ordeno como tu emperador.

Nunca había visto aquella furia en su semblante y un escalofrío le recorrió la espalda. Aun así, se mantuvo firme.

—Ruego a Su Majestad que me escuche primero. Necesitáis tener algo con lo que negociar, pues él habrá elaborado pruebas difíciles de refutar. —Al ver que recuperaba la calma y reflexionaba sobre sus palabras, suspiró con alivio.

Haruki respiró hondo para contener sus emociones. No podía permitir que le nublaran la mente; aun así, pensar en Kumori encerrada en alguna celda le ponía la piel de gallina. Si le ocurría algo a ella, no tendría piedad con su tío.

—Bien, ¿qué propones?

—Descubrí a la espía de nuestro tío y he mandado que la traigan aquí.

Justo en esos momentos se escuchó un revuelo en el pasillo.

—Mi comandante, he cumplido su orden —gritó una voz al otro lado de la puerta principal de la residencia.

Ambos dejaron el jardín y entraron en los aposentos. Haruki clavó la mirada sobre la puerta, que Yuto abrió a una señal suya, y no pudo evitar preguntarse quién era la persona que lo había traicionado, enviando información a Fuhito, y por qué motivo lo había hecho. La sorpresa sacudió su corazón con tanta fuerza que lo sintió detenerse en su pecho.

La mujer que entró en la estancia lo miró con una tristeza infinita.

—Lo sabéis todo, ¿verdad? —Cayó de rodillas y se postró con la frente tocando el suelo—. Os suplico vuestro perdón, Su Majestad.

—Dama Himiko... —balbuceó, incrédulo—. ¿Por qué? Es por Yoko-sama, ¿no es cierto? —se respondió a sí mismo.

Ella alzó el rostro, cubierto de lágrimas, aunque en sus ojos ardía la llama de la ira que todo lo devora.

—Ese viejo zorro astuto me prometió que si le informaba de cuáles eran vuestros planes haría que mi pequeña Yoko se convirtiera en emperatriz. —Arrodillada, con las manos cruzadas sobre el regazo, parecía haber caído de golpe sobre ella todo el peso de los años—. Sin embargo, cuando la princesa Keiko vino a mis aposentos para aliviar sus penas, como solía hacer desde que era niña, supe que él me había mentido. Entonces, dejé de informarle. Ruego a Su Majestad que el castigo recaiga sobre mí, yo pagaré por mis pecados, pero le suplico que no castigue a la princesa Yoko. Ella no tiene la culpa de nada.

—¿Por qué has permitido que Fuhito-sama acuse a la dama Kumori de traición? ¿Qué prueba falsa le proporcionaste?

La mujer se sobresaltó ante el tono oscuro y afilado y sacudió la cabeza con nerviosismo.

—Le juro que no he sido yo, Su Majestad —replicó asustada. Colaborar en una traición podía suponer la muerte—. Debe creerme. Yo... ¡Fue él! —exclamó, de pronto, al recordar algo—. Una de las sirvientas me informó sobre una conversación que escuchó a escondidas. No la comprendí en su momento, pero debía tratarse de este plan. Fuhito-sama le pidió que entrase en los aposentos de la dama Kumori y que escondiese allí un documento que él mismo le entregó, y le ofreció recompensar a su familia si lo hacía.

—¿A quién se lo pidió?

La dama Himiko apretó los labios un instante, luego sus hombros cayeron con resignación.

—A la dama Sayuri. Prometió puestos de poder en el Gobierno para algunos miembros de su familia y, a ella, un matrimonio con alguno de los príncipes imperiales.

Haruki sintió cómo la rabia recorría sus venas con la fuerza ardiente de la lava de un volcán. Miró a Takeshi.

—Que la encierren en el pabellón de las mujeres hasta que decida qué hacer con ella —le dijo. Luego se dirigió a sus aposentos privados mientras su primo se ocupaba de hacer cumplir su orden.

Yuto lo siguió.

—¿Qué os proponéis, Su Majestad? —inquirió, preocupado, al ver que había cogido la katana.

—Hacer justicia.

Capítulo 28

Nankurunaisa

El tiempo lo arregla todo

Había comenzado a servir a Su Majestad desde que había ascendido al trono, y el tiempo y el talante amable y sencillo de Haruki había hecho que se forjase entre ellos una amistad. Aunque nunca olvidaba su condición de sirviente, muchas veces había actuado para él y para Takeshi como un hermano mayor, aconsejándolo cuando lo consideraba necesario.

En esos momentos, supo que necesitaba más que nunca la persuasión de las palabras, porque la determinación del gesto de su rostro era inamovible. Incluso Takeshi, que siempre sabía qué decir, permanecía en silencio ante su emperador, aunque le dirigió a él una mirada suplicante para que intercediera. Yuto asintió, despacio, y se interpuso en el camino de Haruki, manteniéndose en una posición de respeto.

—Justicia y venganza no son lo mismo. Os ruego que no os manchéis las manos con la sangre de vuestra familia, Su Majestad. —Se postró ante él, adoptando la postura *dogeza*[38], decidido a suplicar si con ello lograba apaciguar el espíritu de venganza que se había

apoderado de Haruki—. Pensad en vuestro futuro junto a la dama Kumori. Quien inicia la senda del matrimonio con la fuerza de la espada terminará yaciendo sobre un lecho de sangre. No podéis entregarle a la dama la flor de la felicidad con espinas. Dejad que el tiempo lo arregle todo y que vuestro enemigo tropiece por su propio pie.

Haruki lo observó durante un largo instante y, aunque no respondió a sus palabras, tampoco hizo oídos sordos a ellas. Su ánimo se templó un poco y contuvo la ira que lo reconcomía. Abandonó la residencia imperial y se dirigió, seguido por Takeshi y su guardia personal, a la oficina del Gran Consejero.

No se molestó en llamar y entró directamente. Su tío se encontraba sentado frente a su escritorio y alzó la cabeza con deliberada lentitud cuando escuchó el revuelo y el sonido metálico que hendió el aire al desenvainar las espadas. Los guardias que protegían a Fuhito no dudaron en enfrentarse a ellos, a pesar de que él se encontraba allí y era el emperador. «No, mi tío ha sido siempre el verdadero emperador», reconoció para sí mientras lo observaba. Se mostraba tan calmado como un felino que observa a su presa antes de abalanzarse sobre ella, seguro de su victoria. Al fin y al cabo, aquello no era más que un juego de poder.

—Vamos, vamos, no hay por qué usar la violencia, *Heika* —señaló con tono calmo, casi con benevolencia paternal, haciendo un gesto a sus soldados para que envainaran las espadas—. Podemos dialogar, ¿no es así?

—Entonces, retira tu guardia.

—Por supuesto —aceptó, complaciente—, pero ¿no creéis que sería una muestra de buena voluntad si retiráis también la vuestra?

Tras unos instantes, Haruki asintió.

—Comandante, que esperen todos fuera —le ordenó a Takeshi, a pesar de saber que su primo no estaría conforme con ello. Le dirigió una mirada tranquilizadora, asegurándole que estaría bien y que lo llamaría en caso necesario.

Una vez que los soldados de Fuhito abandonaron la estancia, observó a este con atención, intentando averiguar sus intenciones.

—Ahora que estamos solos, podemos hablar con más libertad. Debo decir que has venido antes de lo que esperaba —comentó su tío

con un suspiro de pesar, al tiempo que usaba un trato informal.

Haruki sabía que lo hacía para minar su autoridad como emperador, tratándolo como si todavía fuera un niño al que hay que guiar, y él, el maestro.

—¿Dónde está la dama Kumori? Te ordeno que la liberes ahora mismo.

—¡Oh! No debes preocuparte por ella. Se encuentra en esa habitación. —Señaló una puerta cerrada—. He sido muy considerado y no la he enviado a la prisión, pero no puedo hacer lo que me pides, querido sobrino. Está acusada de alta traición contra el emperador. Aquí tienes la prueba, encontrada en los aposentos de la dama.

Le extendió un documento que él no tomó. En la partida que estaban jugando, la estrategia era fundamental.

—Sabes tan bien como yo que es falso. —Decidió arriesgarse—. Me pregunto qué haría el clan Minamoto si supiera que su hija ha sido acusada falsamente y, sobre todo, qué opinaría el clan de los Taira si la dama Sayuri acabase en prisión por haber sido mal aconsejada.

Su tío no perdió la calma, a pesar de haber sido puesto al descubierto. Lo único que delató su ira fue el brillo que destelló en sus ojos cuando clavó sobre él una mirada cargada de resentimiento. No le convenía iniciar una lucha contra los señores de la guerra.

—Bien, hay que preservar la paz de nuestra nación —aceptó. Tras unos instantes de reflexión, añadió—: Puedo lograr que todos los funcionarios apoyen tu matrimonio con la dama Kumori, a pesar de que no sea una princesa imperial y eso atente contra las tradiciones y contra la ley. Es una concesión que estoy dispuesto a hacer como muestra de mi lealtad.

—Supongo que esa lealtad tiene un precio.

Fuhito esbozó una sonrisa calculadora.

—No me gusta demasiado esa palabra, sobrino. —Se levantó con calma y caminó por la estancia con las manos a la espalda—. Yo lo llamaría «recompensa».

—¿Qué es lo que quieres?

—Algo sencillo. —Se detuvo frente a la puerta del almacén donde había encerrado a la dama y sonrió—. Un hijo, un heredero imperial. En el año de su tercer cumpleaños, abdicarás. Así, los dos obtendremos lo que queremos: tú, una emperatriz; y yo, guiar a un

nuevo emperador. Además, evitaremos una guerra innecesaria.

—Está bien —aceptó tras reflexionar sobre ello.

—Me alegro de que seas tan razonable. Si no te importa, me gustaría que todo quedara escrito y sellado.

—Libera a la dama Kumori y tendrás lo que pides.

Fuhito observó su semblante con cierto recelo. No esperaba que claudicara con tanta presteza; sin embargo, el amor volvía débiles e inútiles a los hombres.

—Te haré llegar el documento. No olvides que poseo el poder para obligarte a cumplir tu promesa —lo amenazó. Después, abandonó la oficina.

Haruki abrió de golpe la puerta del almacén. Polvorientos haces de luz entraban por unas pequeñas ventanas enrejadas, iluminando la avejentada estancia colmada de libros, pergaminos y documentos. El olor a papel impregnaba cada rincón. Kumori se encontraba arrodillada sobre el suelo, con los ojos cerrados, como si estuviera en profunda meditación. Los abrió al escuchar el brusco sonido de la puerta al chocar contra la madera. Poco a poco, una suave sonrisa le distendió los labios y él sintió alivio al ver que se encontraba bien.

—Kumori-chan.

El dulce susurro de su nombre fue como la caricia de un suspiro sobre sus labios y su corazón comenzó a latir con fuerza. Sus ojos se deleitaron con la figura de su amado. Un halo dorado lo circundaba en medio del sombrío almacén y, con la katana que portaba en el costado izquierdo, asemejaba a un poderoso dios guerrero descendido de los cielos.

—Te estaba esperando.

Él extendió una mano para ayudarla a levantarse y tiró de ella con suavidad; mas en lugar de soltarla de inmediato, cuando se puso de pie, la atrajo contra el pecho y la envolvió entre los brazos, acunándola.

Kumori se refugió en ellos y aspiró el aroma a sándalo que emanaba de él. Podía escuchar el fuerte y rítmico latido de su corazón, un sonido que ejercía sobre ella el mismo efecto calmante que el de la lluvia al caer sobre la tierra.

—Lo siento, debería haberte protegido mejor.

Ella detuvo sus palabras enmarcando su rostro entre las palmas de

sus manos y dejó que todo el amor que anidaba en su corazón asomase a sus ojos cuando los clavó en los de él.

—Estaba segura de que vendrías a buscarme, sé que lo harás siempre —dijo, convencida de que era cierto—. Eso es lo único que necesito saber, que estarás a mi lado sin importar si sopla una brisa cálida o vientos de tormenta, que permaneceremos juntos hasta que el último suspiro de nuestras vidas caiga como los pétalos de *sakura* en primavera. Además, ¿cómo puedo enorgullecerme de pertenecer al clan de los Minamoto si no soy capaz de protegerme a mí misma? —replicó, divertida, al tiempo que le mostraba el puñal que ocultaba en la manga del kimono.

Haruki se liberó del agarre de sus manos e inclinó la cabeza para apoderarse de sus labios. La besó con dulzura y pasión, con el sabor de las promesas en los labios.

Una suave brisa sopló en el exterior y arrastró el repetitivo sonido de las cigarras y el leve tintineo de las campanillas de viento.

El verano llegaba a su fin, trayendo consigo un futuro juntos.

Epílogo

Sakura no ki no shita

Bajo los cerezos en flor

Cuatro años después.

La brisa agitó los cerezos y una lluvia de pétalos descendió hasta el suelo, vistiéndolo con un manto rosado. El aire olía a primavera. Detuvo el pincel y contempló, extasiado, la imagen de Kumori, que jugaba con su hijo bajo la sombra de los árboles. La risa de ambos, clara y cristalina, llenó el jardín de una dulce música que resonó en su corazón con ecos de felicidad. Ella alzó la cabeza y lo miró. Sus labios perfilaron una sonrisa que iluminó su corazón y disipó las sombras de su alma.

Haruki dejó a un lado el dibujo de su familia, que estaba pintando, y se acercó a ellos. La vida era demasiado breve para plasmarla en un papel en lugar de vivirla con intensidad.

Apenas llegó a su lado, su hijo Masahito caminó dando saltos hacia él y levantó los brazos.

—¡Arriba!

—Allá vamos, mi pequeño guerrero. —Lo alzó por encima de su cabeza y los gritos infantiles, mezclados con la risa, revolotearon en la

brisa que soplaba, arrastrándolos junto a los pétalos de *sakura*.

Una sirvienta llegó en ese momento y se detuvo a unos pocos pasos, esperando el permiso para hablar.

—¿Qué ocurre, Yoshiko?

La joven se inclinó en una reverencia.

—Mi señora, Tōru-sama me ha pedido que le lleve a su nieto. Quiere entregarle su regalo de cumpleaños.

Al escuchar la palabra «regalo», Masahito se revolvió en los brazos de su padre para que este lo dejara en el suelo. Haruki cedió. El pequeño corrió hacia la sirvienta y la tomó de la mano, mientras agitaba la otra a modo de despedida.

—Tu padre lo consiente demasiado —le dijo a Kumori, al tiempo que se sentaba a su lado.

Ella lo miró y sonrió burlona, aunque se abstuvo de decirle que él era el primero en hacerlo. En cambio, estiró la mano para quitarle los pétalos de *sakura* que se le habían quedado enredados en el cabello.

—Hoy es el cumpleaños de Masahito, deja que disfruten los dos.

Haruki pasó el brazo sobre los hombros de su esposa y la atrajo junto a su costado. Ella reclinó la cabeza sobre su hombro. Permanecieron en silencio durante un largo instante, disfrutando de la belleza del jardín y de su mutua compañía.

—Pronto llegarán Takeshi y Keiko también para celebrarlo —le recordó él al cabo de un rato—. Masahito podrá conocer a su prima.

La pequeña Hikari había nacido dos años después de su hijo, que acababa de cumplir los tres.

—Espero que nos traigan también noticias de Yuto. —Alzó la mirada hacia él. Su rostro era ahora más masculino y mucho más apuesto, y el corazón le brincó en el pecho, igual que cada vez que lo contemplaba—. ¿Te arrepientes de haber dejado el palacio?

Haruki le acarició los labios con los suyos, arrancándole un quedo suspiro.

—No renunciaría a ti ni a nuestro hijo, ni siquiera aunque me ofrecieran convertirme en un dios —le aseguró—. Nuestro destino fue escrito por los cielos y no hay nada ni nadie que pueda separarnos.

Ambos pensaron en Fuhito-sama. El Gran Consejero había obtenido el documento sellado por el emperador, pero, en esa ocasión, Haruki había sido más astuto que él. Puesto que su tío solo le había

pedido que tuviera un hijo y que abdicara en el año de su tercer cumpleaños, así lo hizo. Coincidiendo con el inicio de la primavera, durante la celebración del Año Nuevo[39] y en presencia de todos los miembros del Gobierno y de la Casa Imperial, abdicó… en su primo, el príncipe Noboru.

Aunque su tío montó en cólera, no tuvo más remedio que ceder ante el hecho consumado, sobre todo cuando le mostró el documento, sellado por ambos, y en el que nunca se tomó la molestia de especificar sobre quién debía recaer la abdicación.

—¿Crees que intentará vengarse? —preguntó Kumori, preocupada. Apenas había transcurrido un mes desde que dejaron el palacio y se trasladaron a su residencia en el seno del clan Minamoto, cerca de la casa de su familia.

—Supongo que tendrá problemas mayores en los que ocuparse. —La tranquilizó él—. Noboru no pertenece al clan Fujiwara y nunca ha temido a mi tío, así que no le resultará fácil manejarlo a su conveniencia. Además, al perder su influencia, otras familias nobles se disputarán el poder y el control del Gobierno, intentando poner a sus propios candidatos para ocupar el Trono del Crisantemo.

—Pero Masahito es un príncipe imperial…

Haruki estrechó su abrazo sobre ella y le acarició la mejilla.

—Puede que, un día, nuestro hijo tenga que luchar por la sucesión al trono, aunque para entonces ya se habrá convertido en un guerrero fuerte y temible, como lo es su madre. —Le sonrió, con un brillo de diversión en su mirada—. Mientras llega ese momento, haremos que crezca rodeado de amor y de felicidad, y le ayudaremos a que encuentre el camino para conseguir sus propios sueños.

Kumori recordó la promesa que ella le arrancó siendo niños: «Prométeme que tú también perseguirás tus sueños».

—Y tú, esposo mío, ¿has cumplido tu sueño?

—Lo tengo ahora mismo entre mis brazos.

La besó despacio, bajo los cerezos en flor, mientras estos derramaban sobre ellos sus delicados pétalos rosados como una lluvia enviada por los dioses para bendecir a aquellos dos corazones cuya unión había sido forjada en los cielos desde toda la eternidad.

Fin

Notas de autora

1) Periodo Heian (794-1185): comenzó cuando se trasladó la capital a Heian-kyō (actual Kioto), donde permanecería más de mil años, hasta que en 1868 fue trasladada a Edo, lo que hoy es Tokio.

Este periodo fue de relativa paz y calma en muchos sentidos. Durante los primeros años del mismo, el gobierno sigue los pasos de las grandes dinastías chinas —a quienes habían tomado como modelo en todo— y es el emperador quien ostenta el poder, ayudado por los Altos Ministros y un Consejo de Estado que atienden la burocracia de los ocho ministerios y las numerosas oficinas que tenía la corte. Sin embargo, poco a poco, algunas familias nobles fueron adquiriendo cada vez más poder, como es el caso del clan Fujiwara, hasta que el emperador pasó a ser una simple figura decorativa, ligada más bien a su papel religioso como descendiente de los dioses.

Hacia finales del siglo IX, Japón rompió sus vínculos con China, dando comienzo a un periodo de introspección en el que el país se dedicó a buscar su propia identidad, su esencia, en todos los ámbitos: política, cultura, religión, arte... alejándose de los modelos exteriores que hasta el momento los habían guiado. La escritura china, usada hasta entonces, dio paso a la creación de una escritura propia: *kana*; aparecen formas poéticas propias, un nuevo estilo de pintura y de arquitectura e, incluso, se fue modificando y adaptando la forma de vestir. En este contexto, son los nobles quienes llevan el peso de estos

cambios.

Gobernantes y cortesanos vivían aislados de la realidad, encerrados entre los muros del palacio, dedicándose al arte de «no hacer nada», sino disfrutar de la vida, con una fuerte conciencia de la transitoriedad de esta (*mono no aware*, un valor estético representativo de este periodo y que expresa la idea de lo efímero de la existencia). Sus únicas preocupaciones eran la ropa, la creación de poemas o de fragancias de incienso, los cotilleos y los amoríos, las celebraciones y los juegos, cualquier cosa con tal de matar el aburrimiento.

Así pues, ajenos a la situación que vivían los ciudadanos en la capital y, más aún, en las provincias, y preocupados solo por la lucha de poder dentro de la corte, no serían conscientes de la progresiva feudalización que iba teniendo lugar en el país gracias al enriquecimiento de los terratenientes y de ciertas familias nobles de las provincias, quienes, además, se militarizarían poco a poco, dando origen a los samuráis, señores de la guerra, y que terminarían por imponer su propio gobierno a finales del siglo XII.

Si queréis saber más sobre este periodo, podéis leer este interesante artículo: https://historiajaponesa.com/el-periodo-heian-794-1185/

2) El clan Fujiwara: ya he dicho que este clan tuvo un papel importante durante este periodo de la historia de Japón. Pero ¿cómo empezó todo?

Hacia el siglo VII, Nakatomi Kamatari conspiró con un príncipe para derrocar al gobernante que reinaba. Tras conseguir deponer al poderoso rival de la casa imperial, el príncipe, convertido en emperador y agradecido por sus servicios, le confió los asuntos de gobierno y le otorgó el apellido «Fujiwara», que dio comienzo a un nuevo clan.

Fuhito, hijo de Kamatari, fue el primero en usar el nuevo nombre. Y fue él quien, al concertar el matrimonio de una de sus hijas con el emperador Shōmu, inició la política de unir su propia familia a la familia imperial.

Sin embargo, fue en la segunda mitad del siglo IX cuando el poder de los Fujiwara comenzó a hacerse sentir. Yoshifusa, suegro del monarca reinante y abuelo del heredero aparente, a la muerte del

emperador logró que este ascendiera al trono, como emperador Seiwa, a la edad de nueve años. Yoshifusa, por lo tanto, se autonombró regente, siendo la primera vez en la historia japonesa en que una persona sin sangre real era nombrada para este cargo. Esto condujo a la práctica de los Fujiwara de persuadir a los emperadores para que se retiraran a una edad relativamente temprana y de colocar en el trono a emperadores niños, para quienes los Fujiwara actuaban como regentes. Durante los dos siglos siguientes hubo ocho abdicaciones de este tipo y siete emperadores niños.

Manteniendo así un firme control sobre la regencia, los Fujiwara se convirtieron en gobernantes *de facto* sin llegar a destruir ni desplazar a la familia imperial. El único inconveniente de la regencia era que terminaba cuando el emperador alcanzaba la mayoría de edad. Sin embargo, esto se solucionó cuando el sobrino de Yoshifusa, Mototsune estableció un nuevo cargo más prestigioso y poderoso que el de regente o primer ministro: el cargo de *kampaku* (Gran Canciller), cuya función era servir de portavoz del emperador e intermediario entre el trono y la burocracia. Era el cargo más alto del país, solo superado por el del emperador, y al que aspiraban demasiadas personas.

Fuente: https://www.britannica.com/topic/Fujiwara-family

3) Mujeres samuráis: Kumori desea seguir los pasos de su padre y ser samurái, pero ¿era eso posible en aquella época? Conocemos el papel que la mujer tenía en ese tiempo, de amante esposa y madre devota, dedicada a su hogar; sin embargo, también hay indicios de que en el Japón medieval hubo un grupo de mujeres de las clases nobles y guerreras a las que se preparaba para poder enfrentarse en combate en caso de que atacaran sus hogares mientras los hombres se encontraban fuera.

Se las entrenaba para manejar la *naginata*, una lanza de hoja curva, así como espadas cortas y dagas. A estas guerreras se les conoció con el nombre de *onna bugeisha*. Varias de estas mujeres destacaron a lo largo de la historia, si bien no hay documentación fidedigna de algunas de ellas —cuya existencia es considerada una leyenda—, de otras hay constancia histórica.

Una de las más conocidas es Tomoe Gozen, quien era una experta

en el manejo de la katana, el tiro con arco y la equitación. Tomoe, además, participó en la batalla de Awazu (1184), dirigiendo a las tropas en combate. Otros ejemplos son Hojo Masako, contemporánea de Tomoe, o, ya a mediados del siglo XIX, Nakano Takeko.

Fuente: https://www.muyinteresante.com/historia/34074.html

https://www.nationalgeographic.es/historia/2024/03/tres-mujeres-samurai-guerreras-mas-legendarias-historia

4) Las horas en el periodo Heian: contar las horas en una época en la que no había relojes, tal y como los conocemos hoy en día, no debía ser fácil, aunque sí necesario, pues la sociedad debía regirse por horarios, conocer los meses y los días.

Durante el periodo Heian, el día contaba solo doce horas, de acuerdo a los doce animales que formaban el zodiaco. ¿Qué pasaba con las horas restantes? Pues que, en ese tiempo, cada hora equivalía a dos horas nuestras, aproximadamente. Había seis horas de luz y seis horas de oscuridad, y el día, en lugar de empezar a partir de la medianoche —esto cambiará en 1867, durante la era Meiji—, comenzaba al amanecer.

La primera hora del día era conocida como la hora del Conejo y el anochecer daba comienzo en la hora del Gallo. Unas enormes campanas, que hacían sonar golpeando contra ellas una viga de madera, anunciaban cada cambio de hora. Seis campanadas indicaban tanto la primera hora del día como el comienzo del anochecer.

Curiosamente, la hora de las brujas no se correspondía con la medianoche, la hora de Ratón, sino a las dos de la madrugada, coincidiendo con la hora del Buey (de 1 a 3 am.).

Fuente: https://katelore.com/blog/telling-time-heian-japan/

5) El arte del *kōdō*: «el camino del incienso», es una de las tres artes clásicas del refinamiento, junto al arte del té y el arte de las flores.

El incienso llegó a Japón alrededor del 754 gracias a un monje budista procedente de China. Al principio se usó solo en los templos, como una ofrenda religiosa durante las ceremonias; sin embargo, y puesto que antes de su introducción en el país era algo desconocido, poco a poco comenzó a usarse para aromatizar.

Así, durante el periodo Heian, los nobles de la corte tomaron como entretenimiento el crear fragancias inéditas y atrayentes que usaban luego para consumo personal: con él perfumaban sus ropas y las diversas habitaciones, y también creaban aromas para cada época del año. De este modo, nació entre la aristocracia un juego que consistía en adivinar las esencias.

Si queréis saber más acerca de este arte, el tipo de maderas que se usaban o sobre la ceremonia de los perfumes, os dejo este enlace: https://kimonomundo.com/kodo-el-arte-de-apreciar-los-perfumes/

6) El «cortejo» en el periodo Heian: como en muchas otras épocas de la historia, los hombres de este periodo también deseaban casarse y tener descendencia que pudiera dar continuidad a su noble linaje, pero ¿cómo encontrar una mujer adecuada cuando estas no podían mostrar su rostro en público? Pues aquí es donde entran los «rumores». Sí, es exactamente como habéis leído, los rumores.

Si un joven de buena familia deseaba contraer matrimonio, solo tenía que estar atento a los rumores que se extendían por la ciudad de que tal o cual familia noble tenía una hija a la que deseaba casar. Si dichos rumores, además, ponderaban la belleza de la dama, entonces el joven quizá se animaría a iniciar un cortejo. Lo primero que tenía que hacer era intercambiar mensajes con la joven, es decir, escribirle poemas, que mandaría a través de los criados. Con la respuesta de la dama, no solo podría darse cuenta de si ella estaba interesada en conocerlo o no, sino también del tipo de persona que era, de acuerdo a la elegancia de su caligrafía o al cuidado y atención que pusiera en su mensaje (el perfume que utiliza, la calidad del papel que ha usado y otros detalles).

Después de un tiempo de intercambiar mensajes, si el joven decidía tomarla por esposa, debía mandar una nota a los padres de la joven para informarles de sus intenciones y para decirles que acudiría a encontrarse con ella por la noche. Como si fuera una especie de ritual, debía también sobornar a los criados para que le facilitaran la entrada a los aposentos de la dama. De este modo, y aunque todo el mundo en la casa supiera lo que iba a suceder, parecería que estuvieran llevando a cabo un juego prohibido. Por lo mismo, también debía marcharse antes de que saliera el sol.

Las visitas se repetían durante tres noches seguidas. Al final de esta última, el joven sería «descubierto» por los padres de la dama y sellarían el compromiso de ambos con una celebración en la que compartirían un dulce (por lo general, *mochi*). A partir de ese momento, ya sería considerada su mujer.

Este artículo lo explica muy bien y de una manera muy original: https://futoikarasu.com/2023/08/26/el-cortejo-en-la-era-heian

Agradecimientos

Querida lectora, si has llegado hasta aquí, no puedo sino agradecerte por haber escogido leer esta historia y esperar que la hayas disfrutado.

Quienes me conocéis, sabéis lo mucho que me fascina Japón, su historia milenaria y sus costumbres, así que, cuando tuve la oportunidad de contribuir con una novela corta a la línea del sello blanco de Selecta, elegí ambientar mi historia en este maravilloso país. Ha supuesto todo un reto, pues me gusta documentarme bien para ser lo más fiel posible al contexto histórico y no estaba tan familiarizada con el periodo Heian como con otros periodos de la historia de Japón. Sin embargo, he disfrutado mucho todo el proceso de documentación, y espero que el resultado os haya satisfecho.

Cuando pensé en la trama de la historia, decidí que los protagonistas fueran el emperador y una joven guerrera. Esto suponía un pequeño escollo, ya que me gusta ser fiel a los hechos históricos y no deseaba introducir un emperador ficticio en un contexto histórico real en el que la vida de sus gobernantes está bien documentada. Es por eso que no aporto fechas concretas. Así, aunque la ambientación del periodo escogido es fidedigna, no lo son los personajes, que son todos creación mía.

Elegí, como periodo de tiempo para la ambientación, mediados del siglo XII por una razón concreta: fue el momento en que comenzó

el declive de los Fujiwara en la corte y cuando los clanes samuráis comenzaron a adquirir más poder, algo que dejo reflejado de algún modo en mi novela. En 1156 tuvo lugar la rebelión Hōgen, en la que tres príncipes se disputaron el Trono del Crisantemo, apoyados militarmente por los clanes Minamoto y Taira. La rivalidad entre ambos clanes llevaría a la rebelión Heiji, en 1159, en la que los Taira se alzaron con la victoria. Sin embargo, a finales del periodo Heian (1180-1185), ambos clanes volvieron a enfrentarse durante las llamadas Guerras Genpei, que terminó con la victoria de los Minamoto y el establecimiento del primer *shogunato* en la historia de Japón, encabezado por Minamoto no Yoritomo.

Como dato curioso, en esta época no existían los apellidos, por lo que la gente era conocida por su nombre y el pueblo de donde procedía o, en el caso de los nobles, el clan al que pertenecían. Ya sabéis que, en japonés, los apellidos van delante del nombre, de ahí que el señor Fuhito sea Fujiwara no Fuhito y Kumori, Minamoto no Kumori. Al único que le cambié el orden fue al padre de Kumori, para dejar claro que «Genji» era apellido, uno de los pocos que se otorgaron como privilegio especial.

Para documentarme, usé diferentes fuentes —algunas os las dejo en las notas de autora—, entre las cuales hay tesis de diferentes historiadores e investigadores del periodo Heian, aunque las más importantes son las lecturas de dos novelas escritas durante dicho periodo por dos damas de la corte imperial: *Genji Monogatari* (La historia de Genji, de la que también podéis encontrar diversas versiones cinematográficas y un anime), de Murasaki Shikibu; y *Sarashina Nikki* (Los diarios de Sarashina), de Sugawara no Takasue no musume.

Ya os imagináis lo mucho que disfruté la documentación, aunque tuve que contenerme para no incluir todos los datos y curiosidades que encontraba, jajaja. Así que, no descartéis que escriba una historia más larga con esta misma ambientación.

A pesar de todo el tiempo que me llevó escribir esta historia —y de lo poco que habréis tardado vosotras en leerla—, puedo decir que mereció la pena, sobre todo cuando pueda leer vuestras reseñas y comentarios, que me animarán a seguir adelante, como siempre. Así que, gracias a todas y cada una de vosotras, mis queridas lectoras.

Gracias, también, a quienes hacen posible la edición de cada una de mis novelas: mi fantástica editora, Lola, gran amiga y gran persona; a Mª José, por plasmar a la perfección la portada que imaginaba para Kumori y Haruki; a Laura, por ayudarme siempre con las correcciones y disfrutar de mis novelas, gracias, porque sé el esfuerzo que esta te ha supuesto; y gracias a todo el equipo de Selecta, que lucha por seguir trayendo historias maravillosas para los lectores en un mercado bastante saturado.

Mi agradecimiento especial va para mis lectoras beta. Gracias por acompañarme siempre, por sacaros tiempo para leer cada capítulo y dejarme vuestros comentarios y aportaciones, por esos buenos días y buenas noches dichos entre novela y novela y que nos llevan a buenas conversaciones. Gracias, en definitiva, por haberme hecho un hueco en vuestras vidas.

Y gracias a todas las que me acompañáis novela tras novela, a vosotras, mis lectoras fieles, que habéis estado conmigo desde mis primeras historias, y con las que he ido forjando una amistad. Gracias por vuestro apoyo y cariño, por los comentarios que siempre me dejáis después de leer alguna de mis historias y que siempre me animan. Me alegro de haberos conocido a todas y a cada una, y, a quienes aún no he conocido o es la primera vez que me leen, espero que podamos seguir compartiendo más lecturas y una buena amistad.

A todas os invito a que dejéis vuestra opinión en las redes sociales y en Amazon. Ya sabéis lo importante que es para nosotras, las autoras. No hace falta escribir una gran reseña, me basta con unas cuantas palabras escritas con el corazón. Luego puedes compartirlas conmigo a través de mis redes sociales:

Twitter: @martaljnb
Facebook: martalujanautora
Instagram: @martalujanescritora
O en mi correo: christinecrossautora@gmail.com

¡Os espero en mi próxima novela!

Si te ha gustado

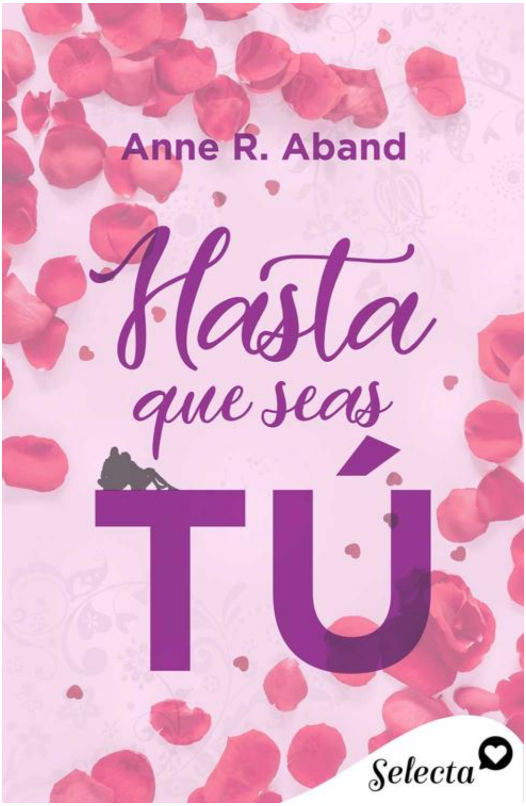
Bajo los cerezos en flor

puedes disfrutar de estas

Encarna Magín
Y siempre
ESTARÁS
tú
Selecta

Julianne May
Solo por un BESO
Selecta

Alma Vera
Un regalo para Laia
Selecta


Anne R. Aband
Hasta
que seas
TÚ
Selecta

Alexandra Black
Un vals en INVIERNO
Selecta

Ana F. Malory
Toda
una vida
Selecta

Una boda en invierno
MARÍA HEREDIA
Selecta

En el Japón feudal, un emperador desafiará su destino y una joven guerrera luchará por seguir su propio camino. Bajo los cerezos en flor, nacerá un amor verdadero.

En el esplendor del periodo Heian de Japón, donde la poesía fluye como el agua y el destino se entrelaza con el deber, **el joven emperador Haruki se enfrenta a una encrucijada**. A sus diecisiete años, y presionado por las intrigas de la corte, se ve obligado a elegir a una esposa entre las hijas de los nobles más poderosos. Pero a medida que la tensión aumenta, **Haruki toma una decisión audaz: se casará con aquella que demuestre ser digna a través de una serie de desafiantes pruebas**.

En su corazón, **Haruki guarda un secreto: su amor por la dama Kumori**, una joven de espíritu indomable y aspiraciones inquebrantables. Determinado a conquistar su corazón, urde un plan: cada una de las participantes tendrá a su lado a un sirviente, que informará al emperador acerca de sus progresos en las pruebas. Así, disfrazándose él mismo de criado y sirviendo a Kumori, bajo el nombre de Haru, intentará ganarse su confianza y alcanzar su amor.

Desde su infancia, **Kumori ha soñado con convertirse en una guerrera samurái**, siguiendo los pasos de su padre. Sin embargo, se ve obligada a participar en la selección para convertirse en esposa del emperador, desatando en su interior una lucha interna entre el deber y su verdadero deseo.

A medida que las pruebas se desarrollan, **deberá desafiar no solo las expectativas de su familia y de la corte, sino también sus propios sentimientos** hacia Haru. Con cada desafío, la tensión entre el amor y el deber se intensifica.

Entre estrategias de corte, rivalidades y el eterno florecer de los cerezos, Haruki y Kumori deberán navegar por un laberinto de emociones y expectativas. **¿Podrá el joven emperador romper las cadenas de la tradición para seguir los dictados de su corazón? ¿Y podrá Kumori encontrar su lugar en un mundo que espera que ella se someta a un destino que no desea?**

Christine Cross es el pseudónimo que usa la escritora Marta Luján para sus novelas de romance histórico y contemporáneo. Nacida en Cuenca, en 1970, ya desde niña sentía pasión tanto por la lectura como por la escritura. Deseaba que sus historias hicieran soñar a muchos lectores y los enamoraran.

Tras vivir durante veinte años en el extranjero, regresó a España y decidió dedicarse a la escritura de forma completa. Siendo una apasionada lectora de novela romántica, en 2018 comenzó a publicar romance histórico con la editorial Selecta: historias ambientadas en el Londres victoriano y de Regencia; algo que continúa haciendo en la actualidad, con cerca de treinta títulos publicados en diversas editoriales y géneros.

Christine Cross es una gran amante de la Historia, de las culturas antiguas y de todo lo relacionado con la mitología. Disfruta de una buena lectura, del cine clásico y de un buen anime japonés.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2025

© 2025, Christine Cross
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-16-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Tocado japonés, usado por el emperador y los cortesanos, confeccionado con seda negra y reforzado con laca.

[2] Instrumento de cuerda, de la familia de las cítaras, hecho de madera de ciprés japonés y con trece cuerdas de seda. Es el instrumento nacional de Japón.

[3] Campanas de los templos budistas usadas para llamar a los monjes a la oración y para señalar los diferentes periodos de tiempo en que se distribuía el día. Era tocado desde el exterior, utilizando un mazo de mano o una viga suspendida en cuerdas.

[4] Es un arma tradicional japonesa que consiste en un largo eje de madera, de unos dos metros de longitud, con una hoja curva en el extremo de entre 30 a 90 cm. Fue utilizada, principalmente, por las clases guerreras y los samuráis.

[5] Espacio destinado a la práctica y enseñanza de la meditación y las artes marciales.

[6] Sable corto, de forma similar a la katana, aunque el filo es más delgado y, por lo tanto, resulta más peligroso al producir heridas de mayor gravedad. Los samuráis solían llevarlo junto a la katana y el conjunto era conocido como *daishō* (de forma literal: «la larga y la corta»).

[7] Es una especie de pantalón abombado con pliegues, similar a una falda, que vestían los nobles en el antiguo Japón. Esta prenda era principalmente un distintivo de los guerreros samuráis, quienes comenzaron a usarla para protegerse las piernas al montar a caballo entre arbustos y malezas.

[8] Juego de tablero de estrategia, de la familia del ajedrez, cuyo objetivo es «conquistar» territorios.

[9] Sandalias japonesas con suela de madera que se sujetan con tiras de tela entre los dedos. Existen muchos tipos, que difieren entre sí por las plataformas o «dientes» que elevan la suela. Las más comunes, llamadas *hiyori geta*, tienen dos dientes de unos cinco centímetros de alto, y provocan un sonido metálico característico al caminar.

[10] Princesa.

[11] Término usado para referirse al emperador. El significado es «soberano celestial», puesto que se creía que los emperadores

descendían, de forma directa, de la diosa Amaterasu, la diosa del sol en la religión sintoísta.

[12] *Seiza* significa «correcto sentar» y es el término que se utiliza para referirse a la postura tradicional de arrodillarse y sentarse sobre los talones.

[13] Mi joven señora.

[14] Aunque he puesto la traducción literal, la expresión va mucho más allá en su significado. Se refiere a la sensación, al conocer a alguien, de que inevitablemente te enamorarás de él o de ella.

[15] El *kamon* o *mon* representa la casa, familia o clan. La mayoría usaban diseños de flores y plantas.

[16] Estas puertas correderas, que hoy se conocen solo como *fusuma*, se remontan al periodo Heian. Se utilizaban para aislar áreas dentro de las casas de los nobles y consistían en un marco de madera y una estructura de listones que se cubrían con papel opaco, a menudo decorado con elegantes diseños y pinturas.

[17] Túnica larga, hasta los pies, sin forro. Puede ser de color blanco, rojo o azul celeste.

[18] Antiguo juego de pelota, practicado en Japón desde el siglo VI, con el que solían entretenerse los nobles de la corte. Consistía en mantener la pelota en el aire a base de patadas —las piernas era la única parte del cuerpo con la que se podía tocar la pelota—, bien alzándola uno mismo o pasándosela a los compañeros.

[19] Su Majestad.

[20] Tambores japoneses.

[21] Criaturas del folclore japonés, similares a los ogros o demonios occidentales.

[22] Entre las siete y las nueve de la mañana.

[23] Hortensias.

[24] Poema japonés.

[25] Ceremonia tradicional japonesa en la que se honra a los muertos. Haciendo flotar farolillos encendidos en el río o el mar, la gente guía a los espíritus de sus seres queridos para conducirlos con seguridad de regreso al más allá.

[26] Sistema filosófico de la antigua China que implica organizar el espacio vital para crear un equilibrio con el espacio natural, con el fin de lograr de este una influencia positiva sobre las personas

que lo ocupan.

[27] Deidades espirituales.

[28] Entre las once y la una de la tarde.

[29] Instrumento musical construido con tallos huecos de bambú, diecisiete tubos ajustados en su base a una lengüeta metálica de vibración libre. Fue introducido desde China durante la era Nara (710-794).

[30] Poema de Ono no Komachi incluido en *El pájaro y la flor*, de la editorial Alianza.

[31] Entre las cinco y las siete de la mañana.

[32] La aristocracia japonesa estaba dividida en rangos, según el orden de importancia. Los tres primeros estaban compuestos por la familia imperial y las principales familias de larga tradición, a los que se conocía como Nobles de la Alta Corte. Contrapuesta a la aristocracia, se encontraba la plebe. Los aristócratas se llamaban a sí mismos *yoki-hito*, que significa «persona de calidad» o «gente bien», en contraposición a los plebeyos o *tada-hito*, que significa «mera persona», es decir, alguien vulgar y corriente.

[33] Literalmente, significa «reparar con oro». Es una técnica que permite dar una nueva vida a los objetos reparando con oro las grietas que puedan presentar. Esta técnica se ha convertido también en una filosofía de vida, mostrando que las cicatrices y las imperfecciones pueden ser hermosas y valiosas, que debemos aceptarlas y servirnos de ellas para alcanzar una transformación personal.

[34] Soporte de madera para colocar la *katana*. Puede tener varios niveles: en el superior se coloca el *tantō*, luego el *wakizashi* (espada más corta) y, en la parte de abajo, la *katana*. La hoja debe de estar situada hacia arriba y la empuñadura a la derecha.

[35] Emperador retirado.

[36] La forma poética más común en Japón, desde finales del siglo VIII, era el *waka* (literalmente, «poesía japonesa»), que contaba con dos versiones: el *tanka* (que es la que usa Kumori), formada por dos estrofas desiguales, una con un patrón de 5-7-5 sílabas y la otra de 7-7, y el *chōka*, un poema más largo.

[37] En el periodo Heian, se consideraba una blasfemia llamar al emperador por su nombre preimperial, era simplemente el *Tennō*,

el emperador, y se dirigían a él por el título de Su Majestad. Por otra parte, este adquiría un nombre nuevo, distinto al personal, cuando subía al trono. Este nombre, conocido como *nengō* o «nombre de reinado», servía para marcar el inicio de una nueva era. (Fuente: «La casa imperial de Japón», Carlos Robles do Campo. Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía. Madrid, 2017).

[38] Esta postura implica arrodillarse y tocar el suelo con la frente. Se utiliza para expresar un profundo arrepentimiento o súplica. Hoy en día es considerada una forma de autohumillación y no suele usarse tanto como la postura *seiza*.

[39] En la antigüedad, en Japón se celebraba el Año Nuevo siguiendo el calendario chino, y coincidía con el comienzo de la primavera. No fue sino hasta 1873 que adoptó el calendario gregoriano y pasaron a celebrar la festividad el día 1 de enero.

Índice

Bajo los cerezos en flor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Epílogo
Notas de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Christine Cross
Créditos
Notas